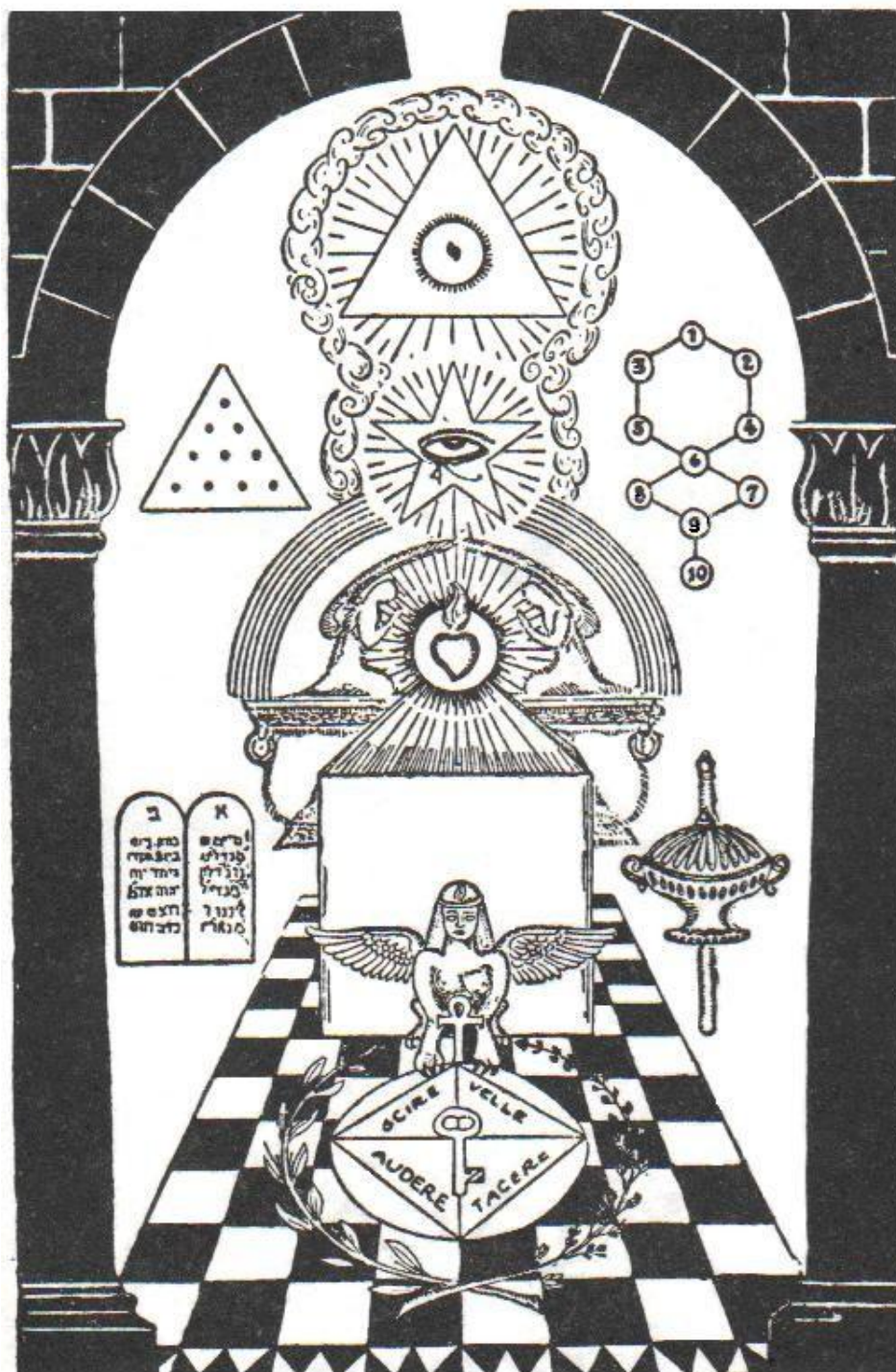


MANUAL DEL MAESTRO SECRETO



POR
ALDO LAVAGNINI (MAGISTER)

CUARTO GRADO



ÍNDICE

Al Maestro Secreto	3
---------------------------	---

Primera Parte

La unidad Fundamental de los Ritos y Sistemas Masónicos	6
--	---

Los Grados simbólicos – Realización septenaria – Los siete grados – El cuarto grado – Sistemas de cinco grados – Sistema de seis grados – Sistema de siete grados – Extensión del septenario – Sistema de nueve grados – Sistema de diez grados – El ciclo de perfección – Sistema de doce grados – Ritos de 13 y 14 grados – Orígenes del “Rito Escocés” – Simplificación del sistema – Su extensión a 33 grados y mas – El “Rito Escocés” en 33 grados – Ventajas y desventajas – “Ordo Ab Chao” – El cuarto grado

AL MAESTRO SECRETO

Aunque todavía no poseáis una perfecta y clara conciencia de ello, vuestra admisión en este cuarto grado os abre, por medio de los conocimientos que se le relacionan, una nueva etapa de progreso, mientras, al mismo tiempo, demuestra las íntimas y secretas aspiraciones de vuestro corazón, de aquella Vida Elevada en el Santuario del Ser y cuya mística presencia nos guía y nos impulsa constantemente hacia adelante.

Pero estás todavía en el umbral del secreto santuario en donde se desarrollan los trabajos de este grado, en el cual habéis sido admitidos exteriormente, y cuyo real significado debéis buscar en el silencio y en el aislamiento de lo que es la tumba aparente de vuestra Vida Superior. A su deslumbrante resplandor o shekinah se refiere la palabra de paso que se os ha dado como medio de reconocimiento de esta íntima realidad.

La verdadera cualidad del Maestro Secreto **-la Sabiduría Omnisciente de nuestro propio Ser Real-** se os revelará, pues, directamente en el Sanctasanctórum de la Comprensión Interior, como premio de la persistencia de vuestros esfuerzos en esta búsqueda silenciosa.

La Verdad, que es el Bien **-la finalidad y el término de todas las aspiraciones humanas y la legítima satisfacción de todo deseo-** se halla en esencia en nosotros mismos, junto con el Manantial perenne e inagotable de la Vida, y en ningún otro lugar nos es posible encontrarla realmente: nuestra existencia personal, en todas sus fases y posibilidades, es una progresiva revelación exterior de la Luz o Resplandor latente que se encuentra en nuestro íntimo y que ha de aparecer siempre más clara y firmemente manifiesta. El cuarto grado masónico se refiere alegóricamente a esta búsqueda individual del Manantial secreto de la Luz, de la Verdad y de la vida, para que individualmente se revele y se manifieste a través de nosotros, convertido en impulso y factor de progreso.

No queremos, sin embargo, anticipar lo que ha de ser más bien la conclusión del estudio al que está dedicado el presente “Manual”, que se propone poner en evidencia la primera de las nueve etapas que realizan integralmente el Magisterio. Pero si queremos, desde un principio, hacer hincapié en que esta mística Puerta que da acceso al Magisterio del Arte es interior, como el Camino estrecho y derecho de la Verdad y de la Vida, que se abre con la llave de marfil o de plata de la Inocencia.

El cuarto grado masónico es uno de los más universalmente reconocidos en todos los ritos, siendo tanto en el yorquino y en el escocés como en los ritos y sistemas anteriores. Sin embargo, hay algunos, como el francés y otros, que lo brincan de plano pasando directamente al de electo o elegido, al que dedicamos nuestro quinto “Manual”; pero un atento estudio de su simbología demostrará a todo masón su utilidad y necesidad como piedra fundamental del edificio filosófico constituido por los grados superiores.

En el Rito escocés -como en los demás sistemas en los que se haya verificado una innecesaria multiplicación de los grados, por encima de un septenario o de una docena fundamental- encontramos con frecuencia la aparente duplicación de un determinado grado, cuya simbología se halla por consiguiente dividida entre dos o más. Este es el caso para el grado intermedio de Maestro Perfecto, cuyos símbolos y ceremonias pertenecen en gran parte al precedente, aquí considerado; no puede decirse lo mismo de su denominación y de otros de sus elementos, que se refieren a un grado superior (14°).

Dicha multiplicación de los fundamentales y genuinos grados masónicos universales, por medio de grados adjuntos que complican el simbolismo con elementos un poco arbitrarios, o bien tomados en préstamo de los primeros (a los que deben lógicamente restituirse), origina cierta confusión en las edades que suben y bajan, y los toques, palabras y baterías que se repiten en forma algo caprichosa, así como otros elementos cuya superfluidad queda demostrada por el hecho de que estos grados intermedios se dan por comunicación, es decir, se pasan, cuando más, con una lectura superficial, y si alguna vez se trabaja en ello se considera como pura curiosidad.

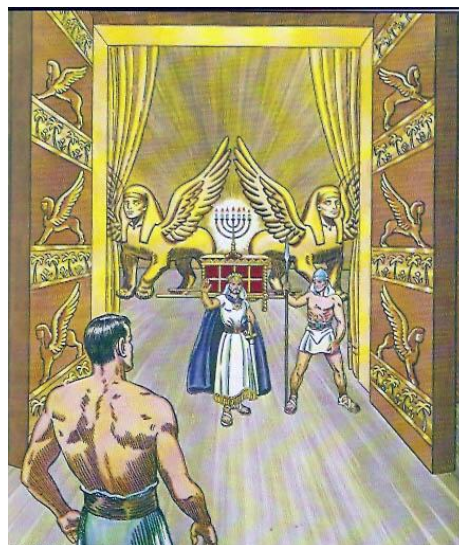
Por otro lado, la misma selección natural de un número reducido de grados (entre los 30 nominativos que siguen a los tres simbólicos) que no pueden darse por comunicación, es una prueba de que sólo éstos se consideran como efectivos y fundamentales y los demás prácticamente inútiles.

Pero esta selección hace que se pierda con los innecesarios también algún grado importante desde el punto de vista iniciático, así como aquellas tradiciones y elementos simbólicos que fueron tomados de los grados principales repartidos entre los intermedios. Para que esta selección (que por el hecho de ser inevitable y necesaria se ha hecho natural y espontánea) llene su cometido, restableciendo aquel Ordo ab chao que es divisa de la Orden, precisa que los Maestros sepan “reunir lo esparcido” reintegrando los grados fundamentales, primitivos y universales en un conjunto armónico que revele su tríplice progresivo objetivo iniciático, místico y mágico.

Por esta razón nuestra obra, aunque adherida a las tradiciones masónicas y respetuosa con los diferentes Ritos y Sistemas actualmente practicados –que considera diferentes aspectos de una sola Verdad universal– más bien que basarse sobre un Rito determinado, quiere ir al fondo, hacia lo que constituye la esencia fundamental, el origen común y la finalidad de todos, buscando e ilustrando la realización simbólica de un número limitado de grados, que llamamos alegóricamente los nueve maestros (por su evidente relación con la leyenda de Hiram), los que prácticamente pueden hacerse coincidir con el 4º, 9º, 14º, 15º, 18º, 27º, 30º, 32º y 33º del Rito Escocés, cuya nomenclatura igualmente adoptamos. Dichos grados pueden también, por razones prácticas, reducirse, según el uso más general, a seis únicamente (dos grupos de tres o tres grupos de dos): 4º, 14º, 18º, 30º, 32º y 33º, que hacen, con los tres simbólicos y universales, un total de nueve grados, siete de los cuales dedicados al Magisterio. Pero, para nuestro estudio simbólico actual, preferimos considerarlos como los Nueve Maestros que buscan la Vida Elevada de la Orden y su verdadera palabra, añadiéndoles el 9º, 15º y el 27º; el futuro decidirá cuáles grados realmente deben conservarse, y cuáles sería tal vez más sabio eliminar definitivamente de la pesada estructura “escocesa, antigua y aceptada”.

Confiamos que este trabajo ilustrativo no será inútil para la unificación universal de la Orden, que es nuestra Suprema Finalidad, unificación a la cual podemos llegar sólo por medio de una más profunda comprensión.

Estudiar e interpretar en silenciosa comprensión es competencia especial de los Maestros Secretos, que se reúnen en el Santuario del Ser, bajo la protección del signo del silencio. A esta meditación individual invitamos a los que nos leen, ya que existe un solo centro al que llegan y hacia el cual tienden todos los que buscan individualmente el suyo propio.



PRIMERA PARTE

LA UNIDAD FUNDAMENTAL DE TODOS LOS RITOS Y SISTEMAS MASÓNICOS

Considerados desde un punto de vista exterior y superficial, los diferentes Ritos y sistemas Masónicos se presentan como algo esencialmente distinto y diferenciado. Aunque no se puede negar que haya entre ellos evidentes puntos de contacto, éstos aparecen más bien como secundarios, en relación con lo que hace de cada Rito un conjunto separado de los demás.

Sin embargo, en la multiplicidad y diversidad exterior de todos los Ritos y Sistemas que se han propuesto y usado en los dos últimos siglos (representando la vida moderna de la masonería), hay una unidad radical y fundamental, cuya base y origen primero ha de trazarse en las épocas más antiguas y cuya esencia no es tan profundamente modificada por las diferencias exteriores como en un principio pudiéramos creer. Esta unidad substancial, manifestación de un arquetipo universal y divino, puede aparecer alguna vez como muerta o pérdida; pero esto no le impide renacer perennemente, como el ave Fénix de la leyenda, toda vez que la madurez de los tiempos ofrece la oportunidad o la necesidad de su renovada manifestación.

Para encontrar esa Unidad hemos de buscar la esencia interior, el espíritu Animador de todo Rito o Sistema, es decir, el Fundamento Iniciático de cada grado con sus respectivas características. Hay que llegar al centro radical de cada sistema, por medio de una comprensión iluminada que sepa discernir las faltas y defectos que provienen de la Ignorancia, los excesos del Fanatismo y la perversión de la Ambición, para encontrar aquel corazón resplandeciente, como la mística Estrella de nuestro Genio Individual, que los Maestros Secretos buscan continuamente en el Sepulcro de Hiram.

Y de la misma manera que los distintos rayos de una rueda se aproximan entre sí, acercándose cada cual al centro en donde se fusionan, asimismo, acercándonos con una más profunda comprensión al centro de cada Rito o Sistema masónico llegamos a la inteligencia de la unidad iniciática sobre la cual todos descansan y hacia la cual todos convergen necesariamente, según sean realmente bien entendidos y practicados.

Nos esforzaremos, pues, en poner en evidencia dicha Unidad en la sintética reseña que haremos como primera parte de la presente obra sobre los distintos Ritos Masónicos en su esencia, origen histórico y desarrollo.

LOS GRADOS SIMBÓLICOS

No hay necesidad re-demostrar cómo los tres grados fundamentales de toda iniciación filosófica o práctica, que hoy se conocen como grados simbólicos, han formado y constituyen universalmente la esencia básica de todo desarrollo ulterior: un atento estudio y la comprensión de su valor lo hacen evidente. Por esta razón, si ha habido algún sistema que de alguna manera se haya alejado de esta verdadera piedra angular de la Orden, su vida y su fortuna hubieron de ser efímeras.

El estudio de estos grados que hemos hecho en los tres “Manuales” precedentes, nos pone en condición de conocer la esencia iniciática de los mismos, que puede resumirse en las tres preguntas que siguen, a las que buscan y se esfuerzan por dar una contestación adecuada:

- ¿De dónde venimos?
- ¿Quiénes somos?
- ¿A dónde vamos?

Ellas nos conducen al Estudio: primero, de los Principios Fundamentales, o sea, de dios y de la Naturaleza, con el conocimiento de los tres primeros números; segundo, de nosotros mismos y de la esencia de nuestra vida, por medio de un análogo conocimiento de los tres números que siguen a los primeros; tercero, de nuestro Destino y de la facultad profética que se relaciona con el mismo, como expresión de los planes del G.·. A.·., con el conocimiento de los últimos tres números que completan el primer novenario, base de la década.

En correspondencia con esta base filosófica o especulativa, ha de desarrollarse una análoga base operativa, que puede igualmente resumirse en la contestación factible a las tres preguntas que constituyen, desde el cuarto de reflexión, el testamento o programa del futuro iniciado:

- ¿Cuál es vuestro deber hacia Dios?
- ¿Cuál es vuestro deber hacia vos mismo?
- ¿Cuál es vuestro deber hacia la humanidad?

La contestación a la primera es el establecimiento por medio de la FE - **primera columna de la vida renovada**- de una más perfecta relación con el Principio Eterno de la vida individual; la contestación a la segunda es la ESPERANZA -**segunda columna**- que hace fecunda, efectiva y productiva la primera, madurando el perfeccionamiento individual; la contestación a la tercera no puede ser sino AMOR, principio y base de la Fraternidad, o perfecta relación

con nuestros semejantes, con la cual únicamente se llega al Magisterio. La tríplice contestación operativa constituye la clave de las palabras sagradas y de paso de cada grado. Por consiguiente, podemos así reunir la esencia universal de los tres grados simbólicos como base necesaria de todo desarrollo ulterior:

	APRENDIZ	COMPAÑERO	MAESTRO
Tiempo.	Pasado	Presente	Futuro
Estudio de	el Origen	la Esencia	el Destino
O sea, de.	Dios	Hombre	Vida
Números.	1, 2, 3	4, 5, 6	7, 8, 9
Artes.	Gramática, Lógica y Retórica	Lógica, Aritmética y Geometría	Retórica, Música y Astronomía
Desarrollo	vertical	horizontal	céntrico
Relaciones	con Dios	consigo mismo	con los demás
Virtudes.	Fe	Esperanza	Amor
Facultades	Conciencia	Inteligencia	Voluntad
Etapas	Iniciación	Elevación	Exaltación
Características.	Purificación	Iluminación	Perfección
Correspondencias.	Nacimiento	Crecimiento	Regeneración

Otras infinitas correspondencias podrían establecerse, pero las que hemos dado nos parecen suficientes para fijar de una manera clara las características de los tres grados, como han de entenderse universalmente, por encima de sus distintas realizaciones más o menos locales y transitorias. Su forma exterior puede, pues, variar y progresar, adaptándose al tiempo y a las condiciones, pero su Esencia permanecerá siempre la misma.

REALIZACIÓN SEPTENARIA

De este sistema fundamental de tres grados, se pasa fácilmente, por extensión natural, a un septenario del cual nos dan la clave las edades de los mismos tres primeros grados, correspondiendo el primer temario al Aprendizaje, el cuarto y quinto a un estado de Compañero o Elegido y el sexto y séptimo a la efectiva realización del Magisterio. En otras palabras, hay una correspondencia análoga a la que hemos establecido con las siete artes, siendo el primero, segundo y tercer grado la tríplice realización del de Aprendiz, el segundo, cuarto y quinto la tríplice realización del grado de Compañero, y el tercero, sexto y séptimo la tríplice realización del Magisterio.

Se dan como ejemplos típicos de esta realización septenaria varios sistemas iniciáticos orientales, como el hindú con los grados de Grihasta, Purohita, Fakir, Sanniasi, Nirvana, Yogi, Brahmatma, el mitríaco con los de corax, Criphius, Miles, Leo, Perses, Heliodromus, pater, y el egipcio, con los de

Pastophoris, Neocoris, Melanophoris, Christophoris, Balahate, Astronomo y Teurgo.

Dejamos a los que se interesan por las curiosidades históricas y el pasado de la iniciación, investigar el valor efectivo de estas denominaciones y sus exactas correspondencias rituales. Lo que deseamos notar es que todo sistema septenario tiene una doble correspondencia con el sistema de doce grados al que tiende a producir, de la misma manera que el primitivo ternario tiende a desarrollarse naturalmente en un septenario.

Las investigaciones históricas confirmarán fácilmente, a quien se tome la pena de hacerlo, cómo el crecimiento y desarrollo de los grados, que ha sido siempre progresivo es, en el fondo, gobernado por aquél mágico poder de los números que regula el crecimiento de toda cosa en correspondencia con los arquetipos que son las leyes invariables de toda manifestación. De manera que no es posible ningún alejamiento de los mismos sin la consecuente necesidad de regresar después para acercarse al previsto punto. Y los números 3, 7 y 12 han de considerarse como los que indican los tres puntos fundamentales de todo desarrollo progresivo.

Toda adición de uno o más grados a los tres primitivos acabará, con el tiempo, en una realización septenaria; y toda intención septenaria puede fácilmente extenderse en un ciclo de doce, así como las siete Fuerzas cósmicas – manifestadas en los colores y en las notas de la música– se expresan y realizan en los doce signos del zodiaco, en correspondencia con las doce fases de la Gran Obra y las doce Jerarquías Creadoras.

En virtud de la misma Ley matemática, así como hay una doble correspondencia entre los tres grados fundamentales y los siete derivados –cada uno de los primeros correspondiendo a tres de éstos, o sea a los tres primeros y a los siguientes que los desarrollan– hay también correspondencia entre el sistema de siete y el de doce grados, por representar los cinco que siguen a los primeros, un complemento o aspecto sucesivo de algunos de los precedentes en su cíclica manifestación.

Por esta razón, los siete grados del Rito Inglés del Real Arco o de Cork, corresponden más o menos con los siete primeros (o bien los siete grados fundamentales) del sistema de doce que particularmente estudiamos, como extensión natural del ternario y del septenario en un ciclo de perfección que nos ayudará para buscar el orden interior en la apariencia caótica exterior.

LOS SIETE GRADOS

No puede negarse, sin embargo, que un puro y sencillo sistema de siete grados, añadiría al prestigio de ese número –que preside todas las octavas cósmicas y caracteriza el Magisterio-el mágico encanto de la áurea simplicista, que es el distintivo más evidente de toda verdadera Sabiduría. Es cierto que, si a los tres grados simbólicos únicamente se añadieran cuatro grados sucesivos (Maestro Secreto, Maestro Perfecto, Cab.·. Rosacruz y Cab.·. Kadosh) las ventajas prácticas de este sistema, capaz de incluir y absorber todo el simbolismo masónico, serían sin duda muy grandes, y se lograría más fácilmente la unificación efectiva de la Orden y su regeneración iniciática.

Es, por consiguiente, oportuno un preventivo estudio esquemático de todo sistema de siete grados, su correspondencia natural con los primeros siete números, los siete colores, las siete notas de la música y los siete rayos de la evolución espiritual.

El primero de los siete grados -**al que se ingresa con la iniciación o inicio del ciclo**- será siempre el de neófito o aprendiz, cualquiera sea el nombre que pueda dársele. Corresponde con el estudio de los tres primeros números y de la gramática, o sea, de los signos que son el fundamento de las ideas. La virtud que ha de demostrarse en este grado es la FE, como base y principio de todo progreso y realización sucesiva. Aunque sea tan sólo primero, en virtud de la Unidad que representa, tiene que ser una síntesis de todos los demás.

En el segundo de los siete grados se confirma y establece -**por la instrumentalización del número 2**- la cualidad recibida con la iniciación, es el resultado de una elevación que hace madurar la FE en ESPERANZA. Compete a este grado el estudio de los números 4, 5 y 6 y de la lógica, que establece las relaciones entre las ideas, reconociendo el verbo expresado por los signos: es el obrero o miles, el Soldado del Ideal representado por la estrella.

En el tercer grado, con el conocimiento de los números 7, 8 y 9 y el estudio de la retórica, hay que manifestar la cualidad soberana del AMOR, que levanta un arco entre las dos columnas. Esta cualidad implica la muerte al egoísmo, después de haber vencido el vicio y el error, para volver al estado de inocencia en el cual únicamente puede el amor manifestarse. Por esta razón, la muerte simbólica se halla representada en este grado como condición **sine qua non** para seguir adelante.

El cuarto grado es la consecuencia natural del precedente: muestra la Luz que ha de buscarse interiormente, en el centro de la Cámara del Medio convertida en Tumba y Santuario resplandeciente. Indica la necesidad de la

PRUDENCIA y, por medio del conocimiento integral de la década, penetra en el estudio de la Aritmética, o sea, de los Principios numéricos y neumónicos que rigen el universo. Sus metales son el plomo y la plata y sus colores el blanco de la inocencia y el verde de la vida. Este grado, eminentemente oculto, franquea el paso al Santuario de la Verdad y hace del secreto la base de la realización, y, por lo tanto, es emblemático de la Secreta Doctrina de la Orden de la que, con su llave, nos abre la puerta.

El quinto grado debe necesariamente relacionarse con el estudio de la Geometría y la práctica de la JUSTICIA, con la Inteligencia Activa, que por medio de la intuición nos conduce a buscar las verdades que se hallan escondidas en las profundidades de las cosas: en este grado, por lo tanto, debe conocerse la verdadera palabra, de la cual el grado anterior indica la primera letra.

El sexto grado, correspondiendo a la Música, es aquél que nos abre la mente a la comprensión de las armonías cósmicas, mientras realiza la mejor armonía de la vida individual -por medio de la **TEMPLANZA que asegura un perfecto equilibrio físico-psíquico**- y una relación más íntima con el Principio de la Vida y más perfecta con nuestro prójimo.

Debe ser un grado al mismo tiempo místico y práctico, que nos hace conocer y practicar la Religión Universal de la Sabiduría y del Amor: representa al Caballero del Ideal, y se relaciona analógicamente tanto con el grado de Maestro Secreto como con el Compañero, de los que constituye correlativamente el magisterio.

El séptimo grado, en especial correspondencia analógica con el tercero y el quinto que lo preceden (y con los últimos cuatro de nuestro estudio de doce, que representan sus diversos aspectos), se relaciona con el estudio y el dominio de la Astronomía entre las artes –o sea, con la crecida capacidad de irradiar la Luz Masónica en las tinieblas profanas-y con la FORTALEZA, que constituye el coronamiento y el resultado de las demás virtudes anteriores.

EL CUARTO GRADO

Sin embargo, la transición de 3 a 7 no se verifica de golpe: aunque potencialmente existentes ab eterno, todos los grados se manifiestan generalmente uno tras otro, por un proceso de formación enteramente análogo al de la vegetación. En otras palabras, en un determinado sistema o conjunto de circunstancias, se siente la necesidad de tal grado, y se forma así primero el verbo que lo domina (que es, hasta cierto punto, análogo al primer brote de una

planta) alrededor del cual se desarrollan los símbolos, signos, palabras e ideas que se le relacionan.

Así nace o renace cada grado **-manifestación contingente de un arquetipo preexistente en el mundo inmortal de las ideas-** siempre cuando sea justa la hora y la edad para abrir los trabajos en el mismo.

Esto se aplica igualmente a los tres primeros como a los sucesivos: desde el primer grado fundamental –semilla de todos-se formó el segundo, que contenía en sí mismo potencialmente el tercero, que se separó en un segundo tiempo. Pero debe notarse que todo sistema de uno o dos grados no puede todavía considerarse realmente masónico: la verdadera Masonería empieza con los tres grados que caracterizan su base simbólica. Pues ninguna Logia puede formarse antes que haya Maestros; y ninguno puede ser Maestro sino pasando previamente por los estados de aprendiz y compañero.

La necesidad de un cuarto grado se ha sentido constantemente, como consecuencia y efecto de la actividad en los tres primeros, sobre los cuales, sin embargo, únicamente se han establecido la primera y todas las sucesivas Grandes Logias. Siendo el Magisterio siempre demasiado simbólico, hubo de buscar una distinción y un medio para hacerlo más efectivo en un cuarto grado súper-masónico, que abriera nuevas posibilidades de progreso y que fue naturalmente el huevo o semilla del que nacieron o, mejor dicho, tomaron una forma concreta, desarrollándose sucesivamente, los grados siguientes.

Es, pues, algo difícil trazar históricamente el origen del cuarto grado, y también sería difícil afirmar que antes no existía. Con el nombre de Maestro Escocés, un cuarto grado se encuentra en Francia y otros países en la primera mitad del siglo XVIII, mientras en Inglaterra existía con el nombre de Arco Real en la Gran Logia de Antiguos Masones que se opuso en la misma época a la que fue fundada en 1717. Este cuarto grado fue confirmado en 1913, con la fusión de las dos Grandes Logias de los antiguos y de los modernos.

Sistemas de cuatro grados se formaron ocasionalmente, como el Rito de la Orden de la Felicidad, creado en París, en 1742, por algunos oficiales de marina, y el Rito del Hermano Henoch (1773).

SISTEMAS DE CINCO GRADOS

La creación de un quinto y de un sexto grado **-distinguiéndose dos o tres grados en el que se había admitido como suplemento-** fue muy natural, una vez se hubo verificado la admisión del cuarto.

Un antiquísimo sistema de cinco grados es el Rito de los Hermanos de San Juan, cuya institución se pretende contemporánea del Cristianismo. De este Rito se celebró una asamblea el 24 de junio de 1535 con delegados de Inglaterra, Escocia, Holanda, Francia y Alemania. Los cinco grados tienen el nombre de aprendiz, Compañero, Maestro, Maestro Elegido y Sublime Maestro Elegido.

En el Rito de los Caballeros y Hermanos Iniciadores de Asia, de origen rosacruz, creado por el barón Eker en 1780 en Alemania, los cinco grados toman los nombres de: Buscador, Paciente, Caballero y Hermano Iniciado de Asia en Europa, Maestro y Sabio, Sacerdote Real o Verdadero Hermano Rosacruz.

El Rito Dinamarqués, consagrado por la Gran Logia de Dinamarca en 1782, adjunta a los tres primeros los de Maestro Escocés y Maestro Pasado (Past Master). El Rito Rectificado Escocés constituye una reforma hecha en Alemania en la misma época, adoptando los dos grados suplementarios de Maestro Escocés y Caballeros de la Ciudad Santa; este último grado, subdividiéndose en 3 puntos, forma prácticamente un sistema de 7 grados.

También en cinco puntos o grados es la Orden de la Estrella de Oriente (que no debe confundirse con otra Orden homónima, que ha desarrollado su corto ciclo de existencia hacia la culminación del primer cuarto de este siglo), especie de Masonería Femenina, fundada en 1778, a lo que parece en Nueva York, de inspiración bíblica, como lo muestra la nomenclatura de sus grados:

- El primero, llamado Hija de Jephthé, manifiesta el respeto y la obediencia a un voto hecho solemnemente, caracterizando además la obediencia filial que llega a un grado heroico que sólo tiene sus paralelos en ejemplos semejantes de la antigua India. El sujeto de este grado es una joven sacrificada por el padre en cumplimiento de su voto.¹ Su base se encuentra en el capítulo XI de los Jueces. Sus emblemas son la espada y el velo y su color el azul.
- El segundo, Ruth, indica la adhesión a los principios religiosos: Ruth, idólatra de nacimiento y compañera fiel de la madre de su primer esposo, se casó con un israelita que la convirtió a la verdadera religión; de tal matrimonio descendió David. El grado descansa sobre el segundo capítulo de Ruth y tiene por símbolo una gavilla de trigo. Es evidentemente, sobre todo, un grado de compañerismo, en cuanto pone en evidencia a la compañera ideal del hombre, al que sigue y acompaña fielmente en su fe espiritual. Su color simbólico es el amarillo.
- El tercero, Esther, muestra la fidelidad que debemos a los amigos: nacida en la pobreza, la mujer que lleva este nombre llegó a casarse con el rey Asuero y supo interceder cerca de su esposo, a favor de

su pueblo. Se basa en el capítulo V del Libro de Esther y tiene por emblema una corona y un cetro cruzados. Acentúa este grado el magisterio femenino, evidenciando la Sabiduría que lo caracteriza, como base de todo poder. Su color emblemático es el blanco.

➤ El cuarto, Marta, es un emblema de la fe que obra los milagros. Tiene por argumento la fe de Marta en Jesús, que hizo posible la resurrección de Lázaro, su hermano (véase Juan, Cap. XI, 25-26). El color distintivo es el verde y su emblema una columna truncada, con manifiesta analogía al grado que nos ocupa en este manual. A lo que parece, en esa época había sacrificios humanos también entre los israelitas. La historia puede leerse al final del capítulo XI del Libro de los Jueces.

➤ El quinto, Electa, muestra la necesidad de la paciencia y de la sumisión, aún en los actos notoriamente injustos. El argumento se refiere a una cristiana, idólatra de nacimiento, que se convirtió con toda su familia oyendo un discurso de San Pablo y tuvo la necesidad de sacrificarse por su fe. Según el manual de Instrucción, hace alusión a ella San Juan en su segunda epístola. El color distintivo de este grado es el rojo y su emblema dos manos cruzadas en forma de alianza y una copa. Su afinidad simbólica con el grado escocés de Caballero Rosacruz es, por lo tanto, muy transparente.

Las hermanas, miembros de la Orden, llevan como distintivo un alfiler con la estrella de cinco puntas, y además tienen una banda con los cinco colores de la orden. Entre los sistemas de masonería femenina es, indudablemente, uno de los mejores.

SISTEMAS DE SEIS GRADOS

Entre los Ritos masónicos de seis grados, encontramos dos fundamentales, que se remontan a la primera mitad del siglo XVIII, el Irlandés, de origen político, y en el Capítulo de Clermont atribuido a Ramsay. La nomenclatura de los tres grados adjuntos es de: Maestro Irlandés, Perfecto Maestro Irlandés y Muy Alto y Poderoso Maestro Irlandés, para el primero, y para el segundo: Caballero del Águila o Maestro Elegido, Caballero Ilustre, Sublime e Ilustre Caballero. Los dos sistemas multiplicaron después sus grados, que se fusionaron, como series distintas, y tuvieron influencia en los sistemas posteriores, de los que hablamos a continuación.

Se consideró de seis grados el Rito de los Filadelfos, instituido en Carbona en 1780, pero, como dos de éstos se dividen en tres puntos, aunque sin

llevar nombre propio, pertenece tal vez, más propiamente, a los sistemas de 10 grados.

También en seis grados fue constituido el Rito de la Unión Alemana, creado en 1787 por veintidós hermanos, con la siguiente nomenclatura: Adolescente, Hombre, Anciano, Mesopolita, Diocesano, Superior.

El Rito de los Iluminados Teósofos, inspirado por el sistema de Swedenborg y establecido en Londres en 1767, tuvo por objeto la enseñanza y propagación de la teosofía cristiana, adjuntando a los tres grados simbólicos los siguientes: Escocés Sublime de la Jerusalén Celeste o Teósofo Iluminado, Hermano Azul y Hermano Rojo.

Por último, nos resta mencionar la Orden del Temple, aparecida en 1805, pretendiendo ser interrumpida continuación de la homónima fundada en la época de las Cruzadas (y trágicamente suprimida en 1253), añadiendo a los tres grados simbólicos los de: Maestro de Oriente, Maestro del Águila Negra de San Juan, Maestro Perfecto del Pelicano. Con objeto de ocultar su origen masónico esta nomenclatura se cambió, tres años después, como sigue:

1. Iniciado;
2. Iniciado del Interior;
3. Adepto;
4. Adepto de Oriente;
5. Adepto del Águila Negra;
6. Adepto Perfecto del Pelicano.

SISTEMAS DE SIETE GRADOS

El paso de seis a siete, con un cuarto grado que constituye la clave de la bóveda formada por el segundo grupo de tres, fue uno de los más naturales, independientemente de la importancia especial que a este número constantemente se ha atribuido, y realmente tiene.

El más antiguo, importante y difundido (mereciendo el nombre de Universal) es el llamado Rito de Cork o del Real Arco, que adjunta a los tres grados simbólicos los que siguen: Maestro Pasado, Maestro de Marca (Mark Master), Muy Excelente Masón (Super excellent Mason) y Real Arca Santa (Holy Royal Arch). No puede considerarse muy diferente el Rito de los antiguos Masones Libres y Aceptados de Inglaterra, cuyos cuatro grados suplementarios son los siguientes: Maestro de Nota, Maestro Antiguo, Muy Excelente Masón y Real Arca Santa.

El Rito de la Estricta Observancia, nacido en Alemania como reflejo del discurso de Ramsay, se compuso primitivamente de los tres grados de Maestro Escocés, Novicio y Templario, a los que el barón de Hund agregó en 1770 un séptimo, con el nombre de Eques Profesus o Caballero Elegido, también en Alemania el Rito Martinista en diez grados fue reducido a siete, con el nombre de Rito del Escotismo Reformado de Saint-Martin y los cuatro grados adjuntos: Maestro Perfecto, Maestro Perfecto Elegido, Escocés, Sabio.

El Rito de Zinnendorf nació en Suecia en 1776 y luego fue difundido en Alemania, en donde fue muy favorablemente acogido, a pesar de la conducta no del todo sin mancha de su promotor. Adjunta a los tres grados azules los de Compañero Escocés y los de Clérigo favorito de San Juan y Hermano Elegido que forman la Capitular.

Ya hemos dado en un párrafo anterior la nomenclatura del Rito Egipcio, aparecido en Alemania en 1767, pretendiendo continuar los antiguos Misterios de aquel país.

También de siete grados fue el Rito Melesino creado en Rusia por un hermano de este nombre, llevando los grados adjuntos el título de: Bóveda Sombría, Caballero y Maestro Escocés, Filósofo, Gran Sacerdote del Templo. Igualmente cuatro grados de carácter filosófico, adjuntos a los tres simbólicos, formaron en Alemania la reforma de Schroeder con el nombre de Rito Rosacruz Rectificado.

EXTENSIÓN DEL SEPTENARIO

Los sistemas septenarios que acabamos de ver, como extensión natural del ternario primitivo, se hallan formados en general por tres grados de perfección – desarrollo progresivo del cuarto grado-y un grado superior, adjunto a los tres simbólicos, formando un ternario con las dos tríadas anteriores. La distinción de este último grado, con la formación orgánica del segundo ternario, constituye el principio de la extensión del septenario en un novenario, originando el séptimo grado una nueva tríada análoga a las dos precedentes.

Por esta razón, los sistemas de ocho grados son raros y transitorios, y tienden, naturalmente, a aumentar o disminuir en uno o dos grados. Dichos sistemas deben considerarse como septenarios – formados por dos tríadas y una unidad superior-a los que se adjunta un nuevo grado, generalmente intermedio.

A esta categoría pertenecen el Rito de Swedenborg y el Rito Moderno Francés, nacidos respectivamente en 1721 y 1761, fundamentalmente

septenarios con la adopción del octavo grado de Kadosh (más propiamente séptimo). He aquí la nomenclatura de los siete grados, con los del Rito de York:

RITO DE YORK	RITO DE SWEDENBORG	RITO FRANCÉS
1. Aprendiz	1. Aprendiz	1. Aprendiz
2. Compañero	2. Compañero	2. Compañero
3. Maestro	3. Maestro	3. Maestro
4. Maestro pasado	4. Electo	4. Elegido
5. Maestro de marca	5. Compañero Cohen	5. Escocés
6. Muy Excelente Masón	6. Maestro Cohen	6. Caballero de Oriente
7. Real Arca Santa	7. Arquitecto	7. Rosacruz
		8. Kadosh

SISTEMAS DE NUEVE GRADOS

Entre los sistemas de nueve grados, mencionaremos primero un Rito Primitivo Inglés, compuesto de nueve grados, de los que hace mención un manuscrito de la primera mitad del siglo XVIII. Los seis grados superiores son los siguientes: Maestro Perfecto o Arquitecto Irlandés, Maestro Elegido, Aprendiz Escocés, Compañero Escocés, Maestro Escocés, Caballero de Oriente.

En 1754 apareció el Rito de los Elegidos Cohens de Martinez Pascalís, derivado del de Swedenborg, de carácter igualmente filosófico, que se difundió especialmente en Francia y Alemania, con varias modificaciones. Los grados adjuntos llevan los nombres de: Gran Elegido, Aprendiz Cohen, Compañero Cohen, Maestro Cohen, Gran Arquitecto, Caballero Comendador.

El Rito de los Iluminados de Avignon, de carácter hermético, creado en 1776 por el alquimista benedictino Pernetty, tiene para los grados superiores la siguiente nomenclatura: Verdadero Masón, Verdadero Masón en la vía derecha, Caballero de la Llave de Oro, Caballero del Iris, Caballero de los Argonautas, Caballero del Vellochino de Oro.

Con el nombre de Academia de los Verdaderos Masones, fue constituido en Montpellier, en 1778, un sistema de seis grados masónicos que llevan la misma nomenclatura del precedente, con la excepción del último, que se llama Caballero del Toisón de Oro.

Un Rito Cabalístico parece haber existido en época indeterminada con los nueve grados de: Aprendiz, Compañero Místico, Maestro, Espejo de Zoroastro,

Teósofo o Maestro Cabalístico, Sacerdote Teósofo, Caballero de las Pirámides, Gimnósofo, Bardo.

Seis grados superiores constituyeron también, en el último cuarto del siglo XVIII, la reforma de Fessler adoptada por la Gran Logia Real York de Berlín. Estos grados de estudio llevan los nombres de: El Santo de los Santos, La Justificación, La Celebración, El Tránsito o Verdadera Luz, La Perfección.

El Rito de York se hizo en América un sistema de nueve grados, con la adopción de los dos de Maestro Real y Maestro Elegido, que hacen una nueva tríada con el grado de Real Arca Santa. Como combinación de este Rito Escocés de 33 grados, nació en 1825 el Rito Nacional Mexicano, igualmente de nueve grados, con la nomenclatura de: Aprendiz admitido, Compañero, Maestro Masón, Maestro aprobado, Caballero del Secreto, Caballero del Águila Mexicana, Perfecto Artífice, Gran Juez, Gran Inspector General de la Orden.

Finalmente, son de nueve grados el Rito de los Hermanos de la Rosa y de la Rosacruz de Oro; pero, formando estos grados un novenario distinto del ternario simbólico, los mencionaremos nuevamente entre los sistemas de doce grados.

SISTEMAS DE DIEZ GRADOS

Una vez los nueve grados se hayan amalgamado perfectamente en el conjunto armónico de un Triple ternario, se impone fácilmente la adopción de un décimo grado, superior y supremo, que completa el septenario de los grados superiores. Así nacieron todos los sistemas de diez grados.

Mencionaremos primero el Rito de Adopción o Masonería Femenina, creada en la primera mitad del siglo XVIII, con la siguiente nomenclatura: Aprendiz, Compañera, Maestra, Maestra Perfecta, Elegida, Escocesa, Sublime Escocesa, Dama de la Paloma, Dama de la Beneficencia o Rosacruz, y Princesa de la Corona.

Un Rito de Lata Observancia nació en Viena, en 1767, a consecuencia de una escisión entre algunos miembros de la Estricta homónima, con los siete grados superiores de: Hermano Africano, Caballero de San Andrés, Caballero del Águila o Maestro Elegido, Maestro Escocés, Soberano Mago, Maestro Providencial de la Cruz Roja, Mago o Caballero de la Claridad y de la Luz.

El Rito de San Martín lo formó alrededor de la misma época Luis Claudio de San Martín, principal discípulo de Martínez de Pascalis, igualmente con siete

grados superiores: Maestro Antiguo, Elegido, Gran Arquitecto, Masón del Secreto, Príncipe de Jerusalén, Caballero de Palestina y Caballero Kadosh.

En 1780 fue establecido en Narbona el Rito de los Filadelfos, con dos clases adjuntas a la primera o simbólica, la segunda de tres y la tercera de cuatro grados. El cuarto y sexto grado, divididos en tres puntos, hacen que la segunda clase sea en realidad de siete grados que llevan los nombres de:

Maestro Perfecto, Elegido, Arquitecto, Sublime Escocés, Caballero de la Espada, Caballero de Oriente, Príncipe de Jerusalén.

Una reducción del Rito de Perfección, adoptada por la Gran Logia Real de York de Berlín, fue organizada con los siete grados superiores de: Elegido de los Nueve, Elegido de los Quince, Elegido de Perignán, Escocés Rojo, Escocés de San Andrés, Caballero de Oriente, Príncipe de Jerusalén.

Por el contrario, el Rito Sueco propagado por Zinnendorf se extendió a diez grados, hasta poco tiempo practicado por la Gran Logia Nacional de Alemania, fundada en 1770 por el mismo Zinnendorf. Los siete grados que siguen a los de San Juan son: Aprendiz y Compañero de San Andrés, Maestro Escocés de San Andrés, Caballero de Oriente, Caballero de Occidente, Confidente de San Juan, Confidente de San Andrés, Caballero Comendador.

Un octavo grado se adjunta a los siete grados superiores en la Orden de los Arquitectos de África, instituida en Prusia en 1767, atribuyéndose la iniciativa al rey Federico II, y dividiéndose los ocho grados que siguen al primer templo en dos grupos de cinco y tres, con los nombres de: Arquitecto o Aprendiz de los Secretos Egipcios, Iniciado de los Secretos Egipcios, Hermano Cosmopolita, Filósofo Cristiano, Maestro de los Secretos Egipcios, Arminger, Miles, Eques.

EL CICLO DE PERFECCIÓN

Desarrollándose los grados superiores (sobre la base y en analogía con los simbólicos, de los que constituyen la extensión) en tres grupos de tres, llegamos naturalmente a los sistemas de doce grados que contemplan todo ciclo relacionado con los grados simbólicos.

Así como todo sistema superior a los tres grados tiende a crecer hasta doce, así igualmente todo sistema superior a doce tiende a reducirse, por la importancia siempre menor que adquieren, como consecuencia natural, los grados intermedios. Hay, pues, un límite en el desarrollo de los grados, algo semejante a las columnas de Hércules, en donde hay que poner el non plus ultra

de un determinado ciclo: siempre que avancemos más allá de este límite, tendremos que repasar las mismas etapas y, por consiguiente, regresar.

En otras palabras, así como el número 7 representa el mínimo necesario para la perfecta extensión del ternario primitivo, el número 12 constituye el límite de su desarrollo orgánico.

Por otro lado, es lógico que no puedan existir más que nueve etapas para conseguir el número 9 o tres veces tres, que representa la perfección del magisterio. Todo aumento en el número de las etapas **-constituidas por los grados superiores-** se resuelve en una disminución del valor y efectividad de las mismas. Los nueve grados superiores son, efectivamente, los nueve maestros que buscan lo que se ha perdido, que es la Unidad Originaria, con la cual forman la Década de los números.

SISTEMA DE DOCE GRADOS

Entre los sistemas de 12 grados mencionaremos primero el Rito o Sistema de los Hermanos de la Rosa Cruz y de los Hermanos de la Rosacruz de Oro, Orden que según los mismos fue introducida en Occidente en 1188. La nomenclatura de los nueve grados del segundo es la siguiente: Celador, Teórico, Práctico, Filósofo, Adepto Joven, Adepto Mayor, Adepto Exento, Maestro del Templo, Mago.

Desde el punto de vista filosófico es también importante el Rito de los Filaletas (Amigos de la Verdad), instituido en París en 1773, en el seno de una Logia llamada Les Amis Réunis, en el que tomaron parte nobles personalidades de la época. Este cenáculo poseía una importante biblioteca, gabinetes de física y de historia natural, y adquirió por sus trabajos una justa reputación. Los nueve grados que siguen a los tres simbólicos se reparten en dos clases de tres y seis con los nombres de:

Elegido, Escocés, Caballero de Oriente, Rosacruz, Caballero del Templo, Filósofo desconocido, Sublime Filósofo, Iniciado, Filaleta o Maestro de todos los grados.

Se conoce de nombre un Rito de los Iluminados del Zodíaco, cuyos grados corresponden con los doce signos zodiacales. También de doce grados fue la Masonería Andrógina del Capítulo Metropolitano de los Caballeros y Damas Escocesas de Francia, creado en 1810 en el seno de la Logia Mont-Tabor de París.

Pero el más importante, masónicamente, entre los sistemas de doce grados, es el Rito Sueco que se organizó en 1777 y del cual desde entonces han sido Maestros Reinantes los monarcas de Suecia.

En este sistema, a los tres grados que constituyen la Logia de San Juan, sigue una Logia de San Andrés o Escocesa, con los dos de Aprendiz y Compañero de San Andrés y Maestro de San Andrés (los dos grados llevan también los nombres de Maestro Elegido y Maestro Escocés).

La tercera Logia o Capítulo de los Intendentes se compone de cuatro grados: Hermano Iniciado de Salomón o Caballero de Oriente, Caballero de Occidente o Verdadero Templario, Iniciado o Hermano Favorito de San Juan, Iniciado o Hermano Favorito de San Andrés. Finalmente, el Capítulo Iluminado de los Hermanos Arquitectos, Supremos Caballeros y Comendadores Iluminados de la Cruz Roja, comprende los últimos tres grados de Miembro y Dignatario del Capítulo, y Maestro Reinante con el título de Vicarius Salomonis.

RITOS DE 13 Y 14 GRADOS

No muy diferentes de los de 12 son los sistemas que los superan de uno o dos grados, así como en los sistemas de diez grados el onceavo y doceavo están potencialmente contenidos en el décimo. En los de trece y catorce, los grados que sobran son duplicados o desarrollos de otros.

De esta naturaleza es el Rito Adonhiramita del Barón Tschoudi, aparecido en 1787 y derivado del Escotismo Reformado en 10 grados, que ya hemos mencionado. En este sistema, a los tres grados simbólicos siguen los de: Maestro Antiguo o Perfecto, Elegido de los 9 o Pequeño Elegido, Elegido de Perpignán, Elegido de los 15 o Gran Maestro Elegido, Pequeño Arquitecto o Aprendiz Escocés, Gran Arquitecto o Compañero Escocés, Maestro Escocés, Caballero de Oriente, Caballero Rosacruz, Noaquita o Caballero Prusiano.

El Rito de los Iluminados de Baviera, creado en 1771 por Adam Weishaupt, aunque nominalmente en 13 grados, pertenece en realidad a los sistemas novenarios por el hecho de que los tres grados simbólicos se hallan precedidos por cuatro grados de instrucción: Novicio, Minerval, Iluminado Menor e Iluminado Mayor. Los seis que siguen a los azules son tres grupos de dos: Novicio Escocés y Caballero Escocés, Eopto o Sacerdote Iluminado, Regente o Príncipe Iluminado, Mago Filósofo y Hombre Rey. Por esta razón se acerca notablemente a los sistemas de doce grados.

En catorce grados, además del Rito de los Filadelfos de Narbona (que ya hemos citado entre los sistemas de diez grados), fue el Rito de los Elegidos de la Verdad, creado en 1778 en el seno de la Logia La Perfecte Union de Rennes, que adjunta los dos grados sublimes del Príncipe Adepto y Elegido de la Verdad a los nueve superiores: Maestro Perfecto, Elegido de los Nueve, Ilustre Elegido de los Quince o Maestro Irlandés, Maestro Elegido, Pequeño Arquitecto o Escocés, Arquitecto o Favorito, Gran Arquitecto o Gran Maestro Escocés, Caballero de Oriente, Rosacruz.

ORÍGENES DEL “RITO ESCOCÉS”

Llegamos así a los orígenes del Rito Escocés, al que naturalmente se acercan todos los sistemas de más de doce grados, por la duplicación o multiplicación de los grados fundamentales.

El primero cronológicamente parece haber sido el Rito Escocés Filosófico de la Logia Madre de Marsella, creado cerca del 1750, en 18 grados, es decir, con los 15 grados adjuntos de: Maestro Perfecto, Gran Escocés, Caballero del Águila Negra, Comendador del Águila Negra, Rosa Cruz, Verdadero Masón, Caballero de los Argonautas, Caballero del Vellochino de Oro, Aprendiz Filósofo, Adepto del Águila y del Sol, Sublime Filósofo, Caballero del Fénix, Adepto de la Madre Logia, Caballero del Iris, Caballero del Sol. Sin embargo, más grados estaban en gestación, por encontrarse los catecismos correspondientes en los archivos de la Logia.

Mucho más importante por su difusión fue el Rito de Heredom o de Perfección, compuesto por el Consejo de Emperadores de Oriente y Occidente, que se formó en París en 1758 sobre las cenizas del Capítulo de Clermont al disolverse éste.

Este Consejo se propuso reunir en un conjunto armónico todos los grados entonces practicados y diseminados, sobre la base del sistema templario. El resultado fue un Rito de 25 grados (que puede considerarse un duplicado del sistema de 12, o como un triple septenario añadido al ternario simbólico), que fue la base del Rito Escocés de 33 grados. Dichos grados fueron agrupados en siete clases, la primera de las cuales comprendía los tres fundamentales o simbólicos, a los que seguían:

Segunda clase: Maestro Secreto; Maestro Perfecto; Secretario Íntimo; Intendente de los edificios; Preboste y Juez. Tercera clase: Maestro elegido de los nueve, Maestro elegido de los quince, Ilustre elegido, Jefe de las doce tribus. Cuarta clase: Gran Maestro Arquitecto, Caballero Real Arca, Gran Elegido

Antiguo, Maestro Perfecto. Quinta clase: Caballero de la Espada o de Oriente, Príncipe de Jerusalén, Caballero de Oriente y Occidente, Caballero Rosacruz, Gran Pontífice o Maestro ad Vitam. Sexta clase: Gran Patriarca Noaquita, Gran Maestro de la llave de la Masonería, Príncipe del Líbano, Caballero Real Arco. Séptima clase: Caballero del Sol, Príncipe Adepto, Gran Comendador del Águila blanca y negra, Ilustrísimo Soberano Comendador del Real Secreto.

SIMPLIFICACIONES DEL SISTEMA

Dado lo intrincado de un sistema de esta naturaleza, por el número excesivo de grados, es natural que desde el primer momento se sintió la necesidad de simplificarlo, y lo prueba el hecho de que casi todos los sistemas de menos grados que hemos examinado anteriormente **-y especialmente los que se acercan a la década y a la docena-** son casi todos cronológicamente posteriores, habiendo nacido más o menos cerca de 1775.

El Soberano Consejo de los Caballeros de Oriente que se separó en 1762 del Soberano Consejo de los Emperadores de Oriente y Occidente, no hizo más que suprimir los diez grados que siguen a los quince primeros, quedando los mismos reducidos a este último número.

Por el contrario, el Rito Escocés Filosófico, fundado en 1776 por un médico de París, parece haber suprimido los primeros en su conjunto de trece grados superiores, que son en realidad once (dividiéndose el primero en tres partes): Caballero del Águila Negra o Rosacruz de la Torre de Heredom, Caballero del Fénix, Caballero del Sol, Sublime Filósofo, Caballero del Iris, Verdadero Masón, Caballero de los Argonautas, Caballero del Vello de Oro, Gran Inspector, Perfecto Iniciado, Gran Escocés, Sublime Maestro del Anillo Luminoso.

Verdaderas simplificaciones son el Rito de San Martín, el Escotismo Reformado de Tschoudi y el Rito de los Filaletas, de los que ya hemos hablado, que más se acercan, con sus respectivas clasificaciones, interpretaciones y nomenclaturas, a los grados iniciáticos universales, fundamento y esencia inmutable de todos los Ritos y Sistemas.

SU EXTENSIÓN A 33 GRADOS Y MÁS

Sin embargo, el número de los grados tuvo que ejercer una notable fascinación sobre los que no entendían perfectamente su significado, desde el momento que, mientras hubo por un lado interés en la simplificación y

reducción a un conjunto armónico, lógico y razonable, por el otro prosiguió el crecimiento hasta 33, transformándose así el Rito de Heredom en el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, según hoy se conoce y practica.

Una vez admitido el principio, tampoco este número fue considerado por algunos suficiente y satisfactorio, como lo muestra la creación subsecuente de sistemas respectivamente de 81, 90 y 92 grados. El primero, en 81, es el del Capítulo Metropolitano de Francia, instituido en 1785, siendo los grados armónicos repartidos en 9 series de 9.

La primera serie comprende los grados que van del de Aprendiz a Intendente de Edificios, la segunda diferentes clases de Elegidos, la tercera gravita alrededor del grado de Perfecto Masón, la cuarta y la quinta comprenden diferentes clases de Escoceses; la sexta reúne, con el grado de Noaquita y de Príncipe de Jerusalén, distintas clases de Caballeros. La séptima va del Caballero del Águila al Escocés de San Andrés. La octava tiene su centro en el grado de Gran Inspector Comendador y la novena comprende los grados de: Masón Hermético, Elegido Supremo, Escocés de San Andrés del Cardo, Caballero e Ilustre Comendador del Águila Negra, Filósofo Supremo Comendador de los Astros, Sublime Filósofo desconocido, Caballero de la Cábala y Caballero de la Balanza.

En 90 y 92 grados fueron respectivamente los ritos de Misraim y de Memfis, aparecidos, junto con el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, en los primeros años del siglo XIX.

El Rito de Memfis, instituido en Francia en 1839, se divide en tres series – Simbólica, Filosófica y Mística-y en siete clases. La serie simbólica, formada por las tres primeras clases, se compone de 35 grados que pueden considerarse como un facsímil del Rito Escocés. La segunda comprende otros 33 grados que van desde el de Caballero Filaleta al de Caballero del Templo de la Verdad, y la tercera empieza con el 69° de Sublime Príncipe de Memfis, Jefe del Gobierno de la Orden, y el 92° de Soberano Pontífice de los Magos del Santuario de Memfis.

El Rito de Misraim vino a la luz cerca de 1805 en Italia y se divide en cuatro series que comprenden 17 clases. La primera serie de 33 grados, llega hasta la sexta serie de Real Arco, que corresponde a los grados 13° y 14° del Rito Escocés; la segunda, con otros 33 grados, corresponde con los 19 siguientes del mismo Rito; la tercera y la cuarta llevan hasta el grado 90, abarcando toda una serie de 20 Supremos Tribunales y Consejos.

EL RITO ESCOCÉS EN 33 GRADOS

No se sabe todavía cómo, cuándo y dónde los 33 grados de este Rito fueron definitivamente establecidos; cierto es que el místico número 33 no fue extraño a su fortuna y rápida difusión, que se efectuó a principios del siglo XVIII. Es igualmente cierto que de escocés y antiguo tiene únicamente los nombres, que tampoco han sido extraños a su aceptación.

Dicha calificación remonta sus orígenes al grado de Maestro escocés, que dio lugar a la Serie Capitular de Perfección que, en el Rito de que nos ocupamos, comprende los grados que van del 4° al 14°, sin conservar tampoco este nombre. Y la otra de “antiguo y aceptado” viene del mismo nombre de antiguos y aceptados masones (ancient and accepted free masons) con que se distinguió la Gran Logia que en Inglaterra se contrapuso a la primitiva Gran Logia de Londres.

Es cierta su filiación, directa o indirecta, del Consejo de Emperadores de Oriente y Occidente, que en 1761 había otorgado a Esteban Marín carta patente con autorización para propagar en América el Rito de Heredom de que hemos hablado; también aparece demostrado que el Emperador Federico II no tuvo nada que hacer con las Grandes Constituciones de la Orden, fechadas en 1784 poco antes de su muerte, que se le atribuyeron con la evidente intención de abrir más fácilmente el camino para su aceptación.

Nadie tuvo conocimiento de estas Grandes Constituciones antes de que, en diciembre de 1802, el Supremo Consejo de Charleston —el primer Supremo Consejo del nuevo Rito, que se había fundado el 31 de mayo del año anterior— diera a conocer su existencia.

El segundo Supremo Consejo fue fundado el año siguiente en Santo Domingo por el conde de Grasse Tilly que, debiendo regresar a Francia, supo crear en 1804 otro Supremo Consejo en París y uno en Milán el año siguiente. Poco después se establecieron Supremos Consejos en los demás países, y en 1875 se verificó en Lausana la primera Convención en la que se tomaron acuerdos internacionales para la unidad del Rito.

Los 33 grados se agrupan en siete clases, la primera de las cuales comprende los tres grados simbólicos universalmente reconocidos de Aprendiz, Compañero y Maestro. La segunda los cinco grados de Maestro Secreto, Maestro Perfecto, Secretario Íntimo o Maestro inglés, Preboste y Juez o Masón Irlandés, Intendente de Edificios o Maestro en Israel.

La tercera abarca los tres grados de Elegido de los Nueve, Elegido de los Quince y Sublime Caballero Elegido. La cuarta los de Gran Maestro Arquitecto, Real Arco, Gran Elegido, Perfecto y Sublime Masón. Estas tres clases completan la primera Orden Capitular de Perfección.

La quinta clase comprende los grados de: Caballero de Oriente o de la Espada, Príncipe de Jerusalén, Caballero de Oriente y Occidente, Soberano Príncipe Rosacruz (grado 18°). Estos grados constituyen los Soberanos Capítulos Rosacruces.

La sexta clase comprende nueve grados (del 19° al 27°) que, con los tres siguientes, pertenecen a la jurisdicción de los Consejos de Caballeros Kadosh: Gran Pontífice, Maestro de todas las logias simbólicas, Noaquita o Caballero Prusiano, Caballero Real Hacha o Príncipe del Líbano, Jefe del Tabernáculo, Príncipe del Tabernáculo, Caballero de la Serpiente de Bronce, Escocés Trinitario o Príncipe de la Merced, Gran Comendador del Templo o Soberano Comendador del Templo de Jerusalén.

La séptima clase se divide en dos series de tres grados. Los tres primeros siguen a los precedentes como: 28° Caballero del Sol, 29° Gran Escocés de San Andrés, 30° Gran Elegido Caballero Kadosh. Y los tres últimos constituyen los grados administrativos: el grado 31° Gran Inspector, Inquisidor, Comendador forma los Soberanos Tribunales de la Orden, el grado 32° o Sublime Príncipe del Real Secreto forma los Consistorios y el 33°, o sea, de Gran Inspector General, los Supremos Consejos.

Entre estos grados los tres primeros, el 4°, 14°, 18°, 30°, 31°, 32° y 33° son lo que no se pueden dar por comunicación, es decir, en que efectivamente se verifican los trabajos; mientras de los demás se dan ordinariamente algunas noticias sumarias, junto con los signos, palabras, toques, etc., dejándose al estudio individual el profundizarlos.

VENTAJAS Y DESVENTAJAS

Es muy posible que un tal aumento de los grados haya nacido de la intención loable de hacer obligatorio, de esta manera, el ascenso menos repentino, pues es sabido que cuanto más rápido sea el ascenso, menor será la profundidad en la cualidad de verdadero masón que, por medio del simbolismo de cada grado, se construye o se graba. Un mayor número de grados, que hubieran debido (en la intención de los fundadores), escalarse uno después del otro, hubiera debido hacer el sistema más eficaz como método de educación,

además que añadir a la Institución (y al que los posea de derecho), el prestigio innegable de ese número.

Pero esa buena intención se ha frustrado en la práctica, en vista de la incomodidad administrativa que resultaría al hacerse efectiva esa multiplicación. Aunque se dieran individualmente uno por uno, esparcidos convenientemente, sería muy difícil y factor de verdadera confusión el trabajar realmente en cada uno; y, por otro lado, de nada serviría el poseer separadamente un grado en cuya cámara no se trabaja.

Por consiguiente, su simplificación se ha impuesto naturalmente, de manera que los 33 grados sólo son tales de nombre: su número efectivo puede decirse que varía entre siete y diez, incluyendo los tres simbólicos. Y cuanto mejor se estudian y se profundizan abundamos en el convencimiento de que los grados verdaderos son un número muy limitado, que toma un carácter mucho más claro y definido precisamente en su reducción.

“ORDO AB CHAO”

Da la importancia muy relativa del grado 31º, que casi únicamente sirve como intermediario entre el 30º y el 32º, puede decirse prácticamente que el Rito Escocés es un sistema de 9 grados, cuyos 6 superiores forman tres series distintas: la primera, que comprende el 4º y el 14º, constituye la Logia Capitular de Perfección; la segunda está formada por el grado 18º aislado como Soberano Capítulo Rosacruz, y la tercera, comprende los tres grados de Kadosh, Príncipe del Real Secreto y Soberano Gran Inspector, que forman respectivamente el Consejo, Consistorio y Supremo Consejo.

Estos tres grupos corresponden enteramente, si los complementamos con 3 grados intermedios (5º, 15º y 27º) a los nueve maestros en tres grupos de tres, que sirven de base a nuestro estudio.

Adoptando la misma nomenclatura del Rito Escocés, los nueve grados superiores serían los siguientes:

Primera orden capitular (grados filosóficos o de perfección): Maestro Secreto, Maestro Elegido, Perfecto y Sublime Masón. Segunda orden capitular (grados místicos o rosacruceanos): Caballero de Oriente, Príncipe Rosacruz, Caballero del Sol. Tercera orden capitular (grados mágicos y administrativos): Caballero Elegido Kadosh, Sublime Príncipe del Real Secreto, Soberano Gran Inspector.

De acuerdo con el Rito de York, según se practica en América, encontramos una exacta y perfecta correspondencia con otro de estos grados:

Primer grupo: Maestro Pasado, Maestro de Marca, Muy excelente Masón (Past Master, Mark Master, Superexcellent Mason). Segundo grupo: Real Arca Santa, Caballero de la Cruz Roja, Caballero de Malta (Holy Royal Arch, Order of the Red Cross, Order of Knights of Malta). Tercer grupo: Caballero Templario y Gran Comendador del Templo (Order of Knights Templars, Shrine).

Una análoga correspondencia se hace evidente con todos los Ritos que tengan algún valor, cualquiera que sea el número de los grados que los componen: las diferencias provienen de que alguna vez un grado se encuentra olvidado o desusado, mientras que de otros se forman duplicados o triplicados, cuyo atento análisis demuestra que constituyen aspectos arbitrariamente distintos de una misma cosa. Y cuando los grados se multiplican excesivamente, éstos se reúnen en grupos o series que más bien corresponden con un solo grado.

Eliminando todo lo que hay de inútil y arbitrario, ya sea en el Rito Escocés como en los de Memphis y Misraim –y el tiempo y el uso contribuyen a completar este trabajo, mientras la comprensión lo iluminará definitivamente–y restituyendo en su unidad originaria el grado que se encuentre olvidado y separado en aspectos distintos y diferentes, siempre llegamos a un sistema de grados que se acercan o se confunden con estos tres grupos de tres, o sea con los nueve maestros que buscan la Doctrina Iniciática, la mística palabra escondida o perdida en un simbolismo puramente formal, o mal comprendido.

Cualquiera sea la clasificación que se adoptara en lo futuro, como lo más conveniente para la Unificación y Dignificación de la Orden, esta división novenaria (aunque comprenda tres grados en que no se trabaja), nos ha parecido la más adaptada para poder comprender en una serie orgánica todo el simbolismo masónico. A estos nueve maestros hemos confiado la tarea de iluminarnos, como verdaderas Musas inspiradoras, en nuestra tarea descriptiva, llevando ese orden que patentiza la verdadera luz, en el caso de los ritos y sistemas aparecidos en los dos siglos pasados, y de los que hemos heredado los vestigios. Sin embargo, no todos estos nueve grados son indispensables para una organización masónica ideal y perfecta: posiblemente sólo algunos de ellos se consideran realmente útiles para la Masonería del porvenir, que tiene que nacer de la comprensión iniciática y operativa de la actual.

EL CUARTO GRADO

MAESTRO SECRETO CUARTO GRADO



El cuarto grado, del que ahora nos ocupamos, aparece en el Rito Escocés parcialmente confundido y duplicado con el quinto, aunque el nombre de esto se refiera más bien al sexto grado iniciático (grado 14° del Rito Escocés y 6° del Yorkino).

Sin embargo, la verdadera esencia del grado que ahora nos ocupa hemos de buscarla en el homónimo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, que justamente se considera como primero y fundamental entre los grados superiores, aunque sea necesario reintegrarlo con algunos elementos simbólicos que le fueron tomados por el sucesivo: entre ellos el color verde del collar y la piedra cúbica dentro del círculo, con referencia a la cuadratura del mismo.

Por lo tanto, la siguiente interpretación simbólica se refiere a los dos grados de maestro secreto y perfecto del Rito Escocés, buscando la unidad interior de la cual derivaron y a la cual nos hemos esforzado en reconducirlos. Que el segundo de estos dos grados sea un aspecto del cuarto que queda por otro lado demostrado por su simbología cuya base es el número 4, mientras su palabra sagrada pertenece realmente a un grado más adelantado.

CUARTO GRADO



CUARTO GRADO



Segunda Parte

Simbolismo de la Recepción

32

El Maestro “Perdido” – El sepulcro de Hiram – Las pirámides de Egipto – El santuario de la Vida – El primer viaje – El segundo viaje – El tercer viaje - El “Arca de la Alianza”– El cuarto viaje – La cuadratura del círculo – Juramento – Traslación del corazón – Consagración – El cetro – La marcha – Los signos – Las palabras - Collar y mandil – El pentáculo y la copa

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR SOBRE EL ORIGEN UNIVERSAL Y FUNDAMENTAL UNIDAD DE LOS GRADOS SUPERIORES DE TODOS LOS RITOS Y SISTEMAS

SEGUNDA PARTE SIMBOLISMO DE LA RECEPCIÓN EN EL MEDIO DE SIETE

El paso del tercero al cuarto grado es el paso del ternario al cuaternario, que se efectúa por medio del número $3\frac{1}{2}$, o sea, por el centro del septenario.

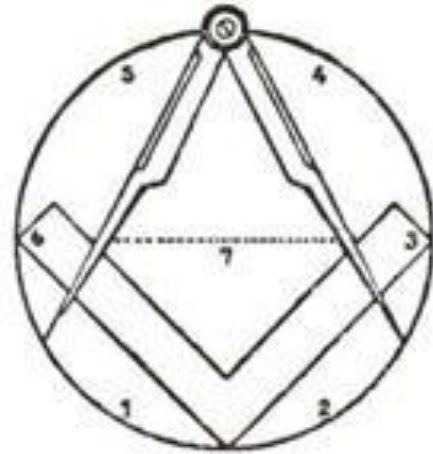
En otras palabras, una vez llegado simbólicamente al septenario **-que es la edad del grado de Maestro-** con el fin de encontrar en el mismo la potencia de irradiación octonaria (la única que puede conducir al triple ternario del Magisterio Filosófico), hay que retroceder hasta el centro de dicho septenario y realizarlo en aquella perfección tetrágona o cuaternaria que se halla simbolizada por la cuadratura del círculo o por el cubo de un perfecto desarrollo individual, dentro de la esfera de su actividad en la vida.

El número $3\frac{1}{2}$ y el amanecer del cuarto día de la semana y de la creación son, pues, los que hemos de tomar primero en consideración, refiriéndonos al significado de este pase. En el Apocalipsis (cap. 9, vv. 1-2) (**“Me fue dada una caña semejante a una vara, y se me dijo: Levántate y mide el Templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él”** **“Y echa fuera el patio que está fuera del Templo, y no lo midas, porque es dado a los Gentiles; y hollarán la ciudad santa cuarenta y dos meses”**). Algo semejante es la expresión un tiempo, dos tiempos y la mitad de un tiempo **-o sea, tres ciclos y medio-** como un ciclo de 360 años, se obtiene el número 1260, que indica una de las épocas más aproximadas para que el Sol y la Luna vengan en conjunción, nuevamente en el mismo grado del zodíaco) se hace referencia a un período correspondiente a tres años y medio como medida del tiempo durante el cual queda entregado a los Gentiles (paganos o profanos) el patio del Templo, este último ha de ser medido para que comprenda únicamente el altar y a los que adoran en él.

Esto significa que únicamente se comprenden dentro del Santuario **-o llegan a la comprensión de la Verdad-** los que siguen sus propias aspiraciones, y sus ideales superiores y se establecen en ellos (es decir, pasan del ternario de la pura Ideación al cuaternario de la Realización, a través del número $3\frac{1}{2}$), mientras que a los que moran en la percepción exterior **-el patio del Templo-** no se les mide (es decir, no tienen necesidad de someterse a las leyes o reglas de la vida superior), sino que se les deja otro medio ciclo (3 años y $\frac{1}{2}$) para que

aprendan lo que necesitan aprender, antes de llegar a la altura de la Vida Superior.

Esta división es muy oportuna, en el tema que nos ocupa, entre el aspecto puramente exterior, ceremonial o simbólico de la Masonería -**el patio del Templo, que se ha dado a los gentiles, o al entendimiento profano-** y su comprensión y realización filosófica -**el altar y los que adoran en él-** que es el verdadero Santuario de los Maestros Secretos (o “Inner Shrine”) de la Orden.



Tres años y medio es igualmente el período de tiempo durante el cual Jesús, según la tradición, permaneció escondido en el Egipto de la ilusión; y 3 ciclos y $\frac{1}{2}$ indica, según Daniel (XII, 7) la duración de la desgracia de los hijos de Israel, o sea, uno de los más importantes ciclos históricos.

Por dichas razones, este punto intermedio entre 3 y 4 representa constantemente un momento crítico en la existencia individual y en el progreso iniciático, y muy oportunamente la cifra $3 \frac{1}{2}$ caracteriza el paso o límite que divide la Masonería Simbólica de su comprensión filosófica o, según la alegoría que se nos presenta al principio de la recepción de este grado, entre la escuadra del Juicio -**dominio exclusivo de la Moral y de la aplicación exterior de la Ley o regla-** y el compás del Entendimiento.

En otras palabras, una vez comprendida la triple manifestación exterior de la Ley o Principio Universal, expresado por el Delta en sus tres ángulos y en sus tres lados, es necesario ingresar en el medio, con otra media unidad: así llegamos a la tétrada o tetragrama, que es la Palabra Perdida por la Masonería Simbólica, que debe ser encontrada y reintegrada por la Filosófica.

La secreta comprensión, con la cual llegamos al centro del Ternario y realizamos el Cuaternario, está muy bien simbolizada por Mercurio - el ángel o planeta de la Inteligencia, que domina sobre el cuarto día de la semana y de la creación, en el cual se manifiesta efectivamente por medio de los luminares o lumbreras y de las estrellas, aquella luz potencial o simbólica (energía creadora en estado latente por falta de aplicación) cuyo primer origen se halla en el primer día de la creación.

EL MAESTRO “PERDIDO”

En el umbral del Santuario de una más profunda comprensión, el maestro simbólico se nos presenta con características semejantes a las del profano que pide la luz. Esto no debe maravillarnos porque todo progreso se verifica y se realiza por medio de ciclos sucesivos en los que se repiten, en una nueva forma, las características de los ciclos precedentes.

Todo círculo se divide, pues, en seis sextantes iguales al radio, con el cual hacen siete. Por consiguiente, en los siete años que conducen al Magisterio simbólico, se recorren respectivamente los tres sextos inferiores (que corresponden con el uso de la escuadra) y los tres superiores (que corresponden al compás) después de los cuales ingresamos nuevamente en el dominio de la escuadra. Alejándose del compás de la razón, el Maestro se encuentra perdido efectivamente.

Sin embargo, como la Instrucción del tercer grado nos lo enseña, todo maestro perdido puede encontrarse nuevamente entre la escuadra y el compás, es decir, en el centro del círculo, que representa el uso armónico y perfectamente equilibrado de estas dos facultades del juicio y de la comprensión, mientras cada una de ellas por sí misma nos haría extraviar y perder la llave de los conocimientos, que ha de ser el resultado de nuestros esfuerzos filosóficos. Así pues, una vez recorrido todo el círculo, necesita dirigirse hacia el centro de la comprensión, en vez de volver al dominio ilusorio de la escuadra.

La acacia de la Inocencia y de la Inmortalidad no puede encontrarse fuera de este centro, ni con una sola de las facultades, cuyo perfecto equilibrio se halla simbolizado por la disposición de los dos instrumentos.

Los maestros perdidos “como astros lanzados lejos de sus órbitas y deslumbrados por el esplendor de sus propios rayos”, buscan y claman por un Guía “que os salve de situación tan lastimosa”. Pues este Guía, que es Hiram - **nuestra Vida Eterna o Individualidad Espiritual**- ha muerto o desaparecido en las tinieblas del norte, del lado de occidente, por efecto de la conspiración de los tres malvados compañeros:

- la Ignorancia,
- el Fanatismo
- y la Ambición.

Buscando un Guía, o una Logia de Maestros Perfectos, los Maestros perdidos se encuentran entre compañeros que, como ellos, buscan la Verdad, o el Ideal desaparecido que los oriente y los dirija en sus trabajos que se hallan

suspensos, mientras Adonhiram “guarda las herramientas en las columnas, esperando que se presente el más apto para dirigir las obras”.

EL SEPULCRO DE HIRAM

Aquí llega la necesidad de ingresar en el sepulcro del Gran Desaparecido, para buscar aquella Luz Orientadora que es la única que puede guiarnos en las tinieblas de la ignorancia en que nos encontramos, por falta del discernimiento que sólo se halla en la Cámara del medio o centro de nuestro ser.

El Sepulcro de Hiram es, en ese grado, una duplicación de la Cámara del Medio del anterior, así como ésta, a su vez, repite el símbolo del Cuarto de Reflexión que admite al profano en el Templo para que llegue al estado de Aprendiz por medio de los tres viajes alegóricos. Una vez alcanzados los siete años de la Perfección, hay que buscar en el centro de esta edad la perfecta realización del Ternario Ideológico en un Cuaternario Operativo, según lo muestran los primeros siete arcanos del Tarot.

La búsqueda en el centro del ser, como de la edad, es pues, el símbolo fundamental que se nos presenta en esta cíclica repetición del Cuarto de Reflexión, de la Cámara del Medio y del Sepulcro de Hiram.

Una vez más el candidato para un estado o condición superior de progreso, sobre el Camino Filosófico de la Iniciación, se encuentra frente a los emblemas y a la apariencia de la muerte, para que sepa buscar, encontrar y manifestar la Realidad de la Vida; en la oscuridad y en las tinieblas exteriores, que vienen a ser la oportunidad para la expresión de la Luz interior.

Pero, cuando el maestro perdido cesa de ser víctima de lo aparente, y dirige toda su atención a lo interior, al centro del lugar (o condición) en que se encuentra, he aquí la Luz, débil al principio, pero cuya intensidad va creciendo con el poder del discernimiento, que empieza a manifestarse: es la urna de oro en la que se encuentran las cenizas de Hiram y su corazón embalsamado.

Este corazón tan noble y elevado, lleno de Amor, de Benevolencia y de Sabiduría ¿ha muerto realmente? ¿Puede haber cesado de existir? Este astro radiante de Luz, este Obrero Perfecto que era para los demás un guía y un ejemplo, este Maestro tan hábil en expresar y traducir los planes del G.. A., o sea, las Leyes de la Creación, este Filósofo discreto y solitario, profundo conocedor de todos los misterios, igualmente amigo y compañero de los reyes como de los más humildes obreros, cuyo silencio era no menos elocuente que sus palabras, ¿puede haber cesado de existir? Aquél Ideal Luminoso que nos

guiaba y dirigía en nuestras más elevadas aspiraciones, en nuestros pensamientos más nobles, en nuestros deseos más profundos, ¿ha desaparecido realmente para siempre del horizonte de nuestra conciencia, en el sepulcro de las circunstancias, necesidades y consideraciones materiales?

He aquí la silenciosa y solitaria meditación a la cual ha de entregarse el maestro simbólico perdido en la ilusión de las consideraciones profanas, delante de la mística urna de oro, la Realidad Inmortal de cuyo contenido todavía ignora y desconoce. Y en este sepulcro ha de permanecer hasta que una Luz deslumbrante, que emana de aquél centro de Infinitas Posibilidades, lo aparte para siempre del dominio de la duda y de la ilusión. En las tinieblas ha de manifestarse la Luz que debe guiarlo.

En el Reino de la Muerte y de las sombras ha de aparecer la Vida que todo lo anima hacia una Meta que no es menos real, aunque desconocida.

EL DIVINO CORAZÓN

El corazón misterioso que el Maestro Secreto tiene que buscar y encontrar en la tumba de Hiram, o sea, en la naturaleza y en la apariencia material, no puede dejar de estar relacionado con el místico corazón de Dionisio, tradición particularmente afín, por su carácter, con la masónica.

El Hijo de Zeus -o sea la expresión de la Divinidad- fue, según el mito, asesinado y despedazado por los Titanes, así como lo fue el mismo Osiris en Egipto, por su malvado hermano Tifón. De todo su cuerpo, el corazón fue la única parte que pudo preservarse, dado que los mismos Titanes se comieron los pedazos, después de haberlos hervido y asado.

Los Titanes (o hijos de Tetis, la Sustancia primordial) son, evidentemente, los principios formativos de la naturaleza, que pueden identificarse con los tattvas hindúes, cuya acción reveladora del principio espiritual de la Conciencia (Dionisio) es, en un principio, aparentemente destructora. Pues el Espíritu se olvida de sí mismo durante el proceso de su involución material, y aparece como si fuera absorbido por las propiedades de la materia, que le hace hervir por la sensación y quemar por el deseo (las pruebas simbólicas del agua y del fuego). Pero Pallas o Minerva, la pura Sabiduría Virginal que emana directamente de la cabeza de Zeus, fecundada por la Mente (Metis), logra apoderarse del corazón -la esencia central y permanente del Principio Divino de la conciencia- olvidado por los Titanes, y de esta manera Dionisio es resucitado como Yacho (o Baco) en cada iniciado, así como Osiris en Oro, y como también debe de serlo Hiram en cada Maestro verdadero o secreto.

LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO

En conexión con el emblema del Sepulcro de Hiram hay que estudiar el simbolismo esotérico de las pirámides, que se encuentran en el transparente del grado escocés del Maestro Perfecto.

Se nos dice que las Pirámides de Egipto que se ven en el transparente sirvieron a Adonhiram de modelo para trazar el plano de dicho sepulcro u obelisco conmemorativo, que fue levantado en el lado norte del Sanctasanctorum, no muy lejos del lugar en donde los tres compañeros, después de haber cometido su crimen, ocultaron provisionalmente el cadáver bajo un montón de escombros.

El hecho de que de estas pirámides fue sacado el modelo del Mausoleo simbólico “que encierra la vida de nuestra Institución”, es un emblema muy transparente de la procedencia de nuestros símbolos, alegorías y enseñanzas iniciáticas, que han de considerarse como adaptaciones de las que tenían antiguamente por centro aquel país antes del éxodo de los Iniciados.

Es sabida la doble finalidad iniciática y profana a que estaban dedicados estos monumentos, cuya grandiosidad de concepción y perfecta ejecución nos llenan todavía de asombro.

(El número 12 de los Titanes tiene su correspondencia hindú en 12 tattvas, cuando se consideren (como se acostumbra en aquellos sistemas filosóficos) además de los 5 tattvas elementales (bhutas), los cinco elementos sutiles de la sensación (tanmatras), con los principios de la inteligencia (Manas y Buddhi), que también son aspectos de la sustancia o Prakriti.)

Es, pues, cierto que la mayoría de ellas -las menores y posteriores- sirvieron como reales sepulcros de los que ordenaron su construcción; pero esto no se puede decir de todas, y especialmente es cierto que la mayor y la más antigua (que puede considerarse como modelo u original de las demás), nunca sirvió para tal objeto, sino que tenía un propósito muy diferente.

Además de ser -por las particulares, exactas medidas y proporciones de su construcción, así como por su perfecta orientación y disposición geográfica- un verdadero Templo o Monumento de Sabiduría, su función especial iniciática



aparece evidente a quien la considera con suficiente atención. Y el iniciado en la cámara central de la Gran Pirámide, en la cual se encuentra una especie de urna simbólica y vacía, presenta una analogía demasiado estrecha con el maestro secreto, que se encierra en solitaria meditación en la Tumba de Hiram, para que pueda dejar de tomarse en consideración.

Particularmente, las Pirámides -como el Mausoleo simbólico de Hiram- nos sugieren la idea de un Templo construido como imagen alegórica del Universo y de su realización sobre una base cuaternaria -los cuatro elementos, que se manifiestan en los cuatro puntos cardinales y en las cuatro estaciones del año y constituyen la cuadratura de todo círculo- partiendo de un principio o vértice unitario, por medio de un ternario, manifiesto en un cuádruple aspecto en sus cuatro caras, para formar los doce signos del zodiaco, como ya se ha visto anteriormente (véase el Manual del Compañero).

La forma de la Pirámide y la del Sepulcro de Hiram son, pues, emblemas simbólicos de los Principios que obran en la Naturaleza y manifiestan progresivamente la Vida: aquéllas, como éstas, son expresiones de la misma fórmula matemática y patentizan la realización de una Unidad Trascendente o Celeste -el vértice de la Pirámide y el Principio Unitario de la Vida- en un cuaternario terrestre, por medio de la trinidad que manifiesta la primera en el segundo y sirve de intermediario activo y consciente entre los dos.

Podemos aplicar este mismo símbolo o fórmula matemática a una Logia Masónica, que es en sí un cuadrilongo, en el cual se manifiesta la Unidad Ideal -logos o Ideal que constituye el Principio Central de su expresión- por medio de un Ternario expresado por el Delta y realizado por los tres que la dirigen.

Además, este símbolo traza desde un principio el programa de estudio del Maestro Secreto, que ha de concentrarse de especial manera sobre los primeros cuatro números, ingresando en el 0 del círculo, descendiendo del número 1 que nace del centro al número 4 que lo manifiesta en la base o periferia, y luego regresando al centro por medio de la suma triangular de estos mismos números, que conduce a través de la década, nuevamente al 0, del que se manifiesta la unidad.

Habiendo así reconocido el significado interior y exterior del Sepulcro de Hiram, el maestro perdido ha encontrado nuevamente aquel centro simbólico del cual no puede desviarse, y aplicado en este centro la punta del compás, con una comprensión más profunda de los Principios, puede ahora encaminarse con firmeza y seguridad en las nuevas etapas del progreso que le esperan.

EL SANTUARIO DE LA VIDA

La Muerte y sus símbolos son en Masonería la preparación y la puerta de una mejor comprensión de la vida. En este sentido ha de entenderse la silenciosa meditación que el Maestro perdido hace en la tumba de Hiram para encontrarse a sí mismo en el sentido de la más profunda Realidad. Saliendo del Sepulcro trae, por tanto, consigo la urna de oro que contiene el corazón de sus más elevadas aspiraciones, y la llave de marfil, que es la comprensión iluminada que ha podido realizar dentro de su propio corazón, entre la escuadra del Juicio y el compás de la Razón.

El marfil es, pues, en todas las tradiciones orientales, uno de los emblemas de la misma Sabiduría. Además de relacionarse con el elefante, considerado como símbolo de la inteligencia, (El dios hindú de la Inteligencia –Ganesha- se representa con cabeza de elefante, y también Buda -el Sabio- toma al encarnarse, la forma de un elefante blanco, llevando un lirio en la trompa, que penetra de esta manera milagrosamente en el costado derecho de su madre, la reina Maya, esposa del rey sudhodana de la estirpe de los Sakys) es uno de los materiales usados de preferencia en la confección de reliquias y objetos de veneración. Podemos citar como ejemplo el famoso colmillo de Buda, que se conserva desde siglos en un santuario de la isla de Ceilán, y que tiene por esto analogía con la llave de Marfil del M.: S.:

Saliendo de la Sepultura en la que ha logrado la mejor comprensión de la Vida que patentizan los objetos que lleva consigo, el candidato es admitido en la Cámara Verde, emblema de la esperanza inmortal que ha nacido en su corazón, como consecuencia de sus estudios y meditaciones. Los emblemas de la muerte han servido para revelarles lo que la Vida es realmente y su esencia indestructible, sobreviviendo a la destrucción y a los cambios que producen la regeneración de todas las formas.

Aquí caben las primeras preguntas que deben hacerse al graduante, con objeto de despojarle del velo de ignorancia que todavía lo recubre.

- ¿Qué concepto tenéis de la vida?
- ¿Qué ideas os habéis formado sobre su íntima esencia animadora, o sea sobre la realidad que se encierra y revela en las diferentes formas que la manifiestan?
- ¿Creéis que este principio interior de la vida pueda cesar de ser o existir por el hecho de que haya muerto o cesado de ser una expresión exterior?

La vida ha de reconocerse como esencia espiritual, como una manifestación del Ser que procede desde adentro hacia fuera, y, por lo tanto, algo muy distinto, en esencia y realidad, de un simple reflejo o reacción a las

acciones exteriores, o bien consecuencia automática de actividades fisicoquímicas, que son realmente efectos y no causas de la misma. En otras palabras, hay que reconocer la Conciencia como centro verdadero y principio interior de la vida, así como el carácter indestructible de este Centro o Principio, y su necesaria permanencia a través de todos los cambios que puedan verificarse en su manifestación.

La creencia o temor de que la vida pueda cesar de ser no puede basarse sino en la ilusión de que ésta sea el efecto de la actividad orgánica e inseparable de su manifestación fisiológica. Pero cuando llegamos a la convicción de que su esencia es espiritual y de que es independiente de las manifestaciones exteriores, nos libertamos para siempre de aquella creencia o temor que caracteriza su consideración superficial.

Una tal permanencia o supervivencia naturalmente presupone la preexistencia. Puede ser inmortal únicamente lo que nunca tuvo nacimiento. Por tanto, si el principio interior de la vida sobrevive a la muerte de su manifestación exterior, es porque su existencia debe considerarse anterior al nacimiento de ésta.

En otras palabras, la Vida, como Principio, participa de la inmanencia que caracteriza al Ser en proporción de su trascendencia.

Como nuestra conciencia, nuestra Vida Real se halla establecida en la eternidad; y si trascendemos el punto de vista ilusorio de nuestra personalidad limitada, llegando al corazón de nuestro ser, esta realidad se nos hará individualmente patente, como la Llave de Marfil que nos permite la Perfecta Comprensión de la vida.

Una vez reconocida la naturaleza permanente del Principio de la Vida dentro de nuestro propio ser, ese conocimiento nos hará comprender como esa misma Vida se encuentra en toda la naturaleza, sin excepción: en los minerales, como en los átomos y en los astros, no menos que en los seres orgánicos. La naturaleza en su conjunto cesará de aparecernos bajo el aspecto inanimado de la tumba de Hiram, y se hará, no menos que nuestro propio cuerpo, el templo viviente de la Vida Única.

EL PRIMER VIAJE

Este reconocimiento preliminar es el principio de los viajes o etapas de experiencia y progreso que esperan al candidato. El primero de estos viajes está relacionado con la arquitectura de la Tumba de Hiram y de la Pirámide, y más

precisamente con su base cuadrilateral, refiriéndose a la manifestación de la vida en el cuaternario o cruz que la realiza.

En este viaje se examinan especialmente los cuatro ángulos del Templo, en donde se encuentran cuatro columnas simbólicas, o cuatro grupos de cuatro columnas, sosteniendo las estatuas de las cuatro divinidades tutelares: Minerva y Apolo al Oriente, y Hércules y Venus al Occidente, símbolos de la Sabiduría o Inteligencia Creadora del Ideal o Impulso Evolutivo que es la razón profunda de toda aspiración, de la Fuerza o Actividad realizadora, de la Belleza o Armonía Generadora.

La primera ocupa el ángulo del Noreste, en donde constantemente se coloca la *piedra fundamental*, (“Jehová, con sabiduría, fundó la tierra; afirmó los cielos con inteligencia... la Sabiduría edificó su casa, labró sus siete columnas” Prov. 3-19 y 9-1.) el primer término del Cuadrinomio de la Realización, y corresponde al Ángel entre los animales sagrados de Ezequiel, y a la cabeza humana de la Esfinge. Minerva no pudo salir de otra parte que de la misma cabeza humana de Júpiter, expresión de su inteligencia, así como los brahmanes salieron de la de Brahma.

El olivo de la Paz es la planta especialmente consagrada a esa diosa, que, por lo tanto, se identifica simbólicamente con el mismo Salomón, un rey universalmente conocido y renombrado por su sabiduría, y cuyo nombre significa literalmente paz. En cuanto a la égida con la cabeza de Medusa que lleva en su mano izquierda, es emblema del aspecto negativo de la misma Sabiduría, cuya incomprensión infunde al vulgo ignorante los temores más supersticiosos.

La estatua de Apolo que se eleva al Oriente, del lado Sur, muestra el Ideal Interior que acompaña la Sabiduría y eleva nuestras aspiraciones: es la Sabiduría luminosa y radiante, y por ende, fecunda, productora de todo lo que es bello, noble y hermoso. Por esta razón es conductor de las Musas -*Musageta*- porque las inspiraciones únicamente descienden y se manifiestan como respuesta a las aspiraciones.

La cítara y el arco con las flechas son atributos de este dios: la primera es un emblema del corazón cuyas cuerdas o fibras interiores vibran en nuestros deseos; y el segundo muestra los pensamientos y aspiraciones que se dirigen hacia objetos determinados. En cuanto al laurel, es el símbolo de la Victoria que acompaña al Hombre, según la elevación de sus aspiraciones.

Corresponde con el águila de la Esfinge, al mismo corazón y a las manos de la Divinidad Creadora. Masónicamente puede identificarse con Adonhiram -

el Señor de la Vida Elevada- indicando el querer, como segundo término del Cuaternario.

Hércules, el héroe que conquistó su inmortalidad con el triunfo del Principio Divino sobre las debilidades humanas, ocupa el ángulo del Sudoeste. La piel de león que lleva como trofeo, en memoria del primero de sus trabajos zodiacales, indica los instintos animales dominados y sujetos a las aspiraciones e inspiraciones superiores, y la maza o clava que constituye su arma, análoga al cetro, es emblema del Poder de la Unidad que sólo puede asegurar el triunfo. Esta clava será, naturalmente, de encina, el árbol que le corresponde.

El león lo representa entre los cuatro animales, constituyendo la parte inferior de la Esfinge que muestra el atrevimiento que hace efectivo el querer. Como emblema de la Fuerza y de la heroica virtud, masónicamente corresponde a Hiram, Rey de Tiro **-la Vida Elevada que domina o rige la Fuerza-** encontrándose con Minerva y Venus también en las Logias simbólicas.

Finalmente, en el ángulo noroeste del Santuario, encontramos a Venus, la diosa de la veneración y de la venuseidad, el venerable Principio de la Generación, que simboliza el Toro **-animal consagrado a Venus-** en la vida animal. El mito occidental de Venus Afrodita o Ciprogenia debería, pues, completarse y complementarse con el oriental de Ishtar o Astarté, que desciende a los infiernos **-parte inferior de la naturaleza-** para buscar y reclamar el objeto de sus aspiraciones, personificado en Adonis.

Indica el silencio fecundo de la oración y de la acción que desciende a las profundidades para elevarse a las sublimidades, y, por lo tanto, corresponde con el toro entre los cuatro animales y partes de la Esfinge, y al saber callar para una acción fecunda, en el Cuadrinomio de la Realización. Igualmente corresponde con Hiram, el Arquitecto del Templo, cuyo descenso a la tumba **-como el de todo M.: M.:-** es preliminar y condición necesaria para su exaltación. El mirto consagrado a la diosa equivale a la acacia como emblema de Inocencia e Inmortalidad.

EL SEGUNDO VIAJE

Habiendo descendido a las profundidades de los elementos, podemos elevarnos a las sublimidades metafísicas de la Intuición, que el Segundo Viaje nos presenta, al Oriente, bajo la forma del Sanctasanctórum, cuyo ingreso estaba prohibido a los tres grados simbólicos sin excepción. La cualidad del filósofo es condición **sine qua non** para que su Puerta (simbolizada en el velamen multicolor de la Ilusión con el cual se manifiesta exteriormente la luz blanca o shekinah, el esplendor de la Realidad) pueda abrirse individualmente.

En este Santuario se ingresa, pues, con la comprensión y el discernimiento -los dos pilares que delimitan su puerta, con el valor numérico respectivo de 9 y 10, cuya suma 19 corresponde con el Arcano de la Luz deslumbrante del Sol- que nos franquean el camino para el Pentecostés de la realización espiritual o Bautismo del Espíritu, la segunda etapa de todo renacimiento.

La Luz Infinita que aparece ante nuestra consciencia, una vez se desgarre (o se penetre) el velamen multicolor de la ilusión, puede en un principio ofuscar el entendimiento, y nuestra razón se hace muda e impotente para describirla o expresarla convenientemente. A esta sensación interior hacen referencia el signo de adoración (que se encuentra en el quinto grado del Rito escocés) y el signo del silencio, que caracterizan los Maestros Secretos. También la palabra *mystos* -con la que se designaban antiguamente los neófitos- tiene relación con la condición de mudez o silencio que acompaña en su primera etapa la revelación de todo misterio.

Sin embargo, después del deslumbramiento momentáneo ocasionado por la repentina claridad, el recipiendario empieza a distinguir al Oriente un Delta luminoso dentro de un Círculo Infinito, y en el Delta ve el reflejo de su propia Individualidad bajo el aspecto de una Estrella resplandeciente, en cuyo centro hallase un punto que es al mismo tiempo Luz y Tiniebla, por ser Origen y Esencia Infinita de una y otra.

Este centro se le aparece como un jeroglífico misterioso y mutable. En un principio es como un vórtice, que todo mana y todo devora y al mismo tiempo, cabeza y cola de la Serpiente de la Eternidad; después este torbellino aparece como una espiral o una serpiente de fuego, que, enroscada en el punto, abre sus espiras y toma la forma de la letra G, con sus múltiples interpretaciones.

La letra G, a su vez, se cierra formando el jeroglífico de la Sal, en cuyo medio aparece el centro vital de la Conciencia que constituye el Mercurio Filosófico, y entonces, en su lugar, resplandece, dentro de un nimbo azul, el Ojo Divino, que es “la Luz Verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo”.



Pero no se han terminado las metamorfosis de este punto radical que es Origen, Esencia, Sustancia y Realidad de todo; el nimbo azul y el Ojo se disuelven en una luz amarilla, y la pupila luminosa se manifiesta como la décima letra del alfabeto hebreo -la mano creadora o Principio del Universo, la Divinidad bajo el aspecto de Brahma, cuyo soplo

manifiesta todo lo existente-.

Desciende entonces una línea vertical y aparece la letra vau, símbolo de Vishnú, el Conservador, y esta línea curvándose, se convierte en una cola de una Serpiente que abarca todo el círculo de la Creación, para precipitarse desde el en el O de su propia cabeza; se forma así la letra thet, que indica a Shiva, el Destructor.

Aquí se termina la visión del Maestro Secreto en el Oriente de la Infinita Sabiduría: al precipitarse la cola en la cabeza de la Serpiente, que la traga ávidamente, el círculo que rodeaba el Delta luminoso se hace un círculo negro de Infinitas tinieblas, una inmensa boca voraz que todo lo traga, el azoth cabalístico que es el principio y fin de la manifestación. Desaparece el Delta, en el cual se disuelve la Estrella Flameante, y queda en el centro una blanca llave que descansa sobre la letra Z, y ésta, a su vez, se depara de los dos lados de la llave, como un alfa y un omega.

EL TERCER VIAJE

La segunda etapa del místico progreso ha terminado; hay que emprender un nuevo viaje, descendiendo del Oriente hacia la región del Sur, o sea, desde el conocimiento de los Principios a su aplicación más fecunda.

Aquí aparece un nuevo símbolo del todo desconocido en los grados anteriores: el Arca de la Alianza o Arca Real de la Sabiduría, en que se encuentra o manifiesta la Ley de la Vida. (Esta Arca es simbólicamente idéntica al misterioso cofre vacío que aparece en el lugar más sagrado de la Gran Pirámide, dado que los dos tienen exactamente las mismas medidas.)

La cándida llave, con la cual el Arca puede abrirse, representa el entendimiento espiritual, alcanzado por medio de la visión interior, con el cual se comprende la Ley de la Vida. Y la nueva esperanza que ahora guía al Maestro Secreto es el contrario de la desesperación que lo hizo ingresar y encerrarse en el Sepulcro de Hiram, en la desolación del Norte y del invierno, cuando la naturaleza aparece muerta, habiendo desaparecido la vida de la tierra y de la mayoría de los vegetales.

Pero la fe que brota del conocimiento de la Verdad hace renacer en el Oriente la esperanza perdida. Y, efectivamente, ésta renace con la Vida en la Primavera, en que la tierra se reviste de verde manto y toda planta rebrota y florece, preparándose para derramar sus aromas delicados en el Santuario de la Naturaleza. Y así como las flores con sus perfumes y brillantes colores

constituyen el paso de la Primavera al Verano, así tiene que esparcir el Maestro Secreto el aroma de sus virtudes sobre la Columna de los Perfumes, acercándose al símbolo de la mística alianza con el Principio de la Vida Interior de su ser.

EL ARCA DE LA ALIANZA

Alumbrada por un candelabro de siete luces -que hace referencia a los siete Elohim o Principios Creadores, manifiestos en los siete planetas, así como a los siete fuegos o Centros Vitales del hombre y a las siete virtudes- se encuentra ahora, ante el recipiendario, el Arca de la Alianza, sobre la cual dos querubines de oro se arrodillan en muda adoración, uno frente al otro, con sus alas desplegadas y juntas sobre las cabezas.

Los dos querubines constituyen el primer símbolo que hemos de tomar en consideración. Kerub en hebraico significa “próximo” y caracteriza aquel estado de conciencia de proximidad interior con el Principio de Vida que hace posible y manifiesta la alianza representada por el Arca y su contenido.

Los querubines, por encima del Arca, forman el propiciatorio, otro nombre revelador del estado de conciencia que se consigue con esa “proximidad”, o sea, con el reconocimiento de nuestra unidad y directa relación con el Principio Esencial de todo: la paz que viene de nuestro establecimiento en la Realidad, y la conciliación o propiciación que así se realiza de todos los conflictos, contrariedades y dificultades de la existencia.

El Arca está formada de madera de acacia, revestida de oro por dentro y fuera. Este metal, con el cual han sido labrados a martillo también los querubines, es simbólico de la Fe, materia prima necesaria para el establecimiento individual de una tal alianza; en cuanto a la acacia, la incorruptibilidad de esta madera es otro símbolo evidente de la incorruptibilidad de todo pensamiento puro dominado por el sentido de la Eternidad. La corona de oro que adorna el Arca en su parte superior, formando hojas, flores y frutos, representa la corona de pensamientos elevados y fecundos que acompañan constantemente tal estado de conciencia.

Con la blanca llave, alegórica de la pureza de sus intenciones, que el Maestro Secreto lleva de su último viaje, le es posible averiguar el contenido del Arca. Sin embargo, la fragilidad del material de que se compone requiere un extremo cuidado: la llave puede romperse fácilmente -como lo indican alguna vez las alegorías relativas a este grado- y el contenido del Arca permanece oculto e impenetrable, si no concurren a formarla el oro de la Fe, la plata de la Esperanza y el cobre del Amor.

Así pues, si la llave de marfil fracasa en su intento, la esperanza que lo sostiene puede, en unión de los otros dos metales, formar el material necesario para forjar una nueva llave según el modelo recibido, tarea ésta que no le será en extremo difícil, pues todo Maestro debe tener conocimiento del arte de trabajar los metales. (Como lo indica la palabra de pase a este grado)

Dentro del Arca se encuentran las dos Tablas de la Ley, un vaso de oro lleno de maná y la vara de Aarón. Las Tablas de la Ley son de mármol blanco, es decir, de la piedra más pura y refinada y tienen grabados en letras hebreas los diez mandamientos recibidos por Moisés sobre el Monte Sinaí: los cuatro deberes del hombre para con Dios en la primera, los seis restantes que debe guardar con sus semejantes, en la segunda.

La Ley no puede grabarse ni en el metal ni en la madera: únicamente la piedra blanca o materia prima purificada de nuestro ser, en su expresión orgánica, a (Es sabido que el mármol es piedra calcárea, y, por lo tanto, su constitución semejante a la de nuestros huesos, o sea, a la parte más interior y permanente del Templo de la vida orgánica, que lo sostiene y caracteriza su conformación) pesar de su fragilidad, se considera como material idóneo para recibirla y conservarla. Esta piedra blanca es la misma piedra bruta originaria sobre la cual se ejercen los primeros esfuerzos del Aprendiz, dirigidos al dominio de sí mismo, que el Compañero ha de transformar en piedra blanca, de la que se sirve el Maestro como plancha para trazar, esforzándose en transformarla en piedra filosofal. A ella hace referencia el escritor del Apocalipsis al hablar de una piedra blanca que será entregada a quien venciere las pruebas que se hallan en el Sendero de la Perfección, sobre la cual se halla grabado un nuevo nombre por todos desconocido, menos por quien lo recibe.

La Ley de la Vida debe, pues, ser individualmente recibida y grabada en el Sinaí o monte al que se asciende con la elevación de los pensamientos, conservándose después en el Arca o lugar secreto de nuestro corazón. Ninguna Ley o Regla exterior puede ser efectiva por largo tiempo: únicamente puede ser un medio provisional para llegar a reconocer y realizar la Ley o Regla interior que la misma Vida graba en las dos tablas o aspectos complementarios de nuestra conciencia, que se dirigen respectivamente hacia adentro y hacia afuera.

El vaso de maná y la vara de Aarón que se conservan igualmente en el Arca, junto con las dos Tablas de la Ley, son los emblemas de la Gracia y del Poder, que manan de la perfecta observancia de la Ley en sus dos aspectos: los dones del Altísimo que se reciben en proporción de nuestra Fe, Esperanza y Amor, con el reconocimiento de que Él es la Gran Fuente de todo, el solo Poder y la única Realidad.

EL CUARTO VIAJE

Con el reconocimiento y la práctica de la Ley Interior, que el Maestro Secreto guarda y conserva en su propio corazón, será mejor entendido el significado de la mística rama que permitió reconocer la tumba de Hiram, cuya madera incorruptible es el material empleado en la construcción del Arca.

Es, pues, necesario, una vez reconocida la Ley como expresión de los Principios, proceder a su aplicación, que únicamente puede verificarse en el occidente de la vida material, o sea, en el dominio de los sentidos, para que no quede en estado de pura teoría inefectiva.

Esta aplicación de la Ley, que se verifica en el cuarto viaje del Maestro Secreto, así como la palabra de pase que a la misma conduce, se encuentra en el Rito Escocés como símbolos del grado sucesivo, entre los cuales es fundamental el problema de la cuadratura del círculo.

Como reza la instrucción de este grado: “el Maestro Perfecto (Quinto en el Rito Escocés) conoce la escuadra, el triángulo, el círculo y su cuadratura”. La primera es la rectitud del juicio y el discernimiento espiritual que el Maestro Secreto ha encontrado en su peregrinación solitaria a la Tumba de Hiram; el segundo indica muy bien el conocimiento de los Principios, o sea, de la Divinidad en su triple aspecto de Creador, Conservador y Destructor, alcanzando después, en su viaje hacia Oriente; el tercero análogamente representa la Ley como expresión de los principios en el ciclo de la existencia; en cuanto a la última, es la aplicación práctica de la misma ley, por medio del Recto Juicio de la escuadra.

LA CUADRATURA DEL CÍRCULO

Este clásico problema, que se ha considerado como una imposibilidad matemática, tiene en la Geometría de la Vida individual una importante y definida aplicación. (Una vez más, el simbolismo de la Gran Pirámide es sumamente elocuente en este punto, dado que la altura de la misma es el radio de un círculo exactamente equivalente al cuadrilátero de su base.)

Aquel mismo círculo o Ciclo de la Vida manifiesto en el espacio y en el tiempo, que se ha reconocido al Oriente como expresión de un principio divino en sus tres aspectos -que es también Principio Animador de nuestro ser como Ojo de la conciencia y Genio Individual que se encuentra en el centro de la estrella- debe ser individualmente rectificado por el Maestro Secreto; y a esta rectificación se refiere el uso armónico y perfecto de la Escuadra con el Compás,

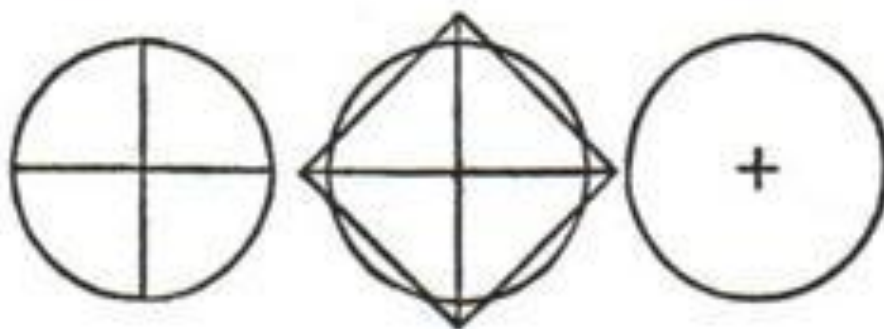
prerrogativa del Magisterio, sin lo cual todo Maestro se encuentra perfectamente perdido.

La necesaria correlación de esta última con la primera o fase preliminar de recepción en este grado, puede ser suficiente para demostrar que el problema de la cuadratura del círculo pertenece, en realidad, al cuarto grado masónico y que únicamente una arbitraria e innecesaria multiplicación de grados puede haberlo separado temporalmente.

El carácter simbólico y moral de esta cuadratura parece evidente cuando se considera que también se halla representada por un cubo dentro de un círculo o triple círculo, siendo siempre su significado la expresión y adaptación tetrágona de los principios en el ciclo de la vida y de las necesidades.

Así como el círculo es el emblema de toda expresión que mana de un centro, según un radio o compás determinado, que constituye su principio o elemento creador, la línea y el ángulo recto representan esta expresión como directa irradiación. En el primer caso tenemos, pues, la manifestación ondulatoria de los sonidos, y en el segundo la expresión rectilínea de la luz (cuyas vibraciones son perpendiculares a la dirección rectilínea del radio). Moral y masónicamente hay que combinar estos dos elementos de la vida individual en una única y perfecta expresión.

Como lo muestra la figura, la perfecta expresión de esta cuadratura viene a ser la cruz dentro del círculo que, como la piedra cúbica abierta en su extensión piramidal (véase el “Manual del Maestro”), relaciona íntimamente los primeros grados masónicos con los superiores.

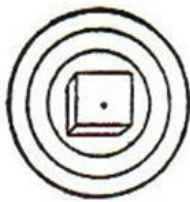


Esta solución matemáticamente infantil de un problema tan importante y considerado como insoluble, puede no satisfacer a todas las inteligencias; sin embargo –moral como matemáticamente- la cuadratura exterior ha de ser precedida por una correspondiente cuadratura interior. Es decir: los cuatro ángulos rectos de la expresión tetrágona de la personalidad deben encontrarse primero en el centro del círculo, como la cruz de la cual hay que sacar la

escuadra, que nos permitirá medir la expresión circular en sus cuatro ángulos, resolviendo así el problema también exteriormente. En otras palabras, la Cruz será la Ley interiormente reconocida que, expresándose o exteriorizándose en un juicio perfecto, permitirá la expresión tetrágona de cada punto del ciclo de la existencia. (En cuanto a la relación $\Pi = 22 / 7 = 3.14159$ con la que se mide la circunferencia por el diámetro, tiene también una importancia mística demostrando cómo toda expresión o realización concreta tiene por principio un ternario (el número 3) al que hay que adjuntar algo más -es decir, una nueva unidad de otro orden, que llamará en existencia un cuaternario, en cuyo centro unitario aparece la estrella de cinco puntas (el hombre), que tiende a la perfección novenario- para que la misma pueda efectuarse, midiendo perfectamente el círculo y facilitando su cuadratura. Es, pues, necesario que la cruz sobresalga fuera del círculo según el valor exacto de dicha relación para que la cuadratura exterior pueda realizarse)

Finalmente, refiriéndose a la piedra cúbica dentro del triple círculo que vemos en el mandil del grado 5º escocés, reconoceremos en este cubo la perfección individual secretamente alcanzada con la observancia de la Ley Interior y que ha de expresarse exteriormente en pensamientos, palabras y acciones.

La Piedra Cúbica de la Perfección Individual (en el medio del Círculo de la Existencia), dentro de la cual se encuentra el Sepulcro Piramidal de Hiram



con su corazón palpitante, se hace ahora un sostén adecuado, o sea, la base en que se expresa la Ley encerrada en el Arca de la Alianza entre Dios y el Hombre; y por encima de las alas de los Querubines que hacen posible esta alianza, resplandece el Delta con la Estrella que manifiesta su expresión individual y constituye el verdadero Maestro secreto en el hombre: la conciencia, que es el vehículo a través del cual progresivamente aparecen y encuentran su expresión siempre más perfecta las Infinitas Posibilidades del Ser, que es la Realidad y la Vida Inmortal, Eterna e Indestructible de la Creación.

Por esta razón, la Masonería enseña y exige de sus miembros, ante todo, una más perfecta, justa y fiel observancia de sus respectivos deberes: 1º, con el Principio Universal de la Vida, por medio del estudio y del reconocimiento de la Verdad; 2º, con la manifestación individual del mismo Principio, para su más perfecta y elevada expresión; 3º, con la vida exterior, haciendo para los demás lo que uno desearía para sí mismo.

JURAMENTO

Ya hemos dicho en nuestros precedentes “Manuales”, que el juramento masónico, más bien que una obligación exterior, debe considerarse como

símbolo del reconocimiento interior de los deberes relativos a cada grado, que es en su esencia un grado de comprensión. Por consiguiente, debe considerarse como abusivo, basándose sobre una falta de comprensión de lo que es en realidad nuestra Institución, cualquier juramento en el que se le pida al candidato algo más que el reconocimiento de los deberes relativos al grado que se le da simbólicamente.

Los deberes y obligaciones que en este cuarto grado deben reconocerse, son:

- 1º, el secreto sobre todo lo que se relaciona con los trabajos del Santuario y Misterios del grado;
- 2º, el estudio al que todo Maestro Secreto tiene la obligación de dedicarse para mejor conocerse a sí mismo e igualmente reconocer el Principio Universal de la Vida presente en todos los seres;
- 3º, respetar los derechos y la libertad individual de los demás, sin abusar nunca de sus poderes o facultades;
- 4º, rectificar todo pensamiento, palabra y acción, según la Ley o Principio del Bien, interiormente reconocidos.

La primera de estas obligaciones es evidente: los secretos de cada grado no pueden comunicarse ni ser de utilidad alguna hasta que el candidato no haya alcanzado el correspondiente grado de comprensión, que debe considerarse como condición necesaria para recibirlos y aprovecharlos útilmente. Sin embargo, esta obligación de todos los grados debe ser considerada por el Maestro Secreto de una manera más especial, en virtud de su nombre que hace del silencio el fundamento de su progreso filosófico.

El estudio es otra de las obligaciones más especiales de los maestros secretos: aunque la Verdad se halle presente dentro de nosotros en estado de omnisciencia latente, su revelación es progresiva y se manifiesta buscándola con el estudio. Este grado, que pudiera llamarse también Aprendiz Filósofo, debe convertir, por consiguiente, el estudio en uno de los cuatro puntos cardinales de su realización. En las tenidas de este grado no debieran tratarse otros asuntos fuera del estudio y de la admisión de nuevos candidatos; también deberían hacerse especialmente en este grado, ejercicios de meditación en el silencio.

El respeto a la libertad individual es un tercer punto de capital importancia: la libertad es un derecho fundamental de todo ser consciente, y nuestro primer deber hacia nuestros semejantes. Toda evolución o progreso procede siempre de un principio de libertad, así es que toda fuerza o voluntad que se oponga a la libertad individual y la obstaculice o limite bajo cualquier pretexto, es una fuerza que se opone al progreso y a la evolución, y demuestra,

por lo tanto, que procede del Error y de la ignorancia, pues éstos únicamente, en realidad, son los que atan o esclavizan a los hombres.

Última y no menor obligación de los Maestros Secretos es la de esforzarse activamente para una justa y perfecta expresión de la ley o Principio de Vida – que es la Ley y el Principio del Bien-en el triple círculo de sus pensamientos, palabras y acciones.

Este punto ha de considerarse con toda atención por ser el que realiza y hace perfectos los principios y aspiraciones que se encierran en los antecedentes, constituyendo el coronamiento de los esfuerzos realizados en los tres primeros grados: así como el aprendiz se ejerce en el dominio de las palabras, el Compañero en el de los pensamientos y emociones y el Maestro en el de los hábitos e instintos de la vida orgánica, el Maestro Secreto hará del dominio de los instintos la piedra cúbica de la realización, para expresar su más elevado ideal en los tres círculos concéntricos que, como olas, forman en derredor nuestro los pensamientos, palabras y acciones.

TRASLACIÓN DEL CORAZÓN

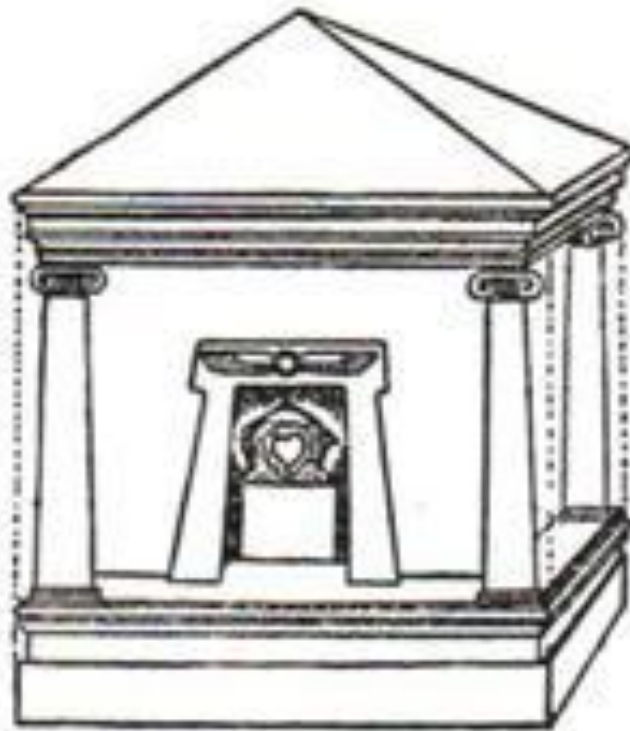
Con este propósito y el reconocimiento íntimo de su necesidad, el recipiendario se hace digno de trasladar el corazón de Hiram -los **Ideales de su Vida Elevada**- quitándolo del sepulcro de las consideraciones materiales, para ponerlo sobre el ara de sus más elevados pensamientos.

Acompañado por el M. de Cer., vuelve sobre las trazas de su viaje precedente e ingresa otra vez en el Sepulcro -en el cual no es difícil reconocer una identidad de construcción con la Piedra Cúbica de punta- con el propósito de sacar aquél filosófico corazón, ardiente de Amor y de Sabiduría, incorruptible e inmortal por su origen y naturaleza divina, y convertido, de ahora en adelante, en Guía e Inspirador de todos sus pensamientos, palabras y acciones.

Ejecutada la primera parte de esta noble y necesaria tarea, tiene que pararse al Occidente y depositar allí la preciosa carga, mientras se prepara el Santuario del Ser para recibirlo dignamente.

El laurel y el olivo que lo coronan son el emblema de la Victoria alcanzada sobre sí mismo, sobreponiendo sus Ideales a sus vicios, errores y pasiones, y de la Paz del alma que se deriva de esta conquista -la Paz que sigue a las tempestades interiores, a la lucha oscura con los instintos y tendencias negativas- enteramente desconocida por quien no haya triunfado alguna vez victoriosamente en la lucha sobre las tendencias inferiores. Únicamente cuando

sabemos llevar nuestros Ideales en el Occidente de la vida material, podemos efectivamente merecer esta mística corona.



Aquí Adonhiram -**el Señor de la Vida Elevada**- lo acompaña, junto con el M.º de Cer.º, en su viaje derecho desde el Occidente al Oriente, mientras los demás MM.º, representando sus pensamientos disciplinados, forman la bóveda de acero -**una verdadera fortaleza mental**- por encima de sus cabezas.

Depositada sobre la Piedra Cúbica del ara la Urna de Oro con el Corazón de Hiram, aquélla reproduce nuevamente la figura de la piedra cúbica de punta, en cuya imagen había sido construido también el Mausoleo, pero con la diferencia esencial de que el Corazón Ideal de la Vida Superior estaba entonces oculto en la parte inferior de la piedra, y después se ha erguido en una posición de dominio (Adon-hiram).

Por consiguiente, la traslación del corazón de Hiram es una traslación vertical que se verifica desde el centro de la piedra cúbica hacia arriba: es el mismo corazón o centro de la piedra que se levanta en la punta ideal de sus aspiraciones, como ya se indicó en el “Manual del Maestro”.

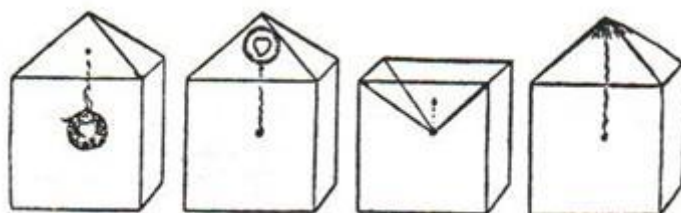
Hay una estrecha relación entre la elevación del corazón o Centro latente de la gravedad individual y el levantamiento de la serpiente o fuerza serpentina, objeto del Yoga, del cual hablamos más adelante.



La bóveda de acero formada por los HH.. alrededor del grupo, al cual se ha unido descendiendo del Oriente el Mismo Salomón, y que ocupa ahora los cuatro lados del ara, humaniza nuevamente este símbolo de la piedra cúbica de punta, que constituye la medida interior del triple círculo de pensamientos, palabras y acciones, que irradia constantemente en el ambiente que nos rodea.

En el ritual del quinto grado escocés se encuentra una traslación o levantamiento de un género distinto: la traslación del cadáver de Hiram desde el Santuario a un cuarto o aposento subterráneo, debajo del mismo santuario, en el cual se verificaban los convenios de éste, durante su vida, con Salomón e Hiram rey de Tiro, y el levantamiento de un cadáver de su tumba.

El primero es un símbolo de prudencia: la Verdad tiene que esconderse constantemente en las profundidades de las tradiciones que únicamente pueden conservarla y transmitirla en su pureza. El mismo Sanctasanctórum no se considera lugar adecuado para su perfecta revelación, y hay que descender a una cripta o lugar escondido en las entrañas de la tierra para llegar a conocerla.



En cuanto al cadáver que se levanta por medio de cuerdas (cuyo color verde es un emblema de la esperanza de mejorarnos que nunca debe desaparecer), representa al hombre muerto en sus vicios, errores y pasiones, cuya individualidad se levanta en la vida renovada iluminada por la Verdad y manifiesta como Virtud.

CONSAGRACIÓN

Efectuada la traslación o levantamiento del Corazón o centro de la Vida Elevada por encima del Ara, se efectúa la consagración del Maestro Secreto que, arrodillado delante de la misma, tiende sus manos por encima de la urna de oro - **símbolo equivalente al Arca de la Alianza**- y delimita así con los brazos, una de las cuatro caras superiores de la Piedra Cúbica de punta, o de la Pirámide Ideal que se eleva sobre el Ara.

Los cuatro golpes misteriosos que se suman a la fórmula hacen hincapié sobre la observancia de las cuatro virtudes cardinales –prudencia, justicia, templanza y fortaleza-en las que ha de ejercerse el Maestro Secreto (**Estas cuatro virtudes masónicas completan, en la Masonería Filosófica, el conocimiento de las tres virtudes, que separadamente se consigue en los tres primeros grados**) que aspira a la perfección, así como al cuadrinomio que la realiza: los cuatro puntos de toda realización.

Es, pues, necesario SABER para querer: nadie puede querer sino lo que conoce, sabiendo que puede conseguirlo. Sin embargo, así como el querer no es perfecto sin el saber, tampoco el saber puede considerarse perfecto sin el QUERER, siendo la unión de la Sabiduría con el Amor y del conocimiento con la Voluntad, o sea, de la Verdad con la Virtud, la única que hace al Filósofo o Maestro Perfecto.

Pero, con sólo saber y querer se forman las intenciones y los propósitos, y para que sean efectivos es necesario que se actualicen o realicen. Esto se logra únicamente ATREVIÉNDOSE, con lo que se consigue Dominio y Soberanía y se transforma el potencial latente en actividad y poder manifiesto: hacer es, pues, necesario después de saber y querer. Sin embargo, así como sin atrevimiento no hay acción, todo atrevimiento que no sea bien reglado, medido y definido, conduce naturalmente a la imprudencia y nos aparta de los límites que nos habíamos propuesto, con resultados pasajeros y destructivos, más bien que durables y constructivos.

Por esta razón, debemos igualmente aprender a CALLARNOS, pensando y midiendo toda acción en el silencio de la reflexión, y buscando al interior, en el secreto de nosotros mismos, la Luz de la inspiración que nos dirija en una actividad constructora, en armonía con los planes del G. . A. .

EL CETRO

En este grado (y en los que le siguen de la serie filosófica u Orden Capitular de Perfección) el cetro sustituye al malleto, para dar sobre la espada los golpes simbólicos de la consagración.

Encontramos este emblema en tres distintas formas en el primero, cuarto, séptimo y noveno arcano del Tarot, respectivamente, como vara mágica, cetro y pastoral, representando el Poder de la Sabiduría y en la Voluntad (mano derecha) como capacidad y efectividad de dominio.

Ambos aspectos de este símbolo se relacionan con los dos aspectos de la letra yod, conocida por el Maestro Secreto en su viaje oriental, manifestándose como principios y potencialidades activas en el hombre.

En el mago o titiritero, representado en el primer arcano, vemos la Inteligencia que se apropia este Poder por medio de su reconocimiento de la unidad de todo. En el emperador, la Inteligencia, sentada sobre la piedra cúbica (o Cuaternario de la Realización), deviene por medio del mismo Principio interiormente reconocido, voluntad dominadora. En el carro del triunfo o dominio efectivo, este mismo Poder pone en movimiento la piedra cúbica de la personalidad inferior, transformada en un carro perfectamente conducido o dirigido por la Individualidad desarrollada en su triple potencialidad.



Y en el ermitaño o maestro secreto, el yod se prolonga en el vau, que es el ligamento que une la tierra con el cielo.

LA MARCHA

En los dos grados de Maestro Secreto y Maestro Perfecto, según el rito Escocés, la marcha es igualmente de cuatro pasos; sin embargo, únicamente en el segundo se da la marcha verdadera de este grado, reproduciendo los cuatro pasos, las cuatro etapas de la peregrinación que hemos visto efectuarse según los

puntos cardinales, de Occidente a Norte, de Norte a Oriente, de Oriente a Mediodía y luego nuevamente a Occidente.

Esta marcha es muy característica para el grado de que se trata, haciendo referencia a los cuatro puntos que en el mismo han de realizarse en sus distintos aspectos, simbolizados por las cuatro estaciones de la Naturaleza, de la Vida Humana y de la Iniciación.

También muestra la perfecta cuadratura del círculo de nuestra existencia individual, que ha de efectuarse con cuatro pasos diagonales en derredor de la cruz perfectamente orientada que mide nuestra expansión armónica en las cuatro direcciones del espacio, sobresaliendo en cada una de ellas **-sobre dicho círculo-** en exacta proporción con la relación indicada por π , rectificándose de esta manera (como lo muestra la proporción entre los dos catetos de todo triángulo rectángulo, evidenciada en el inmortal Teorema de Pitágoras) todo punto del círculo con la escuadra o ángulo recto interior tendido entre los dos extremos.

LOS SIGNOS

El signo del silencio es únicamente el primero de los cuatro signos de este grado, siendo otros dos el de adoración y reconocimiento, que se dan en el sucesivo.

El signo del silencio muestra el dominio de las palabras **-que el Maestro Secreto tiene que realizar en un grado mayor que el Aprendiz-** y la virtud de la prudencia. Indica, por lo tanto, la práctica de la meditación y la reflexión silenciosa a la cual es necesario acostumbrarse para poderse encaminar y progresar en el Magisterio Filosófico.

El hombre que habla mucho no puede ser igualmente amante de la reflexión y es naturalmente imprudente: la facultad de pensar y de hablar se desarrollan generalmente una a expensas de la otra, y quien se acostumbra a la meditación busca naturalmente el silencio y el aislamiento. Además, el dominio del pensamiento **-y en general el dominio de uno mismo-** empieza con el dominio de la palabra: quien no sabe dominar su lengua, tampoco sabrá vencer un pensamiento molesto, un impulso irreflexivo o una violenta pasión. La Verdad y la Virtud difícilmente acompañan al hombre de muchas palabras, y prefieren más bien la sencillez y la modestia.

Por estas razones debemos aprender a callar, con el fin de aprender a pensar y expresar después dignamente el Verbo de Vida que se manifiesta en nuestro corazón como Voz del Silencio.

El segundo signo **-de adoración-** muestra la elevación de los pensamientos que se dirigen hacia arriba, para después bajar verticalmente en el esfuerzo que los realiza. Es, pues, un signo mágico, de adoración efectiva y realizadora, que indica cómo la visión ideal debe cogerse con las dos manos que se entrelazan por encima de la cabeza y utilizarse y aplicarse prácticamente en el dominio de los instintos, de la naturaleza y de la vida animal.

Enseña este grado un nuevo aspecto del dominio de uno mismo, a continuación de los que se han aprendido en los tres grados anteriores. En éstos tal dominio desciende, como hemos visto, de la garganta al corazón y de éste a la región del estómago, indicando el dominio del vientre por medio de la templanza y de la sobriedad; en el cuarto grado hay que aprender el dominio del sexo y del instinto de la reproducción, para poder después aprovechar las Fuerzas Creativas de la generación en el sentido de la regeneración, en vez de dejarse dominar y arrastrar por la corriente negativa de la pasión que conduce a la degeneración.

Un tercer signo, propio de este grado aunque generalmente desconocido, es el signo del Arca de la Alianza, que se hace con las dos manos juntas sobre el epigastrio. Es un emblema de fidelidad a los principios y a la Ley interiormente reconocida y constituye el orden más apropiado para el grado que consideramos.

El signo de reconocimiento es un signo de rectitud, de fidelidad y firmeza: los pies y las rodillas se juntan en las comunes aspiraciones que dirigen los primeros en un mismo sendero y hacen doblar la segunda en una misma devoción. Y el movimiento que ejecutan las manos derechas indica que en el corazón ha de encontrarse la Ley o Principio que debe gobernar nuestra vida.

Estos cuatro signos representan un conjunto armónico que sintetiza admirablemente al significado de los signos de los tres grados precedentes, en un nuevo grado de expresión. Primero el silencio, como medio de purificación y elevación del ser; segundo, el esfuerzo de realizar el Ideal más elevado en toda su expresión; tercero, la virtud de la fidelidad y de la perseverancia indispensable a todo logro; cuarto, la rectitud en la expresión de la Ley Interior que debe guiarnos en todas nuestras acciones.

El toque de este grado, que debe seguir al signo de reconocimiento, representa evidentemente un nuevo



Postura ritual familiar en todas las figuras egipcias.

progreso en relación con los contactos que nos efectúan para reconocerse en los tres primeros grados masónicos.

Con este adelanto llegamos al codo, medida antigua y universal, particularmente importante para nosotros por ser la unidad de que se sirvieron los constructores de la Gran Pirámide. Esta unidad sería una medida ideal representando exactamente la diezmillonésima parte del radio polar de la tierra. (La base de la pirámide de Khufu mide en cada lado 365 codos y $\frac{1}{4}$, indicando de esta manera los días solares de cada año, y un día más que se complementa cada cuatro años. Y su altura de (148m.208) multiplicada por mil millones, representa **-tal vez con una aproximación mayor de la que ha podido calcularse recientemente-** ¡la distancia de la Tierra al Sol!)

En cuanto al toque de batería que se dan para el cuarto grado en el Rito Escocés, pertenecen realmente a otros grados y los estudiaremos en su debido lugar.

La palabra de paso que da el Rito Escocés para el 4º grado se interpreta ordinariamente en los rituales e instrucciones como resplandeciente. Sin embargo, dicha palabra de ninguna manera tiene este sentido, y debería en tal caso alterarse su pronunciación.

El significado de esa palabra, según su pronunciación corriente, es flor, mientras que suprimiendo la última vocal puede significar “plenitud, superabundancia, lo que se mueve y vive, placa de oro, capullo, adorno”. Por lo tanto, muy bien puede interpretarse como el reconocimiento de la vida, necesario para pasar de la Cámara Oscura a la Cámara Verde, o sea, de la Tumba de Hiram al Santuario. (Compárese el sonido de esta palabra con el sánscrito *jiva* que quiere decir “unidad de vida, ser viviente” (cfr. El latín *vivus* de *givus*).)

La flor a que se refiere, es este mismo conocimiento que se abre o brota en el corazón del recipiendario: la esperanza inmortal que nace habiendo reconocido la muerte como apariencia irreal e ilusoria.

El significado esplendor o resplandeciente, sin duda estaría también apropiado para este grado, caracterizando la iluminación interior que conduce a ingresar en el Santuario de la Verdad; pero en este caso debería adoptarse otra palabra que empezara con la misma letra.

Dicha letra es también inicial de la palabra de pase en el Rito de York, palabra que significa morada y se refiere al establecimiento en nuestra conciencia de los Principios de la Verdad. La palabra que se da en el 5º grado escocés es una prueba más de que este grado debería identificarse con el 4º, por relacionarse directamente con el 3º, con el que se aprende como medio necesario para un progreso ulterior. (Es interesante notar, a propósito del levantamiento a que se

hace alusión, que en este último Rito la palabra sagrada se halla sustituida por la expresión: “¿Qué haremos con esta piedra?”, a la que se contesta: “Levantarla”, haciendo un análogo movimiento con las manos. Este toque es también simbólico del Arca de la Alianza, los dos pulgares levantados representando los dos querubines, el uno enfrente del otro, que se tocan superiormente con los extremos de las alas. En el cuarto y quinto grado del Rito de York hay un signo de orden que puede considerarse esotéricamente como pregunta o respuesta al signo de silencio del Rito Escocés, con el cual de todos modos se relacionan lógicamente ambos, refiriéndose a la Voz del Silencio que puede escucharse únicamente cuando hemos aprendido a callar. Esto nos hace reflexionar en la división de los signos y elementos simbólicos de los grados iniciáticos que se ha efectuado alguna vez en Ritos distintos y en la necesidad de buscar en todas partes la Unidad Integral que queremos reconstituir)

Pudiera por tanto, muy bien adoptarse esta palabra para el 4º grado, en donde su significado encuentra una nueva aplicación. Además, en su forma hebrea, el significado de su primera letra **-diente-** muestra una curiosa analogía con el material de que se compone la mística llave que permite el ingreso en el Santuario. Y el mismo diente ha sido venerado como emblema de Sabiduría.

El conocimiento de la acacia restablece en nosotros la inocencia edénica y nos reintegra a un estado de pureza e incorruptibilidad. Así alcanzamos el derecho de acercarnos nuevamente al Árbol de la Vida, que se encuentra en medio del jardín de nuestra expresión orgánica, y acercarnos al Poder de la Llama, representado por la Espada Flamígera del Querubín que guarda dicho árbol (o facultad) de toda profanación.

La espada flamígera es la letra Zain, inicial de la palabra de paso, que indica, además de su valor numérico 7, la necesidad de realizar filosóficamente la edad simbólica del Maestro, para que nos sea posible acercarnos **-en estado de pureza, inocencia y consecuente incorruptibilidad-** al Fuego Divino que, con la regeneración, nos hace partícipes de su Poder Creador.

Este último se halla muy bien representado por la palabra sagrada que significa mano, como símbolo del Divino Hacedor manifiesto en toda obra o actividad, siendo justamente el Principio o primera letra, con la cual reconocemos el verdadero nombre o la esencia verdadera de la Divinidad. Las tres letras de esta palabra significan, como hemos visto, el principio, el medio y el fin, o sea, la Divinidad en sus tres manifestaciones de Creador o causa primera, Conservador o causalidad inmanente y Destructor o finalidad trascendente.

También representan las tres letras, respectivamente: el punto o Principio Primordial de la manifestación; la línea vertical en que se expresa para convertirse en diámetro del círculo de la manifestación; y el mismo círculo, o ciclo, de la manifestación, indicado por la tercera, que es al mismo tiempo el

límite y la finalidad del universo, en la que todo se resuelve. Los tres números que corresponden con estas tres letras -10, 6, 9- son emblemáticos de la perfección radical (el número 10, o sea, el punto dentro del círculo) de su expresión binaria en los dos triángulos entrelazados, y de su resolución en el círculo y punto originario.

(Los números 6 y 9, como espirales invertidas, son símbolos naturales de la involución y evolución, o sea, los dos procesos de creación y destrucción de cuya combinación resulta todo ciclo).



La suma de los tres números ($25 = 2 + 5 = 7$) nos da el número siete que corresponde al día o período de descanso en la perfección que sigue a todo ciclo de actividad.

Finalmente, la mano levantada, expresada por la primera letra de la palabra sagrada, además de ser la mano creadora, es la mano que bendice, emblema del Poder que se conquista elevando nuestros pensamientos y aspiraciones, así como los deseos y los motivos de las acciones. Y nos sugiere que, así como hay una sola Realidad o Principio de Vida, así también hay una sola mano o Principio Activo en el universo, idéntico al Principio del Bien que lo inspira y lo dirige y que debemos considerar nuestra mano –y toda nuestra actividad– como símbolo y manifestación actual de la Única Mano, o del Único Poder, que obra en todas las cosas, purificando las intenciones que nos animan para que podamos ser mejores vehículos para su expresión creativa y constructora.

Este es tal vez el secreto más profundo e importante de este grado, que nos hace partícipes y cooperadores directos del Poder Creador del Universo, en cualquier acto que realicemos, por humilde o elevado que sea; la mano que trabaja y se esfuerza en una actividad material, la mano del artista que crea, la mano fraternal que se nos une en acto de solidaridad y la mano del Maestro que bendice, son igualmente expresiones del Poder de la Unidad, del que todos debemos adquirir conciencia. La conciencia de que nuestra mano es una expresión directa de la Mano Creadora, la identifica con la mano del Querubín que lleva la Espada Flamígera, con la que guarda y protege el Árbol de la Vida, y nos dará aquel Poder que únicamente puede confiarse a la inocencia y pureza de las intenciones.



¡Hagamos, pues, de nuestra mano levantada aquel uso que manifieste en ella la palabra sagrada de este grado, o sea, el secreto más recóndito y vital de los Maestros Secretos! ¡Sea nuestra mano pura como nuestros pensamientos, palabras e intenciones, para que en todo lo que realicemos se manifieste la G.: D.: G.: A.: a quien pertenece!

COLLAR Y MANDIL

El ritual del Rito Escocés prescribe para el cuarto grado banda y mandil blancos, forrados y ribeteados de negro; sin embargo, el color más apropiado para este grado es el verde, que en este Rito, igual como en el de York, se prescribe para el quinto, unido al blanco, emblema de la inocencia y pureza que se requiere de los Maestros Secretos, estableciéndose en la Idea de la Vida Inmortal y de una Esperanza que nunca muere.

Por lo tanto, el mandil blanco y forrado de negro (colores que se refieren, respectivamente, a la Luz del Santuario y a la Oscuridad del Sepulcro), debería llevar en su borde el color verde de la vida manifiesta en la naturaleza. El ojo divino bordado en la solapa azul (emblemática del firmamento) hace evidente alusión al principio universal e individual de la conciencia, cuya Unidad el M.: S.: trata de reconocer.

En cuanto a la piedra cúbica de tres círculos concéntricos, que es el símbolo más apropiado para el centro del mandil, se refiere no solamente al ideal de una recta y coherente expresión individual en las tres esferas del pensamiento, de la palabra y de la acción, sino que también nos incita a meditar sobre la actividad del Gran Principio Constructor en los tres mundos.

Es justamente en este triple círculo (o manifestación cíclica, tanto cósmica como individual) que debe buscarse la cuadratura **-o perfecta medida rectangular-** por medio de la escuadra que se le aplica en cada punto en todo momento y circunstancia.

La banda o collar que se usen también tienen que ser verdes, como lo es toda manifestación del cielo sobre la tierra; mientras el negro, que propiamente corresponde con su parte interior, hace referencia al aspecto negativo de la vida y a la noche que complementa el día en todos los ciclos de la naturaleza.



Las dos ramas de olivo y laurel recuerdan al M.: S.: la paz que sólo puede conseguir y mantener por medio de una constante victoria, o del dominio del Orden y de la Luz que

logre establecer sobre sus instintos y tendencias negativas; lo que sólo puede realmente lograrse anteponiendo lo Ideal a lo manifiesto y lo espiritual a lo material, según lo indica el Divino Triángulo de oro sobrepuesto, con la letra que corresponde con la Palabra Creadora.



La joya, que es la llave de marfil con la que se abren la urna de oro y el Arca, es un símbolo evidente de fidelidad y de prudencia, de discreción y de secreto; es, además, emblemática de la capacidad de penetración de la mente que se coloca en un punto de vista central: en el centro del círculo o en la Cámara del Medio, entre la escuadra y el compás, en donde constantemente puede encontrarse todo lo que se haya perdido.

Siendo el uso de la Llave inseparable de su posición céntrica, sería muy conveniente incrustarla en el medio de una medalla, disco o anillo de plata, el metal que mejor se asocia con las manifestaciones de la Vida en la naturaleza, y el más sensitivo en la acción de la luz, razón por la cual tiene una importancia básica en la fotografía.

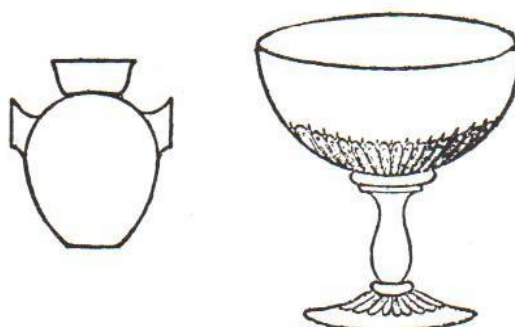


EL PANTACLO Y LA COPA

La llave incrustada o en relieve en medio de un círculo o medalla de plata (en el reverso del cual puede grabarse un triángulo con la letra yod en el centro) viene a constituir un pantaclo: el tercer instrumento mágico que se une al cetro y a la espada. También es un emblema de la unidad dentro del círculo u O inicial de la manifestación, de cuya unión resulta el número 10 que particularmente se refiere a este grado.



En vez de la letra hebraica pudiéramos igualmente poner dentro del triángulo el símbolo de la tetraktis formado por diez puntos dispuestos triangularmente, representando pequeñas esmeraldas sobre un fondo de plata.

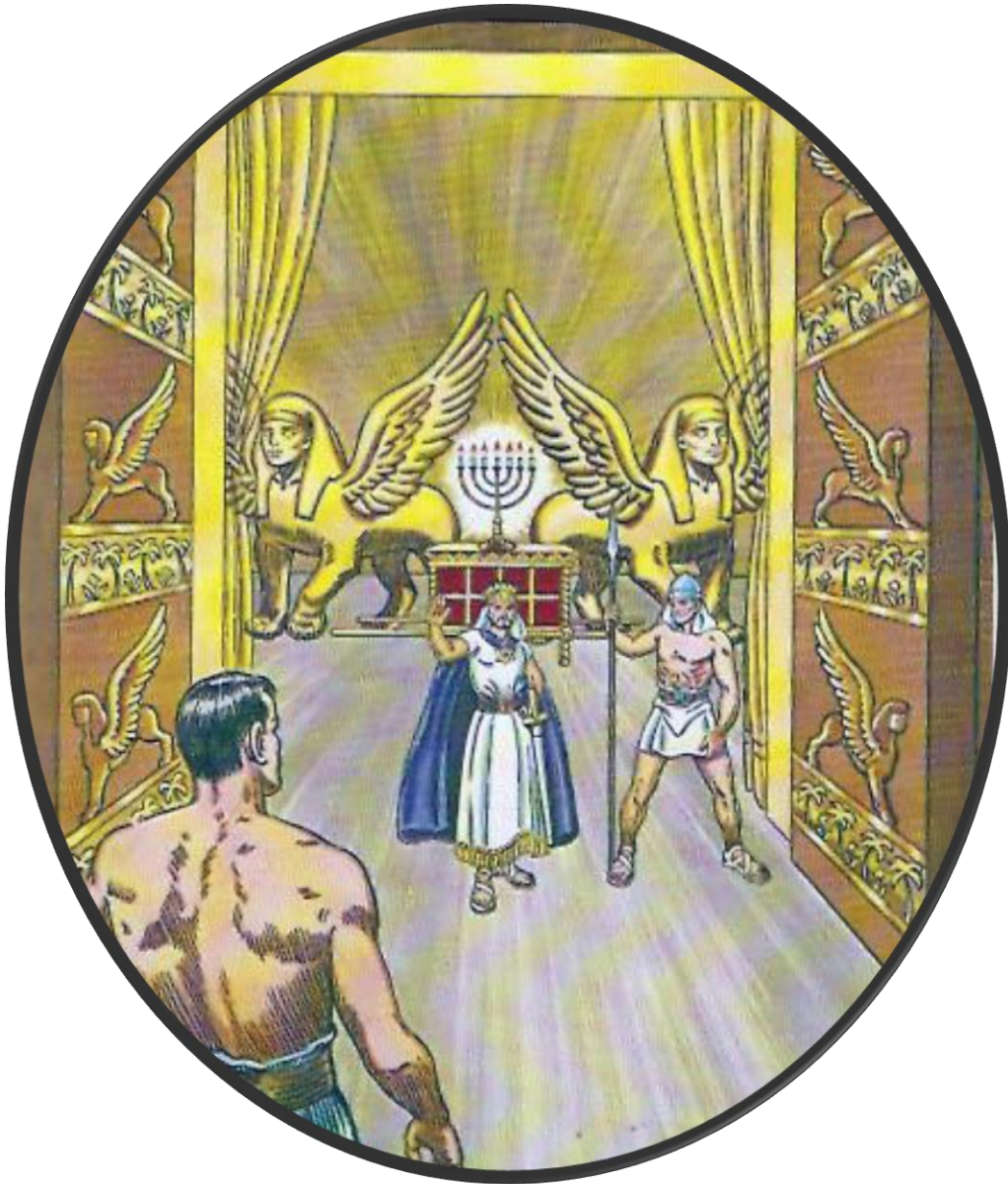


Falta, en apariencia, en la simbología del Cuarto Grado, el cuarto de los elementos o instrumentos que vemos sobre la mesa del primero de los arcanos la copa. Pero no es así.

Hay una identidad fundamental entre la copa o cáliz, el ánfora y el corazón **-el cual hemos considerado últimamente-** y su importancia en toda la ceremonia de la recepción. Los egipcios simbolizaban el corazón, llamado ab, en un ánfora de la forma que se ve en la figura, pues como tal puede considerarse realmente, además de conservarse en esa ánfora el corazón y las demás vísceras de los difuntos.

El corazón viene a ser así la mística copa de la intuición, y de la Inteligencia que se abre hacia arriba para recibir la inspiración que la llena y la

hace fecunda, en cuanto concibe y puede expresar el Verbo Divino, haciéndose vehículo para la manifestación de la Elevada Vida Interior. Por esta razón, en el momento culminante de la recepción, hay que poner esta copa, urna o ánfora por encima del Ara, abriéndose en correspondencia del vértice de la Piedra Cúbica que el Ara misma representa.



CUARTO GRADO



Tercera Parte

“Ordo Ab Chao” Filosofía Iniciática para el Grado de Maestro Secreto

3

La edad del Maestro Secreto – El Huevo de Brahma, de Seb o de Tien – El punto en el círculo – Origen del falicismo – Doble significado de la serpiente – El ojo – La Unidad - El numero uno – La letra una – La línea y el círculo – El numero 10 – El triple triangulo – La Tetraktys – El árbol de los sephiroth – La caída edemica – La mística alianza – Los diez mandamientos – Otras décadas bíblicas – El candelabro de las siete luces – El arco iris y el Arca de Noe – El decimo arcano del tarot – La piedra cubica de punta, el círculo y la esfera – Las letras del alfabeto – El diezmo.

TERCERA PARTE

“ORDO AB CHAO” FILOSOFÍA INICIÁTICA PARA EL GRADO DE MAESTRO SECRETO

Es universalmente conocida la importancia que en la filosofía pitagórica dábase a los números. Y aunque sea difícil decir en lo partícula cuál fue precisamente la enseñanza de Pitágoras sobre este importante tema, sin embargo, sabemos con certidumbre que el poder de los números y sus individuales características servían de base para explicar la constitución del universo y el proceso de creación o formación.

Por esta razón, tanto en la escuela pitagórica como en la platónica, y en las que se reanudan con ellas, considerábase el estudio de las matemáticas como fundamento necesario de todo real conocimiento. Y no se puede negar que también la ciencia moderna, aunque en forma muy diferente, ha tenido que seguir el mismo camino, de manera que la base matemática del universo es un hecho indiscutible, reconocido y probado en todos los tiempos.

Ninguna otra ciencia fuera de las matemáticas puede realmente considerarse como ciencia exacta: y cuanto más nos alejamos de los principios matemáticos, tanto más lejos estaremos del dominio de la verdadera ciencia, sustituyendo ésta con el empirismo, es decir, la construcción y acumulación de hipótesis y reglas provisionales, caracterizadas por su relatividad y consecuente inestabilidad.

En lugar de ello, los principios matemáticos tienen por característica su inmutabilidad e inmanencia, en la universalidad del espacio y en la eternidad del tiempo: son los mismos y siempre podemos confiar en ellos con la plena seguridad de que, mientras los sigamos, no podemos estar equivocados bajo cualquier latitud y contingencia exterior, en cualquier época o momento que lo consideremos. No hay condición de relatividad exterior que pueda hacer, por ejemplo, que la suma de los ángulos de un triángulo sea, ni más ni menos de dos ángulos rectos.

Por consiguiente, la filosofía iniciática, como toda verdadera metafísica, no puede tener otra base que la que ofrecen los Principios Matemáticos, de los que busca la esencia profunda, el significado y el valor universal, siendo a la vez ciencia moral y ciencia exacta y absoluta del Espíritu.

Entre las siete artes liberales que tanta importancia tienen universalmente en la tradición masónica, las tres primeras, que constituyen el trívium, deben considerarse a la vez como introducción y aplicación de las que siguen formando el quadrivium: la gramática o estudio de los signos, es, por ejemplo, la introducción necesaria al conocimiento de los números y de las formas; pero únicamente cuando conozcamos éstos perfectamente, podremos comprender

realmente el significado y la potencia de todos los signos simbólicos y su aplicación operativa que es mágica realización.

Igualmente, sin la lógica es imposible entender los principios matemáticos; pero, a su vez, no es verdadera lógica la que no tenga éstos como fundamentos.

Y únicamente la lógica matemática es la que puede conducirnos al conocimiento de la Verdad y a su práctica demostración.

La misma observación debe hacerse con respecto a la retórica, que es la expresión lógica de los signos que hace efectiva la potencialidad latente del Logos: sin su conocimiento no nos sería posible formular y expresar debidamente los principios matemáticos, sacando el orden (o ciencia) del caos de la ignorancia (o conocimiento desordenado e imperfecto).

A su vez, el poder de la palabra –que es el mismo Logos o Verbo Creador- no será nunca completo y perfecto sino a condición de que en él obren las verdades conocidas y reconocidas en el quadrivium.

Por consiguiente, el trívium ha de ser constantemente la introducción y la conclusión del quadrivium en general, y de cada una de las ciencias o artes de que se compone. El septenario de éstas se resuelve prácticamente –con la doble adición anterior y posterior del trívium al quadrivium en una década y encuentra su perfecta expresión en un duodenario, que necesariamente ha de corresponder con los doce grados masónicos.

Mientras en un simple sistema de siete grados, el estudio especial de cada arte naturalmente pertenece a uno de los grados, en un sistema de doce dichos estudios debe corresponder a una sabia combinación del trívium con el quadrivium, considerándose cada uno de los cuatro elementos de éste en los tres aspectos indicados por aquél.

En cuanto a las cuatro artes y ciencias que componen el quadrivium, debemos empezar por reconocer su naturaleza puramente matemática, dado que la música puede identificarse con el álgebra y la astronomía con la mecánica, tanto cósmica como general.

Sin embargo, no hay que olvidar que toda ciencia es introducción y base teórica del arte correspondiente, o sea, que el conocimiento especulativo ha de ser principio y fundamento de una actividad y realización operativa. Por esta razón se llaman iniciáticamente artes más bien que ciencias, en cuanto su real conocimiento es un arte al igual que su aplicación. Y toda la Masonería estriba en un progresivo y gradual conocimiento siempre más perfecto, y en una igualmente siempre mejor aplicación operativa de estas artes, a las que nos inicia para que podamos dominarlas y ser sus adeptos.

LA EDAD DEL MAESTRO SECRETO

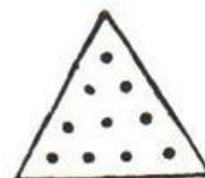
En cada grado masónico la edad representa, por medio de un número determinado, el grado de comprensión individualmente alcanzado y su extensión filosófica; simbólicamente es el fundamento aritmético de una capacidad geométrica que ha de aplicarse armónicamente en una perfecta arquitectura, de acuerdo con las leyes de la Música y de la Astronomía. Por consiguiente, la expresión aritmética de la edad de cada grado debe considerarse igualmente en sus consecuencias y aplicaciones geométricas, musicales y astronómicas.

Por ejemplo, la edad del Aprendiz se aplica geoméricamente al conocimiento de las 3 dimensiones, que ha de reconocer y labrar en cada uno de los ángulos de las piedras, para realizar la armonía del conjunto, tocando el acuerdo fundamental de los tres mundos –exterior, interior y trascendente- o sea, del Sol, de la Luna y del Mercurio individual.

Igualmente la edad del Compañero constituye geoméricamente la Estrella de 5 puntas, que es un pentacorde vibrante con notas de la inteligencia, para lograr las 6 caras de la Perfección Filosófica, que constituye el centro de la Estrella y es astronómicamente el principio de la gravitación individual.

La edad del Maestro se expresa geoméricamente como centro del doble triángulo de las seis caras del cubo y de las dos direcciones o polaridades de las tres dimensiones. Este centro es la cámara del medio en la que deben vibrar armónicamente las 7 notas o facultades activas de nuestro ser expresando astronómicamente, en los 7 planetas individuales, la inspiración de las 9 musas y de los 9 ciclos y coros angélicos.

Esto hace que las seis caras y los ocho ángulos de la piedra cúbica de eleven al novenario de la piedra cúbica de punta cuyo centro o corazón elevado representa el número 10, que es la edad del Maestro Secreto.



Este número, considerado como secreto y sagrado por los antiguos, se obtiene adjuntando al ternario primitivo su expresión septenaria.

También es de importancia capital el número 4, siendo igual a $1 + 2 + 3 + 4$; el conjunto de los cuatro números constituye la figura que se llama tetractis, la unión de la Mónada con un Binario, un ternario y un cuaternario.

Geoméricamente también llegamos a la Década por medio del centro de la Estrella dentro del cuaternario de su perfecta realización exterior –otro aspecto de la cuadratura del círculo de la existencia, que conduce naturalmente al número 10.



En el campo de la música, el número 10 expresa las notas secretas que se obtienen adjuntando y substrayendo de las fundamentales y conocidas los semitonos (sostenidos y bemoles) y las completan con un doble quinario de notas intermedias, cuyo conocimiento es necesario para realizar una perfecta armonía.

Finalmente, la edad de los Maestros Secretos es la expresión aritmética de la misma Palabra Sagrada de este grado, o sea, del Principio Creador simbolizado en la Mano Divina –una mano de diez dedos (los 10 sephirot), equivalente a las dos manos derecha e izquierda y a los dos aspectos masculino y femenino de la humanidad, que tienen necesidad de completarse el uno con el otro para alcanzar la Perfección Unitaria expresada en el número

10

por la unión del 1 con el 9, que representa el Hijo que se sienta a la derecha del Padre.

LA DÉCADA CREADORA

Hemos visto cómo los tres grados simbólicos se esfuerzan en dar, con los nueve primeros números, una adecuada contestación a las tres preguntas:

¿De dónde venimos?
¿Quiénes somos?
¿A dónde vamos?

El Maestro Secreto completa este conocimiento con el de la década, en la que se resume y tiene su origen -con el 0 y con el 1- la triple tríada de los nueve primeros. Por lo tanto, la Filosofía Iniciática del cuarto grado masónico puede sintetizarse en estos tres símbolos:

0 – 1 – 10

y los dos intermedios

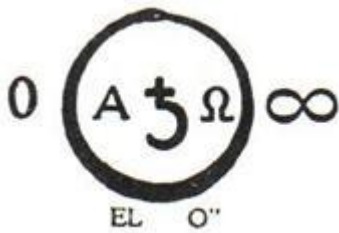
⌘ ①

con los que se reconoce y se realiza el orden y la perfección que surgen y se manifiestan gradualmente en el universo y en nuestro propio mundo individual, del caos, o potencialidad latente primordial.

La unidad constituye el principio de todos los números (así como el 0 representa su negación y potencialidad latente), la letra A, el alfa o aleph, de la que se desarrollan todas las posibilidades, expresadas por las sucesivas cifras o letras del alfabeto. Y el número 10, o sea, la unión de la unidad con su principio negativo, es una nueva potencia unitaria de todas las cifras nacidas del número 1, que encierra en sí y por medio de las cuales se acerca, en la sucesión lógica de sus múltiples combinaciones, al

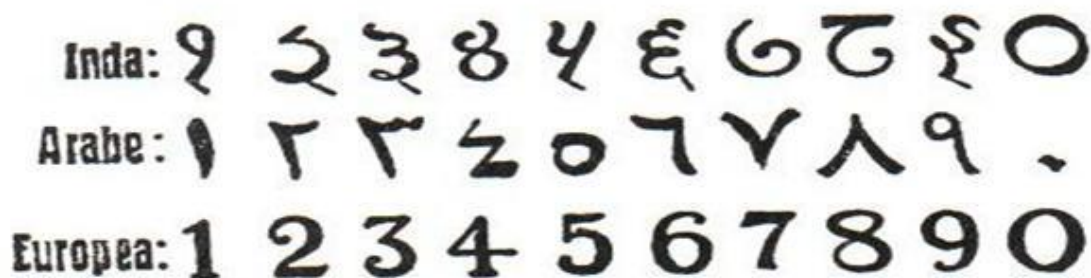
∞ (“infinito”)

que matemáticamente se identifica con el 0, como los dos aspectos positivo y negativo de la Eternidad, o sea, la cabeza y la cola de la Gran Serpiente Divina, continuamente engullida por su propia boca voraz.



El Aprendiz se inició en la Aritmética con el estudio de la unidad; y el Maestro Secreto, que ya tiene un conocimiento sumario del significado iniciático de los nueve primeros números, debe empezar nuevamente este estudio con el 0, símbolo del caos amorfo y de Saturno o Cronos, la Divinidad Latente, Fuente Negativa de toda existencia o actividad, y que continuamente devora a sus hijos o creaciones.

Es característico notar a este propósito que las dos palabras cero y cifra tienen la misma etimología, derivando del semítico sefer, que tiene el primer sentido en la lengua árabe y el segundo en la hebrea. Las cifras arábigas nos vinieron, pues, del Oriente, de los árabes que a su vez las aportaron de la India. No será inútil dar aquí las anotaciones de las mismas, precisamente en estas tres formas:



Volviendo a nuestro estudio, el círculo vacío que representa el cero, o sea, al mismo tiempo la negación y el potencial latente que aumenta y multiplica al infinito el valor simple de las demás cifras, es la imagen natural de aquel principio primordial e indistinto de todo lo que es inefable e indefinible, pues cuanto digamos de él como atribución de cualidades, deben considerarse al mismo tiempo como ausencia y valor infinito de toda cualidad.

Por consiguiente, aritméticamente el 0 y el 1 lo representan por igual; algebraicamente se identifica el +1 con el -1. Geométricamente -o sea, en términos de espacio- es al mismo tiempo el punto sin dimensión y la totalidad del espacio que todo lo engendra. Desde el punto de vista de la mecánica, se identifican en él como una sola cosa, la quietud absoluta y el movimiento en infinita rapidez. Astronómicamente es el Sol oscuro central cuya Luz Infinita - origen, manantial y destino de toda irradiación o manifestación de Luz y de Vida- es, al mismo tiempo, infinita tiniebla.

Todas las escrituras antiguas nos hablan de este Principio o Causalidad Latente de todo, en términos más o menos simbólicos, enigmáticos y

misteriosos.

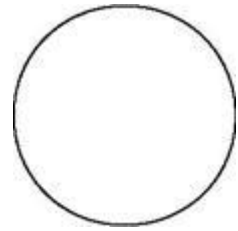
Ni sería posible expresar de otra manera el Absoluto Inmanifiesto, que es al mismo tiempo Esencia, Raíz, Causalidad y Actualidad de toda manifestación.

La Biblia -que es, en su primer libro o sepher, el resumen y la transcripción simbólica de más antiguas tradiciones cosmogónicas- nos dice que:

“En Principio creó Dios los cielos y la tierra.

Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas”.

Esto quiere decir que el cielo y la tierra -las dos polaridades (interior y exterior) de toda manifestación- fueron primero creados, en principio, como potencialidad latente inmanifiesta o caos primordial, según lo explica el segundo versículo. En el símbolo del círculo u O primordial, el cielo representa la superficie (extensión exterior) y la tierra la circunferencia (delimitación o expresión exterior) como potencialidades latentes de una misma unidad manifiesta.



El círculo está desordenado por el hecho de hallarse vacío de toda forma ordenada y definida; por la misma razón el potencial latente que se haya comprendido en el mismo es infinita tiniebla y pudiera representarse por un punto sin el círculo -punto idéntico al infinito o abismo de toda cosa. En este abismo se mueve el espíritu o respiración de Dios con movimiento infinito y latente que es, como hemos dicho, absoluta quietud.

Más explícita la primera Estancia del Libro de Dzyan, se expresa en esta forma:

“La oscuridad sola llenaba el Todo Ilimitado... Nada existía... No había tiempo porque yacía durmiente en el Seno Infinito de la Duración... El Visible que fue y el Invisible que es descansaban en el Eterno No-Ser, el Ser Único, sólo la Forma Una de Existencia se extendía, ilimitada, infinita, incausada, en el sueño sin sueños, y la Vida latía inconsciente en el Espacio Universal...”

Sin embargo, tampoco este espacio, como el tiempo, existía, por no haber lugar y hallarse el Todo inmergido en sí mismo, es decir, en su potencialidad latente, todavía inmanifiesta como espacio o contingencia.

La dificultad de expresar la nada, que es el Todo latente y omnipotente, hace que no se pueda encontrar una forma más satisfactoria.

EL HUEVO DE BRAHMA, DE SEB O DE TIEN

Se hace, pues, necesario para las inteligencias ordinarias, expresar este símbolo de una manera más concreta, palpable y evidente. Así es que el Huevo Primordial se encuentra como principio simbólico -equivalente al O y al



Serpiente divinizada hindú

círculo- en casi todas las antiguas cosmogonías y, de la misma manera que el 0 y el círculo (que lo representan gráficamente), expresa con claridad el potencial latente inmanifiesto de la Vida Universal y de toda manifestación.

Una antigua escritura india nos habla de este huevo en los términos siguientes: Brahma, el auto existente, “deseando producir varias criaturas de su propio cuerpo, primero, con un pensamiento, creó las aguas y depositó en ellas una simiente. Esta simiente se convirtió en un huevo de oro, resplandeciente como el sol, en el cual él mismo nació como Brahma, el progenitor de todos los mundos”.

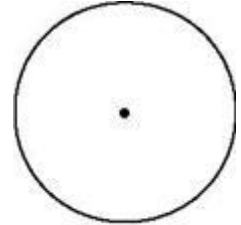
Por esta razón Brahma se llama Kalahansa, el “Cisne del Tiempo”, que deposita el huevo o principio latente de toda creación, de cuyo 0 nacen todas las cifras o sephiroth. Los egipcios igualmente decían en sus rituales que Seb, el Dios del Tiempo, puso un “Huevo concebido en la hora del Gran Ser de la Doble Fuerza”. Los chinos creen que el primer hombre nació de un Huevo que Tien hizo caer del cielo a la tierra, en las aguas. Y en los Misterios de los griegos, el Huevo Órfico se consideraba y explicaba como símbolo representativo del origen del universo, el mismo huevo pascual del mundo cristiano debe considerarse como residuo y transmisión de esta antigua simbología.

Se relaciona estrechamente con el Huevo el símbolo de la Serpiente, igualmente entendida como Principio del Tiempo y Potencialidad Inmanifiesta y Creadora del Universo. Y esta relación tiene un doble origen en el símbolo de la Serpiente que se muerde la cola –describiendo y representando el cielo del tiempo perpetuamente emanado y devorado por la Eternidad- y en el hecho de que la misma serpiente es animal ovíparo. La Serpiente se identifica así con la Divinidad Inmanente que se expresa en el Cisne del Tiempo, poniendo el Huevo Áureo “en el Principio” de la Creación.

EL PUNTO EN EL CÍRCULO

La Serpiente bíblica nos presenta otra imagen del mismo Dios creador o Fuerza Creativa que empieza su manifestación desde el estado de potencial latente.

Con el símbolo de la Serpiente entendida como Fuerza Creadora –y por ende, capacidad reproductiva en el hombre- pasamos del círculo o cero primordial al símbolo del círculo con el punto, que corresponde al huevo con el germen central de la vida y al principio de la creación en el que se manifiestan sus potencialidades latentes. Esto es el primer día de la misma, representado como creación de la luz, o sea, del principio activo de expansión consciente, anterior a la creación del espacio y del tiempo.



La luz, que se halla en estado potencial –por no existir todavía el espacio y el tiempo en los que se manifiesta su irradiación- es, por lo tanto, el centro del círculo e, iluminándolo con su expansión hará del mismo el espacio en que se verifica la creación o se manifiesta su Poder Creador. Es, pues, el árbol o Círculo Creativo, Formado por la misma Serpiente –reflejo exterior del Punto.



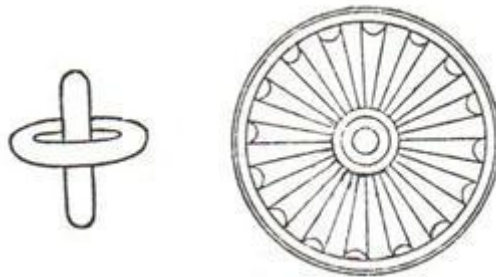
La luz, como principio de conciencia, es también el árbol del bien y del mal, y las manifestaciones inteligentes de este Principio –Adán y Eva- son así Causas Creadoras del Bien y del Mal, según se acercan y se establecen en el centro, o bien en la periferia de la creatividad.



Como se ve, el simbolismo de los primeros capítulos del Génesis es algo cuya profundidad únicamente puede entender el Maestro Secreto, con el conocimiento perfecto de la Década o Yod primordial, que sólo puede facilitarle la Llave para entenderlo, en unión con la espada filosófica de la penetración y del discernimiento.

ORIGEN DEL FALICISMO

El círculo con el punto, emblema astrológico y hermético del sol y del Principio de la Vida, de la Luz y de la Conciencia, representación del huevo con el germen, o sea, del centro o Principio Vital y Consciente de todo universo y de toda manifestación individual, es también un símbolo fálico en cuanto representa horizontalmente –así como la cruz los expresa en su perfil vertical- la unión de los dos Principios Masculino y Femenino, o sea, el principio activo de irradiación y penetración (el centro del círculo y el poder activo de la serpiente), y el principio pasivo de recepción y absorción (el espacio del círculo que recibe y absorbe a la vez la irradiación central y su reflejo periférico).



Antiguo símbolo ario del Sol Materialmente, el punto en el círculo es una acción gráfica del lingam yoni (la representación del órgano masculino en el femenino), así como de los emblemas equivalentes, especie de altares o templos circulares primitivos que se encuentran aún actualmente en varias partes de Europa.

Este culto (originariamente sagrado como todo culto, cuya finalidad es constantemente elevadora) de los dos Principios o aspectos de la Divinidad Creadora –el Padre y la Madre del Universo, el Sol y la Luna, o sea, la luz vital y el espacio destinado a contenerla y expresarla- degeneró más de una vez (por la incomprensión de los hombres que tomaron el símbolo exterior y material por la realidad interior y espiritual), en un culto de los órganos de la generación y en orgías degradantes por la prostitución de energías y poderes destinados a reproducir la especie y elevar al individuo, y no hacer del mismo el esclavo del Vicio y de la Ilusión que conducen a la degeneración.

DOBLE SIGNIFICADO DE LA SERPIENTE

Esto es también el origen del doble significado de la Serpiente que, mientras por un lado representa a la propia Divinidad –ya sea como Principio o como Dios Creador, Logos o Demiurgo, con sus atributos de Omnisciencia, Omnipresencia

y Omnipotencia- por el otro, indica al Genio del Mal o Poder de la Ilusión, que conduce a la perversión de los poderes y habilidades del hombre.

Este poder de la serpiente se encuentra, pues, en cada hombre, en cada ser individualizado, como aspecto particular, rayo o manifestación del Divino Poder que constituye el Principio Operativo de la creación, siendo la Fuerza Creadora Individual que se manifiesta orgánicamente como capacidad reproductiva (el mismo Yod se considera cabalísticamente también como representación del órgano masculino) y mentalmente como creación ideal.

El poder de la serpiente se llama en la India Kundalini (que significa enroscada) y se pone su asiento a la base de la espina dorsal, en el centro que se llama Muladhara (véase el “Manual del Maestro”), siendo la misma espina dorsal el Camino Vertical de su manifestación que es progresiva ascensión. En la ciencia llamada Yoga, se considera prácticamente el desarrollo consciente de dicha fuerza o poder serpentino, que se necesita hacer ascender desde el más bajo al más elevado de los centros o chakras del organismo psicofísico, en el cual se realiza la mística Maithuna o conjunción de shiva con Shakti (el Principio del Ser, manifiesto en la conciencia, y el de la Energía, manifiesto en la materia).

Shiva y Shakti son, respectivamente, el centro y la circunferencia del círculo de la manifestación universal como individual, que han de unificarse conscientemente, siendo esto el propósito y objeto final de toda la manifestación.

EL OJO

El círculo con el punto es también un símbolo del ojo, o sea, del centro de la conciencia y de la visión; pero simbolizan más bien el ojo divino – el ojo de Shiva o de Dangma en la terminología oriental, centro de la visión o percepción espiritual- el ojo impar de los cíclopes, que es el doble órgano de la vida y percepción inmaterial.

Este símbolo es esencialmente unitario, y así como muestra la unidad del ser y de la vida en su céntrica y concéntrica expresión, también representa la visión unitaria de la Realidad, más bien que la doble visión de la apariencia ilusoria. La visión unificada, o central, es la propia visión creadora que manifiesta y expresa la Luz Interior –“la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”- o sea, de un Ojo que es al mismo tiempo, sol o lámpara del cuerpo: centro de Luz, de Vida y de Fuerza. La pupila de este ojo viene a ser aquel punto o foco central de la conciencia en el cual se concentra y del cual se expresa la unidad espiritual del Ser.



Jeroglífico egipcio
del ojo divino

Por lo tanto, el símbolo del Ojo Divino que encontramos en este grado, ha de ser meditado con toda atención por el Maestro que aspira al Secreto Magisterio del Arte. Esta meditación le explicará el significado de aquellas metamorfosis de las que hemos hablado en la segunda parte; la letra G, el Ojo y el Yod son distintos aspectos de una misma cosa: el Divino Centro creador que es Punto omnipresente, omnisciente y omnipotente.

La manifestación individual de este Centro corresponde con el cósmico Fiat Lux! Es la luz interior que aparece en el caos de los pensamientos, errores e ilusiones de la personalidad y que únicamente tiene el poder de orientar su actividad hacia lo Real y lo más elevado.

Por consiguiente, esta Luz es idéntica a la facultad del discernimiento, libertando al hombre de sus errores y manifestando el orden divino en el estado caótico primordial.

Pronunciando estas palabras, el Maestro Secreto llama a la expresión el Poder de la Luz en su propio mundo, que sólo pueden destruir las tinieblas y las sombras de la vida interior y exterior.

LA UNIDAD

Con el punto en medio del círculo pasamos del 0 que simboliza el aspecto negativo del Ser a la Unidad de su expresión activa o creadora que manifiesta la multiplicidad y diversidad aparente de las cosas, o formas contingentes de dicha expresión.

Reconocer la unidad interior en la diversidad y multiplicidad exterior, como Realidad Omnipresente, Inmanente y Trascendente es al mismo tiempo – en los distintos grados de su realización consciente- el principio y el fin de la Iniciación. La primera vislumbre de esta Verdad es la luz simbólica que nos inicia en el conocimiento de la Realidad y su pleno dominio en nosotros; como Poder superhumano, nos conduce al estado de magister o más que hombre.

Dicho reconocimiento se consigue abriendo el ojo interior, el ojo de la visión central y, por consiguiente, unitaria. Y este ojo, a su vez, se abre por aquel mismo poder de la serpiente que produce exteriormente la Ilusión o Tentación –el animal (Facultad, Fuerza o Poder) sutil “más que todos los animales del campo (círculo o expresión exterior) que Jehová (el Ser) había hecho”.

Este poder ha de ser elevado o exaltado, así “como Moisés levantó la serpiente en el desierto”, para que “el árbol codiciado para alcanzar la sabiduría” dé sus mejores frutos, insinuándose como Yod creador desde las profundidades a las sublimidades, o sea, desde los infiernos a los cielos. Por esta razón en toda verdadera Iniciación es preciso bajar antes de poder subir, y la Fuerza Ascensional que se adquiere y nos eleva sobre las cumbres de las

montañas de la Abstracción es proporcional a la profundidad del descenso o humillación que se verifica en las entrañas de la manifestación.

Con otra alegoría, que se basa igualmente en los símbolos que acabamos de examinar, el huevo místico producido e incubado por la Serpiente de la Ilusión ha de dar nacimiento a la Paloma, Cisne o Águila, que nos eleva por encima de la misma ilusión en el cielo o Dominio de la Realidad.

Así se abre individualmente el Ojo de Dangma o de Shiva a la percepción unitaria de la Realidad, y la Ilusión Tentadora se transmuta en el Discernimiento Iniciático e Iniciador. Por esta misma razón la Serpiente es a la vez, uno de los símbolos más frecuentes y universalmente difundidos de la Iniciación.

EL NÚMERO 1

El número 1, como línea o Fuerza vertical y descendente, es un emblema del Poder de la Unidad o Luz cósmica que desciende en su manifestación y se expresa como actividad creadora, produciendo o emanando de sí misma las demás cifras (idénticas con los sephirot de los que hablamos más adelante) y números (combinaciones de cifras o Fuerzas Primordiales).

El número 1 es así el Creador del Universo –el verdadero Logos o Demiurgo- como lo es de las demás cifras y números: el Hijo del 0 que, sentado a su derecha en el número 10, adquiere el Poder de la Década (los diez sephirot) y se manifiesta la creación en los nueve cielos o mundos por medio de las potestades angélicas –Pensamientos Divinos- que expresan y ejecutan su Poder.

Es un rayo de luz –el rayo de la Luz de la Realidad- que desciende del Centro de la manifestación para expresar en el círculo de la misma, aquella Actividad Creadora que es génesis geométrica y geometría genética de toda cosa.

Cada rayo es un número 1, es decir, un Principio Divino Creador y Productor, que se precipita del centro hacia la periferia –la caída de Lucifer y de Prometeo- para hacer la Voluntad del Padre o redimir el círculo de la manifestación.

Es el principio del Orden y de la Armonía, que como tal se expresa en todo caos, o agregación desordenada e inarmónica, manifestando la unidad latente en capacidad unificadora; así esta Fuerza une los átomos primordiales en agrupaciones siempre más complejas, en átomos físicos y químicos, en moléculas y agregados moleculares, y forma con éstos los cristales y las diferentes sustancias amorfas del reino mineral. Esta misma Fuerza Unitaria asimila y reúne orgánicamente las sustancias amorfas minerales para producir las múltiples manifestaciones de la Vida en los tres reinos: vegetal, mineral y humano, que evolucionan el uno del otro hasta producir en el estado humano la conciencia individual o individualidad consciente.

Sin embargo, aquí no se acaba la manifestación del Poder de la Unidad, sino que se intensifica con el anhelo de conducir a la perfección la Gran Obra de

la Creación. Así como el hombre tiene cuerpo animal, manifestando potencias y facultades que lo sitúan en un reino o categoría distinta de los animales, en esta misma forma humana tiene que expresarse algo más que el hombre –el Magister o Superhombre, objeto y resultado de la iniciación, que constituye un verdadero quinto reino en la naturaleza.

LA LETRA I

En esta segunda fase de la manifestación del Poder de la Unidad, el número 1 se cambia en la letra i. En esta última el punto, por encima de la línea vertical ascendente, representa el Centro Divino originario, principio y finalidad de la Creación, objeto de la aspiración y de los esfuerzos del Yo consciente que trata de levantarse desde las profundidades de la Ilusión en que se encuentra, y ascender hacia Aquél: “así es necesario que el Hijo del Hombre (la individualidad consciente nacida en él) sea levantado” (Juan, III-14).

Este levantamiento o exaltación que conduce al Magisterio, es la elevación de la i pequeña con I mayúscula, del yo inferior, nacido en la personalidad humana (Hijo del Hombre) en el Yo verdadero o superior (Hijo de Dios) que reconoce su identidad con el Yod Creador (el punto de la letra i). La letra y en sus dos formas nos da otro emblema de este levantamiento que se efectúa descendiendo primero a las profundidades de la manifestación (la tumba simbólica) como lo muestra la y pequeña para después levantarse y subir a las alturas con las alas desplegadas de la Y.

En el grado de Maestro Secreto, el punto colocado sobre la letra i representa el corazón de Hiram – nuestra vida Elevada o Superior- que hay que poner o elevar por encima del ara de nuestro yo, o de la piedra cúbica de nuestra personalidad renovada, cuyas aspiraciones producirán sobre la misma la pirámide cuadrangular que la transforman en piedra cúbica de punta: la personalidad unificada con la Individualidad y la expresión de ésta en aquélla.

LA LÍNEA EN EL CÍRCULO

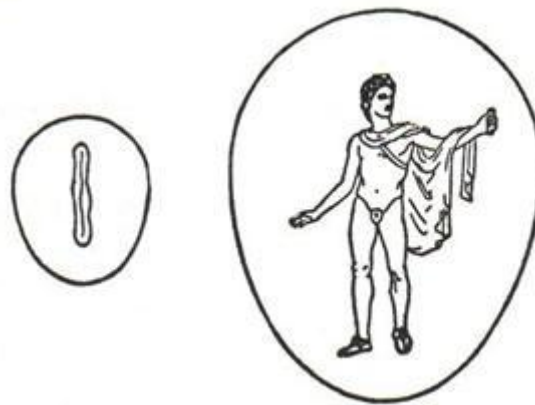
La hemos hablado, tratando del cetro (que reúne y equilibra sus dos posibilidades ascendente y descendente), del Poder de la Unidad simbolizado en la vara mágica y en el bastón o pastoral de los patriarcas, de los obispos y del Ermitaño. En el primer arcano del Tarot vemos este Poder que desciende hacia la manifestación; en el noveno la ascensión que realiza con su extremidad superior floreciente, apoyándose con el otro extremo firmemente sobre la tierra.

Un igual progreso se nota en estos dos arcanos en la luz, que en el primero aparece como una lejana estrella y en el segundo mana de una lámpara sujeta por la mano derecha, o sea, la Voluntad que ilumina el Sendero de la Vida,

mientras la Inteligencia se apoya firmemente sobre el Poder de la Unidad en su perfecta realización individual.



Corresponde este progreso con el crecimiento que se verifica dentro del círculo de la manifestación, en el cual, naciendo la unidad como línea recta vertical del punto originario, se produce, con su expansión horizontal, la cruz de la que nacen, con la dualidad, todos los números.



La línea dentro del círculo es un símbolo muy importante, por cuanto con la rotación del círculo sobre la misma como eje se produce la esfera o huevo en el cual y del cual se origina toda manifestación.

El desarrollo del germen en el huevo se produce, pues, como una línea perpendicular, por medio de aquella segmentación que originará la futura espina dorsal, e igualmente una línea vertical es el hombre con su organismo psicofísico en el centro del aura formada por sus vehículos superiores.

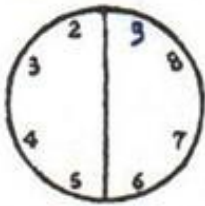


El Adepto, en la plenitud y perfección de su manifestación, es la doble cruz equilibrada que nace de la crucifixión y constituye la cuadratura de la esfera de su existencia objetiva, transformándose el poder de la serpiente en el Águila que sublimiza y eleva todas sus facultades.

LOS PARES OPUESTOS

La línea en el círculo expresa también los pares de opuestos que se desarrollan de los dos lados de la línea central, de la que parten, alejándose progresivamente, para acercarse de nuevo y volver a la unidad.

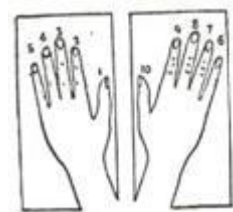
El círculo debe considerarse, en este caso, tanto como el principio latente de todo como su cíclica manifestación, mientras la línea corresponde al principio unitario que la origina.



Partiendo de la línea, que es el rayo primordial de la luz correspondiente al primer día de la manifestación, encontramos en los números 2, 3, 4 y 5 del semicírculo descendente, las manifestaciones dual, septenaria y cuaternaria de la naturaleza, hasta el hombre, en el que se expresan la inteligencia y la razón. Con el número 6 entra en acción un principio superior a la razón humana: el Genio Individual, simbolizado por la letra G, que muestra el centro de la Estrella y desarrolla el sexto sentido interior de la conciencia.

Los números 7, 8 y 9, que continúan el semicírculo ascendente, caracterizan las sucesivas etapas iniciáticas simbólicamente indicadas por la exaltación al Magisterio Masónico. Así llegamos nuevamente a la línea vertical o número 1, que corresponde con el punto de partida, dentro de la perfección de la Década, en el cual el Hijo consciente de su cualidad toma su asiento “a la derecha del Padre”, y empieza la manifestación de un nuevo ciclo o Década.

En este ciclo progresivo, desde la potencialidad latente del número 1 a la actividad y plenitud de su reino en el número 10, vemos en el mismo nivel los cinco pares de opuestos 1-10, 2-9, 3-8, 4-7, 5-6, cuya suma es constantemente igual a 11, es decir, a la oposición de las dos unidades inicial y terminal del ciclo, o sea, simbólicamente, el Adepto con el cetro del poder o vara del Magisterio.



También puede representarse estos cinco pares de números con los dedos de las dos manos humanas –respectivamente, izquierda y derecha- o sea, en los diez dedos de la Mano Divina que las sintetiza –según el significado de la Palabra Sagrada de este grado- en sus dos aspectos, que equivalen a las dos tablas o expresiones de la Ley: el Bien y el Mal que se manifiestan en la vida del hombre, según la polaridad de sus pensamientos.

EL NÚMERO 10

Para llegar al número, las nueve primeras cifras pueden combinarse en cinco pares complementarios que lo reproducen:

$$1 + 9 = 10$$

$$2 + 8 = 10$$

$$3 + 7 = 10$$

$$4 + 6 = 10$$

$$5 + 5 = 10$$

En el último de estos pares el número cinco se halla repetido: representa esta última ecuación el estado humano, es decir, la inteligencia que obra sobre los pares de opuestos y la humanidad en su conjunto (el número 10) formada por sus dos mitades o aspectos –que se complementan, como la mano izquierda con la derecha y las dos tablas de la Ley- que son el hombre y la mujer. En el número 55, formado por estas dos cifras, hemos de ver, por consiguiente, la expresión del matrimonio perfecto, en el cual los dos aspectos de una misma unidad cooperan para la realización del reino de Dios o del Espíritu sobre la tierra.

El 4 y el 6 presentan el místico matrimonio de la rosa o Estrella (el número 6 que resulta de las cinco puntas o pétalos y del centro o corola) con la cruz (número 4), o sea, la potencialidad del Cristo o Genio Individual que se realiza en la Gran Obra Creadora de la naturaleza y en la regeneración de la personalidad humana (números 46 y 64).

El 3 y el 7 muestran las dos perfecciones Divina y Humana, potencial y manifiesta, que integran la Década, o sea el Reino de la una en la otra (números 37 y 73).

En el 2 y el 8 vemos, respectivamente, los dos aspectos o polaridades de la Ley y Actividad Universal y la Justicia o equilibrio iniciático que obra en perfecto acuerdo con esa dualidad (representando al iniciado entre las dos columnas), para la manifestación de la Armonía, como finalidad de todas las experiencias (números 28 y 82).

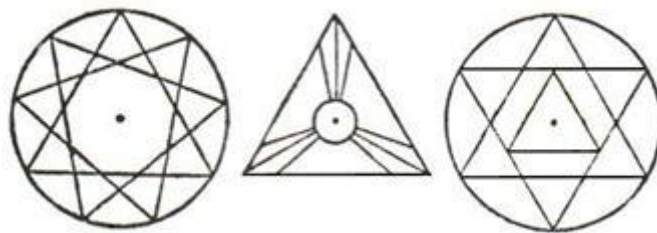
Finalmente, el 1 y el 9 (combinados en los números 19 y 91 muestran el cetro o vara (Poder de la Unidad) y la lámpara (Rayo de Luz Primordial) en las manos del Iniciado o Adepto que ha superado todas las pruebas, llegando, con la triple potencia del ternario, a la Perfección Secreta del Magisterio (número 10).

EL TRIPLE TRIÁNGULO

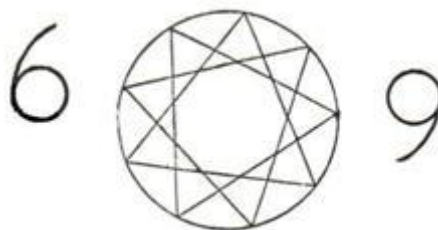
El triple triángulo y el nonágono (que figura en el campamento de los Príncipes del Real Secreto) nos dan una representación de la década, integrando y combinando el triángulo o tetractis de la Perfección Divina con la héptada de

la Perfección humana, indicada por el doble triángulo o Sello de Salomón –el verdadero emblema del Septenario.

La suma de los dos tiende naturalmente a producir este emblema, que pertenece por igual a los Maestros Secretos y a los Soberanos Grandes Inspectores de la Orden, pues estos últimos realizan todas sus posibilidades. Sin embargo, ha de considerarse como mística y esotéricamente más correcto el que se da a continuación y que muestra el Ternario Divino en el centro del doble triángulo que realiza la Tétrada en un septenario concéntrico para su perfecta expresión cíclica.



Hay que notar, en este último emblema, que el Delta Central apoya sus vértices en la mitad de los lados del triángulo inferior, mientras el superior desarrolla sus lados en perfecto paralelismo con el primero. Por esta razón los tres lados o cualidades primordiales del Ser (Sat-Chit-Ananda = Esencia-Ciencia-Beatitud) se reflejan en el triángulo superior del hexagrama como Conciencia- Inteligencia-Voluntad, mientras sus tres puntos o vértices (Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia) producen las tres cualidades de la materia: Actividad, Inercia y Ritmo.



En cuanto a los tres triángulos en el círculo (además de indicar la cíclica combinación de las tres cualidades o gunas), representan el esfuerzo de un triple ternario en la búsqueda del centro que siempre huye de sus pasos cuando éstos se dirigen centrífugamente hacia lo exterior, mientras se acercan a él con el movimiento centrípeto dirigido hacia lo interior. Los dos movimientos están indicados para las dos espirales involutiva y evolutiva, representadas, respectivamente, por los números 6 y 9, cuya unión forma el cuarto signo del zodiaco.

Son éstos, evidentemente, los nueve maestros o grados filosóficos que buscan incesantemente la palabra perdida -o sea, la Verdad Final acerca de la

Realidad Absoluta de todo- que únicamente puede encontrarse en el centro, o en el íntimo sagrario de cada ser.

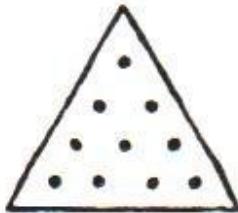
De una manera análoga se halla expresada la década por la novenaria mística irradiación del Sol Divino o Unión Central –el Ojo o Eje de la Conciencia- en el triángulo o Delta que lo manifiesta exteriormente como:

- Sensación, Percepción, Comprensión
- Inteligencia, Razón, Intuición
- Aspiración, Deseo, Voluntad

Son éstos los nueve rayos individuales que han de iluminar a los Nueve Maestros en su búsqueda silenciosa, las Nueve Musas que han de inspirarlos, para que lleguen al objeto final de sus esfuerzos, indicado por el número 10, o sea, el punto en el medio del círculo y la perfecta pronunciación de la Gran Palabra de la Verdad y de la Vida.

LA TETRAKTIS

En la tetractis pitagórica hay otra expresión de la década, como resultante de la suma de los números $1 + 2 + 3 + 4 = 10$.



Esto quiere decir, iniciáticamente, que para llegar a la comprensión del universo hay que sumar o integrar el estudio o comprensión del significado de los cuatro primeros números, o sea, la Mónada, la Díada, la Tríada y la Tétrada. En otras palabras, hay que ver y saber cómo todo deriva de la Unidad, se expresa a través de la Dualidad, se manifiesta en una Trinidad y se realiza en un Cuaternario.

La tetraktis viene a ser así idéntica al tetragrama, o sea, el conjunto de cuatro letras o signos que constituyen el nombre verdadero de la Divinidad o la Palabra Sagrada de la Verdad, cuya correcta pronunciación es expresión retórica de la comprensión lógica de su significado gramatical. He aquí la gran importancia del trívium, cuya realización iniciática no puede efectuarse o alcanzar su completación sin el quadrivium de la Aritmética, de la Geometría, de la Música y de la Astronomía, que se identifican filosóficamente con las cuatro letras del Tetragrama y los cuatro elementos de la Tetraktis.

El mismo tetragrama se halla muy bien indicado por el nombre latino DEUS, por el griego QEOS y por el español DIOS, así como por las cuatro letras BRHM e ISVR, con las que se escriben en sánscrito los nombres de Brahma e Ishvara, siendo en todo caso las cuatro letras representaciones convencionales –aunque mágicamente efectivas- de los cuatro principios indicados aritméticamente por la Tetraktis. También la palabra griega BIOS, “vida”, puede prestarse convenientemente con el mismo objeto.

Sin embargo, en este grado puede únicamente plantearse el problema desde el punto de vista del significado gramatical, cuya comprensión lógica y expresión retórica pertenece a los dos siguientes. Y como significado gramatical es importante especialmente la primera letra, o sea, la Unidad, que corresponde con la Palabra Sagrada de este grado, cuyo valor numérico es 10, o sea, la suma de los primeros cuatro números: 1, 2, 3 y 4.

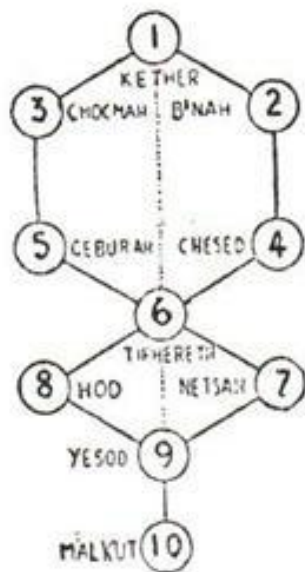
El significado de esta Palabra, como hemos visto, es mano, refiriéndose particularmente a la Mano Creadora y a sus diez dedos, que son las diez primeras cifras o sephiroth, y los diez primeros números: el 0 pre-antinómico de la Corona formará con su centro unitario y sus nueve estrellas el 10 del Reino o Perfección.

EL ÁRBOL DE LOS SEPHIROTH

Característica expresión de la Década es el llamado *Árbol de los Sephiroth* (que el Iniciado puede prácticamente identificar con el *Árbol de la Vida*), fundamento y esencia de la *Cábala*, resumiendo en sí admirablemente la *Filosofía Iniciática* de los números.

Se representan generalmente los sephiroth con la figura que indicamos, formada por un cuaternario central (el *Tetragrama*) y un triple binario colateral que lo complementa. Sin embargo, pudieran igualmente representarse en las otras formas que hemos visto anteriormente para indicar la década, o sea, el triple triángulo, la irradiación novenaria y la *Tetraktis*, según puede verse en el grabado.

He aquí sintéticamente el valor filosófico de cada una de las cifras que se propone interpretar el mundo de las formas y de la apariencia visible con los Principios Absolutos y esenciales del Ser:



1. KETHER, la Corona o Diadema: es el emblema de la Unidad o primer principio originario de la manifestación, Padre o Manantial de la Vida, la esencia inmanente y trascendente de todo lo que existe.

2. CHOCMAH, el principio de la Sabiduría, o sea, la Madre y la Ley, esencia femenina y geométrica de la creación, la Razón Suprema o Chit, conciencia del ser.

3. BINAH, el principio de la Inteligencia y de la comprensión o conciencia individual, el Hijo nacido del Padre o Logos Creador, el Demiurgo o Voluntad iluminada que origina la manifestación.

4. CHESED, el principio de Gracia o Espíritu Santo, la Misericordia o Bondad divina que manifiesta la vida y origina los mundos.

5. GEBURAH, el principio de la Fuerza, de la Fe y

del Juicio, de la elección, del deber y del libre albedrío, la Voluntad hija de la razón que elige y determina la dirección individual.

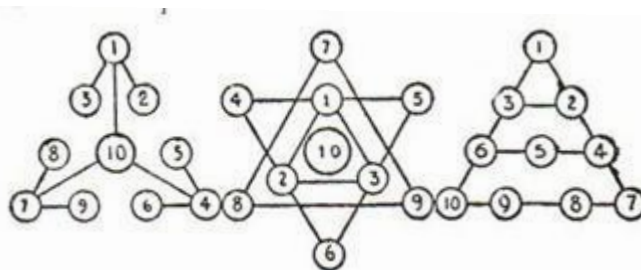
6. TIPHERETH, el principio de la Belleza y de la inspiración, del Ideal y de las aspiraciones humanas, del sentimiento y del Amor o Fuerza Atractiva que une a los seres.
7. NETSAH, la Victoria, o sea, el Triunfo de la Voluntad y la firmeza que establece el dominio del Ideal y asegura el progreso evolutivo de la manifestación.
8. HOD, la Gloria o esplendor que manifiesta la Gracia Inspiradora del G.. A., la coordinación armónica y la Ley de Justicia que gobierna todas las cosas y relaciona todo efecto con una causa y toda causa con un efecto.
9. YESOD, la fundación, el Arquetipo o base invisible de toda manifestación visible, el plan del G..A., esencia y principio profético de todo lo que puede hacerse y se hará, la potencialidad eterna de todo lo que fue y será.
10. MALKUT, el Reino del Ternario Divino en el Septenario de la Perfección, la clausura del ciclo en el cumplimiento de la Obra y su sello celestial.

El estudio de estos sephiroth, en sus relaciones con los números que les corresponden, es muy instructivo para la comprensión de los primeros principios que constituyen la base decimal del Universo. Como dice el Sepher Yetzirah: los Sephiroth son diez como los números: “diez y no nueve, diez y no once”.

Fácil nos es, por lo tanto, ver en ellos las potencialidades divinas que se ocultan en los números como Aspectos del Ser y que también pueden, simbólicamente, relacionarse con los diez primeros Arcanos del Tarot, con los que tienen manifiesta analogía, así como con las propiedades generales de los números que acabamos de ver.

COMBINACIONES TERNARIAS

Para mejor entenderlos será muy útil su división en los tres ternarios – según los números que forman objeto del estudio de los tres primeros grados masónicos-, debiéndose considerar el último como síntesis cíclica que los comprende y resume en la perfección de la Década.



El primer ternario muestra al Ser que se expresa como Sabiduría, reflejándose en la Inteligencia, y, por lo tanto, se refiere al SABER en sus tres aspectos.

El segundo ternario indica la manifestación armónica de la Gracia y de la Fuerza de la Belleza, y corresponde con QUERER. En el tercero, la Victoria manifiesta la Gloria o Esplendor Divino, o sea, el plan del G.:A.:., expresando el ATREVERSE. Y el reino o cumplimiento se resume en la contemplación silenciosa de la Perfección: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno”, o sea, = 10.

En el cuerpo del hombre o del Gran Adán Universal (Adam Kadmon, el Gran Hombre del Oriente), se hace corresponder la Corona con el vértice de la cabeza, la Sabiduría e Inteligencia con el centro y los dos hemisferios cerebrales, la Gracia y la Fuerza, con los dos brazos, la Belleza con el corazón, la Victoria y la Gloria con los dos pies, la Fundación con la base del cuerpo y el Reino con los órganos de la generación, entendidos como manifestaciones de la Fuerza o poder creativo en el hombre.

El árbol de los sephiroth también puede ponerse en correspondencia con los siete centros (o chakras), según los hemos visto en el “Manual del Maestro”, Malkut relacionándose con Muladhara, Yesod con Svadhisthan, Hod y Netas con Manipura, Tiphereth con Anahta, los dos binarios subsecuentes con Vishudha y Ajña, y Kether con el loto de los mil pétalos.

Finalmente, los diez sephiroth indican muy bien los diez oficiales del Santuario de los Maestros Secretos, y los correspondientes de una Logia Simbólica, de esta manera: Kether al maestro que se asienta en el Oriente, Chocmah al Orador, Binah al Secretario, Chesed al Hospitalario, Geburah al Tesorero, Tiphereth al Maestro de Ceremonias, Netsah al Pr.: Vig.:., Hod al Inspector o Seg.:Vig.:., Yesod al Experto y Malkut al Guardia interior. Puede notarse también la correspondencia de los lugares que ocupan, con el Árbol de los Sephiroth.

LA CAÍDA EDÉNICA

Desde otro punto de vista, el número 10 también indica la caída del hombre y su éxodo del Paraíso Terrenal: la unidad humana, o sea, el número 1, se halla, pues, excluida del círculo o 0 que constituye el jardín. Origen de esta exclusión es el mismo Poder de la Serpiente que de Tentador (número 6) reconvierte en Iniciador (número 9), por medio del equilibrio de los opuestos, o Ley de Justicia y Causalidad (número 8), conduciendo a la Individualidad (número 1), por efecto de su crecimiento, temporalmente fuera del círculo de la manifestación (el 0).

Algo análogo se verifica con el Hijo Pródigo de la parábola angélica, o sea, la unidad (número 1) que abandona la casa paterna (el círculo o 0), para

aventurarse en país extranjero (todo lo que se encuentra fuera del círculo o 0 originario), en donde desparrama toda su sustancia (divide su unidad en la serie numeral) y después de los sufrimientos y privaciones (números 5 y 6) aprende la divina necesidad de disciplinar y ordenar sus acciones (número 7) en armonía con la Ley (número 8), y de esta manera puede regresar nuevamente (número 9) a la casa paterna (el 10 como Plenitud).

En ambos casos el número 10 indica propiamente el regreso al punto de origen después de una larga peregrinación, representada por la misma serie numeral que tiene que ser recorrida por la Unidad en su camino involutivo-evolutivo: es el número 1 que se prepara para regresar en el 0, el hombre redimido por la iniciación que se encuentra nuevamente frente a las puertas del Edén, el hijo pródigo que se ha hecho sabio con la experiencia ganada en el sufrimiento, y que así puede regresar a la casa del Padre. Las dos alegorías se hallan así representadas simbólicamente por la serie numeral:

0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10,

que muy bien indica las diferentes etapas sucesivas de toda iniciación.

De la misma manera puede interpretarse aritmosóficamente la venida o caída de los hijos de Israel en Egipto, quienes, impulsados por las necesidades materiales (número 2), toman ese camino (número 3) y allí se establecen (número 4) hasta convertirse en esclavos (número 5) de este país que simboliza la ilusión de la materia. Con el número 6, que representa el nacimiento de Moisés – Mesías o Caudillo libertador- se manifiesta la esperanza y el principio de la redención, y empieza el éxodo (número 7) con la derrota de los egipcios (establecimiento de la Perfecta Justicia o número 8), y después de una larga peregrinación en el desierto (número 9), llegan nuevamente a la Tierra Prometida (número 10).

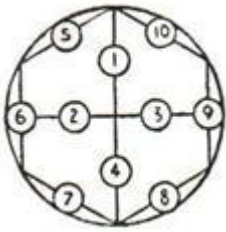
LA MÍSTICA ALIANZA

Representando el regreso de la manifestación unitaria individual a su Origen o Causa Primera – Edén, Casa del Padre y Tierra Prometida- el número 10 indica también la mística alianza que individualmente se establece con el Principio de Vida y que es, al mismo tiempo, causa, medio y efecto de dicho regreso evolutivo, después de un éxodo involutivo.

El número 10, que expresa esta alianza en el reconocimiento de 10 Leyes o Principios Morales de conducta individual, repartidas en 2 Tablas, se halla reproducido por los 10 dedos de las manos que se entrelazan y se unen mutuamente en el toque que realmente pertenece a este grado, y representa una unión más íntima y estrecha que en los precedentes.

La alianza, que se halla representada alegóricamente por el Arca y su contenido -**la vara de Aarón, el vaso de maná y las dos tablas de la Ley, o sea, un**

Cuaternario de realización- es la que establece una más perfecta unión y cooperación del 1 con el 0, o sea, de la Individualidad consciente con las infinitas potencialidades latentes de la Causa Primera. El número 1 reproduce en sí la vara del Poder de la Unidad, y el número 0 el vaso de maná –la sustancia que surge de las potencialidades latentes que son la nada aparente mientras los dos juntos en el 10 dan las dos Tablas de la Ley, la primera de las cuales indica los 4 deberes del hombre con el Principio de Vida (el centro del círculo, o sea, el número 1) y la segunda los 6 restantes que debe observar para con sus semejantes (la circunferencia o periferia del círculo que es el 0).



Geoméricamente, los 4 primeros deberes forman una cruz o cuadrante dentro del círculo, mientras los seis restantes miden hexagonalmente, con el rayo, el círculo de la manifestación individual. Así vemos que el número 10 no es extraño al problema de la cuadratura moral del círculo de la existencia.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Estos diez mandamientos no son simples preceptos elementales de moral exterior o profana, sino que abarcan un sentido esotérico o iniciático que se revela al estudio que de ellos hagamos con los conocimientos que hemos adquirido acerca del significado de los números.

El primero es la afirmación del Principio de Vida y de su Unidad absoluta: “Yo soy Jehová tu dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos. No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Es decir: “Soy el Ser que es por sí mismo, el Principio de Vida y de Luz que ilumina tu conciencia, que te sacó de las tinieblas profanas, de la esclavitud de la Ilusión. No tendrás otros principios, consideraciones o deberes delante de mí”.

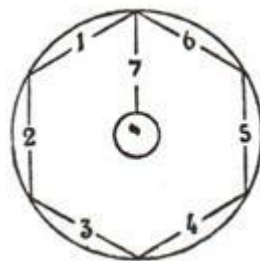
El segundo es la negación de realidad de todo lo que es reflejo, imagen o manifestación exterior: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas de la tierra; no te inclinarás a ellas, ni las honrarás, porque soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visitó la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos a los que me aborrecen y que hago misericordia en millares a los que me aman y guardan mis mandamientos”.

Este segundo mandamiento no significa, como puede creerse, la prohibición absoluta de formar imágenes exteriores de seres y cosas visibles e invisibles, sino que se refiere a los ídolos e imágenes que “nos hacemos” interiormente, cambiando esta nuestra ilusión por la realidad. En consecuencia, no es necesario que el ídolo se manifieste objetivamente: toda vez que anteponeamos en el santuario de nuestra íntima conciencia un “ídolo” o imagen que proviene de nuestra ilusión, al reconocimiento de la Realidad, que es el

Principio de la Vida en nosotros, faltamos a este mandamiento e incurrimos implícitamente en la sanción del mismo, que es pura y sencilla consecuencia causal de la Ley Unitaria. Todo error que en nosotros antepongamos a la Verdad, todo lo que nos hace esclavos de la Ignorancia, del Fanatismo y de la Ambición, es un ídolo que antepone al verdadero Dios; y otros tantos ídolos son las consideraciones materiales que prevalecen en nuestras decisiones, así como los males y las condiciones negativas de que hablamos y nos hacemos imágenes interiormente.

El tercer mandamiento se refiere a nuestra individual responsabilidad en el uso del verbo o palabra: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano”. Toda palabra que pronunciamos es una esencia que invocamos y evocamos por medio del poder del pensamiento, a la que nos atamos o con la que nos relacionamos en nuestra íntima conciencia; por esta razón “ninguna palabra puede pronunciarse en vano”, en cuanto su esencia se manifestará inevitablemente según la intención evocadora.

Por lo tanto, la Masonería –que tiene por lema fundamental las enigmáticas palabras con que se inicia el Ev.:. de S.:.J.:. –nos enseña como primera cosa a controlar y dominar la expresión verbal de nuestros pensamientos. Este control, claramente indicado por el signo del aprendiz, se halla confirmado por el signo de silencio que caracteriza a los Maestros Secretos: dominar toda palabra vana o



destruccion es un ejercicio del que no podemos prescindir antes de poder hacer de las mismas un uso verdaderamente constructivo. Sobre este punto nuestra Orden sigue, aunque en forma muy reducida, la huella clásica de la disciplina y enseñanza pitagórica, en las que también se les imponía a los novicios un período de cinco años, durante el cual debían tan sólo escuchar sin hablar.

El cuarto mandamiento hace hincapié sobre la necesidad de observar un séptimo día de descanso y recreación espiritual, para cerrar cada ciclo de seis días de actividad y comenzar uno nuevo: “Acordarte has del día de reposo para santificarlo: seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu sierva, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas: porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las

cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día, por tanto, Jehová bendijo el día del reposo y lo santificó”.

Este mandamiento es la expresión de un principio matemático que gobierna una necesidad cósmica: todo ciclo o círculo se mide, pues, exactamente con un polígono de seis lados iguales al radio, que viene a ser un séptimo elemento interior con relación al hexágono exterior. Toda obra o actividad es un círculo que se divide necesariamente en seis partes iguales al radio, y una vez terminado el ciclo hay que descansar, interiorizándose en este séptimo elemento santificador, destinado para preparar convenientemente una nueva obra o ciclo de actividad.

La elección del día es cosa de importancia secundaria: cualquiera que sea el día será un sábado o séptimo (el hebreo Shabbath quiere decir etimológicamente séptimo, habiendo después tomado también la acepción secundaria de descanso), después de un ciclo de seis días que le preceden. Lo esencial es hacer del mismo un día de interiorización santificante en el descanso de la actividad exterior, o sea, de toda obra dirigida por nuestro yo (nosotros mismos), o por nuestros propios pensamientos (nuestros hijos e hijas), nuestros deseos e instintos (la sierva, la criada y la bestia), y las palabras y sugerencias exteriores (el extranjero que está dentro de nuestras puertas). Hay que bendecir en este día todo lo hecho y santificarlo en nuestra íntima satisfacción.

El quinto mandamiento se refiere a la veneración que debemos a los dos Principios que manifiestan nuestra existencia individual: “Honra a tu Padre y a tu Madre porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”. Hay que notar que en este mandamiento no se consideran únicamente los padres terrenales que nos dan carnalmente el vehículo de nuestra existencia material: hemos de entender quiénes son espiritualmente nuestro Padre y nuestra Madre, de los que sacamos todos los días la esencia y la forma de nuestra manifestación exterior, para que la misma se haga más y más perfecta, fecunda, y se alarguen los días que la Senda del Progreso Vida nos ofrece en la existencia terrenal.

El sexto, conforme al místico significado de este número, nos recuerda el respeto que debemos a todas las manifestaciones de la Vida, con sólo dos palabras: “No matarás”. Este mandamiento puede entenderse en la plenitud de su significado sólo cuando alcanzamos en nuestra evolución espiritual el número 6 del principio Cristo –Daimon o Genio Individual- en el cual reconocemos la unidad de la vida de todos los seres de la que somos personalmente partícipes. No se refiere, pues, únicamente a matar materialmente o destruir la manifestación orgánica de un ser viviente –Templo de la Vida Única- sino también a todo lo que crea un impedimento y un obstáculo para la perfecta manifestación de esa Vida, según el Plan Divino y la Ley o Ideal interior. Toda palabra que hiera, todo pensamiento que no sea de benevolencia hacia quienquiera o cualquiera cosa se dirija, es una forma de matar y una infracción al sexto mandamiento.

El séptimo: “No cometerás adulterio”, se refiere a la infracción de la Ley de Perfección que el número 7 representa. Es adulterio todo lo que es causa de impureza o imperfección en nuestra conciencia interior y en su manifestación exterior, todo lo que nos aleja de la Belleza y pureza del Ideal o Verbo Divino que nos inspire, toda forma de apego a las condiciones y circunstancias materiales. Es igualmente adulterio toda forma de connubio de la Verdad con el Error, de la Sinceridad con la Mentira, de la Bondad con la Maldad, del Altruismo con el Egoísmo, del Amor con el odio, los celos y la pasión. Finalmente, es adulterio toda visión mixtificada que reconoce un principio del Bien y un principio del Mal, igualmente activa y operativa, y nos aleja así de aquella singularidad y sinceridad de visión que nos hace ver un solo Principio Benéfico Omnipresente, cuyo reconocimiento tiene el poder de alejar toda sombra u oscuridad de nuestra vida exterior.

Por consiguiente, la práctica de este mandamiento requiere un discernimiento iniciático, cuya perfección constituye el séptimo sentido o visión unitaria, poseyendo la cual “todo tu cuerpo será luminoso”.

El octavo mandamiento: “No hurtarás”, muestra la comprensión y aplicación de la Ley de Justicia y Amor que es dar, en vez de tomar o sacar. Todo lo que quitamos a la libre expresión de cada ser individual –ya sean cosas materiales o morales: vida, libertad, actividad, posesiones y posibilidades es un robo que hacemos a una manifestación de la Vida Única y un obstáculo o impedimento que creamos sobre el sendero de nuestro propio progreso evolutivo, en el cual encontramos limitaciones análogas a las que hemos contribuido a procurar, crear o establecer para los demás. También es un robo que hacemos a nuestro ser más elevado y a nuestro Ideal, toda vez que nos dejamos dominar y guiar por consideraciones de orden puramente material e ilusorio. E igualmente es un robo todo lo que omitimos dar pudiendo –robo que hacemos al mismo tiempo en contra de nosotros mismos (por ser Ley Suprema de nuestro ser la expresión o manifestación de lo mejor) y en contra de nuestros semejantes, que se hallan defraudados y retardados en su evolución, a consecuencia de lo que hemos dejado de dar o manifestar.

La sociedad tiene también que reflexionar con respecto al robo que considera su derecho perpetrar sobre la libertad individual, ya sea con leyes injustas o imperfectas, o bien bajo el pretexto de sanciones de crímenes, con las que frecuentemente se les usurpa mucho más de lo que debería a quienes se aprovecharon indebidamente de algo.

Nótese a este propósito que en la Masonería **-y en general iniciáticamente-** no existen derechos, sino únicamente deberes: los derechos pertenecen tan sólo a los profanos, que no conocen las verdaderas Leyes de la Vida y se creen con el deber de exigir algo de sus semejantes, sin percatarse de que esto constituye una violación de sus respectivas libertades.

El noveno: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”, es la Ley de Veracidad y la benévola discreción que constantemente se impone al Iniciado.

Los dos conceptos que es preciso aclarar sobre este punto son: “qué es la Verdad” y “quién es nuestro prójimo”. En relación con el primero, el Iniciado debe saber que la Verdad no se identifica con lo que nos relatan los sentidos o impresiones exteriores, y que hay que profundizar y ver lo que se oculta en lo íntimo de cada ser, cosa o persona, para ver cuál es en realidad su más verdadera intención o finalidad. En cuanto a nuestro prójimo, es aquél a quien, evidentemente, quien la Ley de la Vida pone intencionalmente en nuestro sendero.

Por consiguiente, nunca debemos hablar o pensar en contra de nadie que la Ley coloca en el camino exterior de nuestra vida, en falso testimonio, ya sea de nuestros sentidos, de nuestras primeras impresiones, de un juicio superficial, o de lo que otros puedan relatarnos acerca de él. Como el número 9 se refiere especialmente al Magisterio efectivo de nuestro Ser superior, que se consigue con la Suprema Iniciación (que nos abre la Puerta del Poder Divino representada por el número 10), siempre hemos de ver esa Chispa o Divina Potencialidad latente en cada ser, que constantemente se esfuerza en abrirse camino a través de las ilusiones materiales para evitar todo juicio, fruto de malquerencia, que sería como un golpe de la escuadra de hierro sobre su pecho, amortizando la llamada latente en su corazón.

Tampoco hemos de hablar falso testimonio en contra de nosotros mismos, evitando los dos extremos de un injusto desprecio y de la ceguera sobre nuestros defectos e imperfecciones, sobre los que hemos de aplicar constantemente aquella misma escuadra de hierro, junto con el compás de una Comprensión Iluminada, pues con la primera únicamente nos perderíamos más de una vez en el camino de la realización de nuestro Divino Destino, que es manifestar la gloria del mismo G..A..

Llegamos así al décimo mandamiento, o sea, la necesidad de matar, destruir o sublimar todo deseo de cualquier manera centrado sobre lo exterior: “No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

Nos hallamos con el número 10, delante del Poder de la Unidad, manifiesto y activo en el centro del círculo, que, como un sol brillante, debe encontrar en sí mismo y manifestar desde lo interior su propia Luz, proveyendo espiritualmente a todas sus necesidades materiales. Por lo tanto, este mandamiento se halla positivamente iluminado por las palabras que siguen de Luz en el Sendero:

- “Desea únicamente lo que está en ti.
- “Desea únicamente lo que está fuera de tu alcance.
- “Desea únicamente lo que es inasequible...
- “Aférrate a lo que no tiene sustancia ni conciencia.
- “No prestes oído sino a la voz insonora.

- “No mires más que lo que es invisible tanto al sentido interior como al exterior.

Así pues, nuestro deseo debe descentrarse gradualmente de todo lo que se halla manifestado exteriormente, y concentrarse en su Origen y Manantial interior, en el centro de nuestro Ser Individual, cuyas infinitas posibilidades latentes han de aparecer en nuestra conciencia, para después tomar forma o solidificarse en el círculo de nuestra manifestación objetiva.

Nuestra constante aspiración y supremo deseo han de ser manifestar desde lo interior, desde la sustancia espiritual de nuestro yo, partícipe de la íntima esencia y realidad de todo lo que necesitamos, deseamos y queremos ver exteriormente, sin codiciar o desear nada de lo que posea nuestro prójimo, al que ha sido dado- y no a nosotros- por la Ley.

Este décimo punto **-dedo o mandamiento de la Ley-** es de importancia esencial para alcanzar (más o menos rápidamente según lo observamos u olvidamos) la Suprema y Real Finalidad de nuestro progreso: aquella libertad en la Verdad que únicamente se posee obedeciendo a la Ley de los Astros que es consciente gravitación de nuestro Centro Individual, manifestando exteriormente la Luz, la Verdad, la Vida y la Sustancia, por medio de la actualización y realización de las posibilidades latentes en su propio ser.

OTRAS DÉCADAS BÍBLICAS

Desde el punto de vista de la simbología iniciática del número 10, no será inútil señalar la importancia fundamental de los primeros diez capítulos del Génesis, así como los diez Patriarcas anteriores al diluvio, y los diez libros fundamentales de la Biblia, es decir, el “Pentateuco”, los “Cuatro Evangelios” y el “Apocalipsis”.

El primer capítulo del Génesis nos muestra la Creación hecha en principio, o sea, en el mundo mental, como planes o ideas, que debían después manifestarse exteriormente. El segundo trata de la manifestación material u objetiva del hombre y de todos los seres vivientes. El tercero se refiere a la tentación, o sea, a la Inteligencia que come del fruto del Árbol del Bien y del Mal, alejándose de esta manera del Árbol de la Vida y de su estado primitivo de inocencia.

El cuarto capítulo trata de los tres hijos de Adán: la voluntad egoísta de Caín, quien sacrifica las aspiraciones espirituales simbolizadas por Abel, y la reconciliación evolutiva representada por Seth. El quinto habla de los diez Patriarcas comprendidos entre Adán y Noé; y el sexto de sus generaciones y degeneraciones, así como de la alianza entre Dios y Noé, el cual, a semejanza de Adán, tuvo también tres hijos.

El séptimo se refiere a la fábrica del Arca y al diluvio, en previsión del cual fue construida, permitiendo la supervivencia del justo Noé y de sus hijos. El octavo capítulo describe la cesación del diluvio y el sacrificio de Noé; el noveno la multiplicación de los Hijos de Noé (el número 9 es, pues, la multiplicación de 3) y el pacto entre Dios y el hombre, establecido simbólicamente por medio del arco, cuya relación con el arca no es aquí simple y casualmente fonética (aunque etimológicamente las dos palabras tengan un origen muy distinto):

- “Y dijo Dios: ésta será la señal del pacto que establezco entre yo y vosotros, y toda alma viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos”.
- “Mi arco pondré en las nubes, el cual será por señal de convenio entre yo y la tierra” (Génesis IX, 12-13).

Finalmente, el décimo capítulo habla de las generaciones de los hijos de Noé.

Los diez Patriarcas comprendidos entre Adán y Noé constituyen un primer ciclo humano completo y perfecto en sí mismo, que se cierra naturalmente con el diluvio o catástrofe cíclica que origina otro período del que el número 10 deviene la unidad inicial:

1. ADÁN	edad:	930	años
2. SETH	”	912	”
3. ENOS	”	905	”
4. CAINAN	”	910	”
5. MAHALALEEL	”	895	”
6. JARED	”	962	”
7. HENOCH	”	365	”
8. MATUSALEM	”	969	”
9. LAMECH	”	777	”
10. NOÉ	”	950	”

Los nombres y características de los Patriarcas (o épocas que caracterizan) tienen analogía con los números del orden y de la edad. Esta última oscila alrededor de los 900 años, indicando el ciclo particular al que cada uno se refiere y que se completa con el número 1.000 únicamente la edad de Henoche -**el séptimo**- es de 365 años, que corresponden con los días del año solar; característica es también la de Lamech -**el noveno patriarca**- que expresa la triple perfección del número 7 repetido tres veces.

En cuanto a los Diez Libros Fundamentales de la Biblia -**5 del Antiguo y 5 del Nuevo Testamento**- pueden considerarse igualmente una perfecta expresión de la década que empieza con el número 1 del Génesis, o principio originario de

todo, para acabar con el 10 de la final revelación, en la que se encierra el Plan de la Nueva Jerusalén, o sea, de una nueva creación.

Entre el 1 y el 5 se integra el Antiguo Testamento, que tiene que acabar **-en su parte esencial-** con el número 5 de la humanidad, con el Deuteronomio o segunda ley: “Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara” (Deuteronomio 34, 10).

Con el 6 empieza el nacimiento del Cristo en el centro de la Estrella, y su perfecto desarrollo (número 7), su muerte (número 8) y resurrección (número 9) en vida Eterna, o sea, el Nuevo Testamento que se refiere a la regeneración, así como el Antiguo expresa la generación.

EL CANDELABRO DE SIETE LUCES

La comprensión del décimo mandamiento hace perfecta la mística alianza de la criatura con el Creador, del Hombre con el Principio de Vida con el cual coopera conscientemente para la expresión de sus planes, que siempre han de manifestarse –como toda cosa o creación- desde lo interior a lo exterior.

Por esta razón el Arca ha de ser iluminada por el candelabro de siete luces, que son, a la vez, los siete Elohim o Creadores (manifiestos en los siete rayos, las siete Fuerzas Planetarias y en los siete Ángeles que se sientan delante del Trono de Dios), las siete virtudes, las siete Artes y los siete dones del Espíritu Santo: Sabiduría, Inteligencia, Consejo, Juicio, Fortaleza, Ciencia y Temor de Dios (Comprensión de la Ley).



Estas siete luces filosóficas deben iluminar y completar, en el Maestro Secreto, la Fe, la Esperanza y el Amor, cuyo práctico conocimiento ha sido objeto de los tres grados simbólicos. La Devoción y el Respeto a la Ley vienen primero y conduce naturalmente a la verdadera ciencia **-discernimiento y conocimiento de la Realidad-**. Este conocimiento es la verdadera Fuerza del Iniciado: la Fuerza Invencible que se hace manifiesta como fortaleza de carácter.

A su vez, la Rectitud de Juicio que nace de la firmeza en el discernimiento, es la base de todo sano consejo, sin el cual no puede haber verdadera inteligencia. Y la Sabiduría, que viene por último, es la primera en categoría, ya que comprende e integra en sí todos los demás dones. A ella se refiere Juan el Bautista, personificación de la Inteligencia, cuando dice: “Éste es el del que decía: El que viene tras de mí es antes de mí, es primero que yo”.

Las siete luces o fuegos deben encenderse y brillar en el Santuario de nuestra íntima conciencia, ante el Arca o receptáculo arcano, símbolo de aquella Alianza que nos convierte en verdaderos masones, Obreros Iluminados y Conscientes del Gran Arquetipo, que constantemente se dedican con Fe, Ardor, Libertad y Firmeza a la realización de sus planes, con un siempre más perfecto conocimiento y una siempre mejor observancia de sus Leyes.

EL ARCO IRIS Y EL ARCA DE NOÉ

Hay una manifiesta analogía entre el candelabro de siete luces que se encuentra ante el Arca de Alianza y el arco iris, con sus siete colores, bajo el cual se suele representar el Arca de Noé, con la que está asociado indisolublemente.



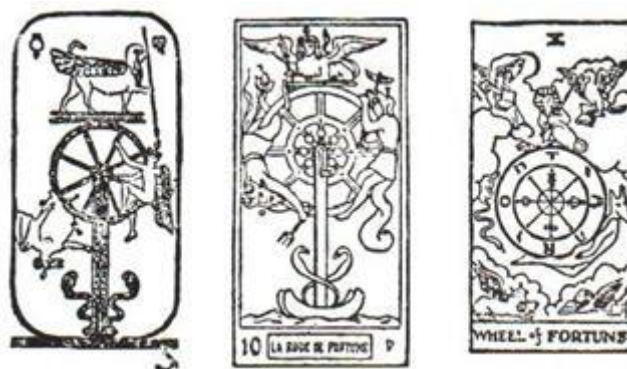
Debe notarse a este propósito que, también en la mitología pagana, el Arco Iris fue siempre considerado como un símbolo de las relaciones entre el cielo y la tierra, y la misma Iris fue personificada como Mensajera de los dioses, representándose con alas de oro, muy semejante a Niqué, la diosa de la Victoria, pero distinguiéndose por el caduceo que lleva en la mano, a semejanza de Mercurio.

Iris y Hermes (o Mercurio), en su calidad de mensajeros divinos, vienen a formar un binario en todo semejante al de los Querubines (igualmente ángeles o mensajeros) que encontramos sobre el Arca de Alianza, pues son ellos quienes establecen la relación sobre la cual descansa la alianza misma. En cuanto al Arca de Noé, no puede por cierto negarse su relación simbólica con el Arca de Alianza, de la que fue inspiradora. Esta última es, pues, una reproducción en pequeño de la primera, igualmente símbolo de alianza (o reciprocidad constructiva) entre el Hombre y Dios, que hizo posible la salvación del primero de los cataclismos naturales en que perecen los que no reconocen la Omnipotencia del Principio Divino que mora en ellos, estableciendo su alianza indispensable con ese Principio.

EL DÉCIMO ARCANO DEL TAROT

La rueda de la Fortuna, de la Vida o del Destino, que constituye el décimo arcano del Tarot, es un símbolo interesantísimo, como expresión alegórica de las potencialidades del número, Ley o Regla Soberana de la Vida y de la creación. Hay que acordarse a este propósito que 10 **-ni uno más ni uno menos-** son exactamente los sephiroth y los mandamientos.

Por estas razones el número 10 fue venerado en la antigüedad como divino o celestial, y el sistema decimal fue siempre conocido aunque, por considerarse sagrado, lo fuera sólo de los Iniciados. (Véase a este propósito lo que escribe H. P. Blavatsky en el volumen 1º de la Doctrina Secreta)



La rueda, que constituye la parte central de la figura, es un círculo que se mueve alrededor de su centro o eje, el ciclo de la manifestación, producido por la unidad central Inmanente y Eterna. El pie o sostén de la rueda es una expresión dual de la Unidad Central, que puede muy bien parangonarse a las dos columnas que sostienen el Templo del Universo. Esta dualidad se halla evidenciada por las dos serpientes que forman en el mismo un verdadero caduceo. En la figura que reproducimos, este pie flota apoyándose en una zátara sobre el mar de la Vida, o el Océano que constituye las aguas de la esencia primordial.



La rueda tiene 8 rayos, opuestos de dos en dos: esto quiere decir que se halla producida por la cruz de los elementos –el cuaternario de la realización- o por la irradiación centrípeta del eje. Sobre su circunferencia, o perímetro exterior, se apoya un ternario simbólico, constituido por Anubis -**el Genio del Bien que asciende del lado derecho**-, Tifón –el Genio del Mal que desciende del izquierdo- y la Esfinge, la Sabiduría Iniciática que se mantiene inmóvil en el centro en el más perfecto equilibrio, por encima de ambos.

La Esfinge, coronada por una corona de nueve puntas o por el símbolo del Azufre, tiene sus alas abiertas y desplegadas, indicando este particular que su apoyo se halla más bien en las regiones celestes; por esta razón se establece y se sienta en una posición de libertad y dominio, entre las dos opuestas fuerzas de la evolución, por encima de la ley alterna de los ciclos, llevando en la mano derecha la espada del discernimiento y poder.

Así debe establecerse el Iniciado, cuyo símbolo es el primer arcano, por encima de la Ley de los opuestos, sobre la tierra que le ha sido dada, en una

posición de dominio y equilibrio transmutador, avanzando el pie izquierdo en dirección al Oriente del Conocimiento, y manteniendo firme el derecho en el Occidente, sobre el terreno de la acción.

El ancho sombrero de esta figura iniciática tiene algo más que una simple analogía con el símbolo matemático del ∞ ; representa las infinitas posibilidades del círculo o cielo de la manifestación, en las que ha de centrarse la Inteligencia, para adquirir el poder de expresarlas exteriormente, y por lo tanto se relaciona íntimamente con las alas de la Esfinge que acabamos de ver.

La mano izquierda se eleva en un gesto que tiene analogía con el del Compañero, llevando la vara simbólica del Poder o conciencia de la Unidad, que debe convertirse en fulcro de la rueda de sus actividades.

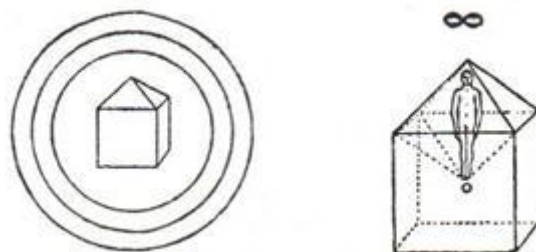
Y la derecha se extiende por encima de la mesa, sobre la cual se encuentran otros tres instrumentos mágicos, la copa del Saber o de la Comprensión, la espada del atrevimiento y el pantaclo del silencio.

Otros representan este mismo arcano con la vara en la mano derecha, expresando así la Voluntad, el querer, que hace efectivo el saber, por medio del atrevimiento y del silencio.

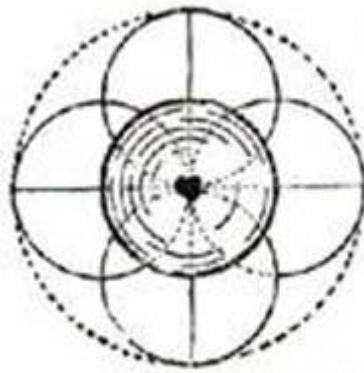
LA PIEDRA CÚBICA DE PUNTA, EL CÍRCULO Y LA ESFERA

Pertenece a este grado el símbolo de la piedra cúbica de punta como centro de un círculo o de una esfera, de los que debe hacer la cuadratura o cubatura. La piedra es, pues, el mismo masón que ha encontrado y levantado su propio centro ideal y espiritual, mientras el círculo representa la esfera de la actividad en la que se encuentra y actúa.

Volvemos así otra vez al punto de partida: al 0 o huevo primordial de la manifestación, que simboliza tanto el macrocosmos como el microcosmos y la unidad de ambos; pues en el fondo son idénticos en cuanto hay un solo centro y una sola manifestación y la ilusión de la separatividad cesa cuando uno alcanza la perfección del séptimo sentido de la Verdad.



Mientras el hombre ordinario es una unidad potencial todavía inconsciente de sus posibilidades y poderes latentes, el Iniciado que ha ingresado por sus propios esfuerzos en el Santuario del Ser -representado por el número 0 y al que se llega como consecuencia de un progreso o evolución en la serie numeral-



ha venido a ser una unidad activa y consciente, capaz de manifestar estos poderes, cuya efectividad tiene su raíz en la íntima realización de la conciencia. La piedra bruta o unidad amorfa se ha convertido en piedra cúbica, y ésta ha levantado su centro, que se ha transformado en el vértice al cual ascienden sus aspiraciones (los ángeles) y del cual descienden sus inspiraciones (los arcángeles), para realizarse tetragónicamente en la misma piedra cúbica de la personalidad regenerada, o de una actividad conforme con estos mismos principios.

Por lo tanto, la Piedra Cúbica viene a ser aquí la equivalencia de la Esfinge que toma su asiento sobre el vértice equilibrado de la Rueda de la Vida (círculo o esfera de la manifestación), o del Iniciado que levanta en la mano el Poder de la Unidad a la altura del círculo de su sombrero, para expresarlo con Juicio, Discernimiento, Rectitud y Firmeza en un cuaternario de realización (Copa-Bastón-Espada-Pantaclo, o sea, Saber-Querer-Atreverse-Callar) que corresponde con la cuadratura del círculo o esfera que lo rodea.

La comprensión del hecho de que nuestra piedra cúbica individual es centro de un círculo o esfera de pensamiento y expresión activa, del cual o de la cual debe hacer la cuadratura, manifestando el Orden del Plan Divino, en el caos de los errores, imperfecciones y fatalidades humanas, es efectivamente lo que hay de más esencial en este grado, digno complemento de los que lo preceden y preparación de los que lo siguen, y para acabar la obra que aquí únicamente se indica y puntualiza.

Es, pues, necesario que la Piedra Cúbica (cuyo Centro Elevado es el Santuario del Ser y el mismo corazón de Hiram), se transforme, por medio de la luz recibida y asimilada desde lo interior, en verdadera piedra filosofal. Y para esto se necesitan las sucesivas operaciones que conducen a la formación



de la mística rosa y a su realización en la Cruz de la Perfección, con el poder de regeneración de la sangre del Pelicano y su sublimación en el Águila Coronada.

Sin embargo, la base de todo es el principio de realización filosófica que aquí se indica: la Piedra Cúbica ha de ser centro efectivo del círculo o esfera de su existencia y actividad, dominándolo rectamente así como la Esfinge domina la rueda del destino, y efectuando la mística cuadratura que es la Cruz de la Regeneración y de la Perfección, sobre la cual el Águila o Esfinge Coronada extenderá sus alas. Y la cuadratura de la esfera conducirá a reconocer en su superficie cuatro círculos iguales que han de corresponder perfectamente con los cuatro brazos de la Cruz.

LAS LETRAS DEL ALFABETO

Cabe en este grado completar el estudio de las letras del alfabeto, que hemos empezado en los de Aprendiz y Compañero.



La letra M reproduce en su forma originaria las ondulaciones de las aguas, siendo este último exactamente el sentido del nombre hebraico de la letra mem. En ese sentido, y como decimotercera del alfabeto primitivo de 22 letras, se refiere al Misterio del Nacimiento (entendiendo las aguas como semen) y de la Muerte, y por ende a la regeneración, que es combinación y sublimación de aquéllos.

Esta letra –una de las tres letras madres del alfabeto hebreo- es la inicial de masón y maestro, de mysto y misterio, de mago, magnitud y muerte, así como de la Palabra Sagrada del tercer grado. Podemos ver en ella las dos columnas y el lazo que las une, cuyo levantamiento formará el arco real del Magisterio.

Su valor numérico 40 en hebraico y 1.000 en cifras romanas multiplica la década en el ciclo cuaresimal de todas las purificaciones, y la eleva a su triple o cúbica potencia.

La N es en hebraico nun, el “pez” o Vida, la eterna Afrodita nacida de las aguas madres, y tiene relación con el producto de la purificación: la Gnosis, conocimiento o Sabiduría que con ella se alcance (el dios caldeo Oán, considerado a semejanza de Thoat en Egipto como el Iniciador y la Fuente de toda Sabiduría, tiene precisamente cabeza de pez). Esta letra es la tercera y última consonante en el nombre de masón y en la Palabra Sagrada de Maestro; simbólicamente, en su forma grecolatina, tiene analogía con el aleph hebraico y nos muestra el ligamento que una las dos columnas, acentuando en ellas el carácter de fuerza respectivamente ascendente y descendente.

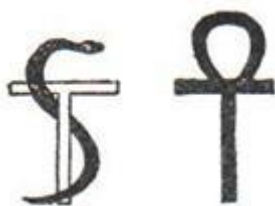
La forma fenicia de esta letra tiene analogía con el látigo o férula, y con emblemas análogos empleados simbólicamente, que podemos ver en la mano de figuras antiguas.



El O, cuyo correspondiente simbólico y ordinal es en hebraico ghain, aparece en un círculo que representa el huevo, el ojo y el sol. Por lo tanto, esta letra es muy importante para el maestro secreto y, con las dos precedentes, forma una especie de trinomio de magisterio, análogo al trinomio MBN de la palabra de Maestro y a MSN de la palabra masón. Ojo es también el sentido de la letra ghain, fonéticamente característica de los idiomas semitas, la decimosexta de aquél alfabeto, con valor numérico 70.

La forma latina de la letra P se acerca a la hebrea más bien que a la griega; esta última nos presenta la perfecta arquitectura de una puerta, con sus dos columnas y el arquitrabe, mientras la primera es un símbolo de preeminencia, elevando un semicírculo, a semejanza de banderilla, por encima de un asta o línea vertical. En el alfabeto hebraico es decimoséptima, con valor numérico 80 y su nombre pe o fe significa “boca”; en correlación con la precedente hace referencia al signo de silencio que acompaña la visión secreta de la verdad. La Q o qoph –decimonona letra hebrea, con valor numérico 100- nos presenta la forma característica de bonete distintivo de un alto oficio sacerdotal o regio; es, pues, como la precedente, un símbolo de preeminencia y elevación. En hebraico denomina la parte posterior de la cabeza, y en griego se encuentra como numeral, con el nombre copa y valor 90.

La forma griega de la letra R es idéntica a la P latina; la latina aparece como fusión de P y Q, es decir, una Q elevada. Su nombre hebraico resh significa “cabeza” (nótese la identidad fonética con resh o rish sánscrito “profeta, vidente”), siendo la vigésima letra con valor numérico 200. Las letras PQR constituyen un trinomio de nobleza y exaltación.



La S latina es una serpiente, cuya forma tiene analogía con la de la letra hebrea tsad, mientras la sigma griega, triforme, se relaciona igualmente con la primera y con shin y samek; esta última significa “sostén”, con valor numérico 60, mientras shin tiene el sentido de “diente” y vale numéricamente 300. La suma de las dos equivale, por consiguiente, a los 360° del círculo y a los días siderales del año solar.

La S y la T son dos símbolos que se complementan: este último es masónicamente la unión de la perpendicular con el nivel, e iniciáticamente la cruz o martillo de Thor (el dios Marte), reproducido por el malleto de las tres luces, emblema equivalente a la escuadra del Venerable de una Logia simbólica. La unión de las dos letras forma el símbolo significativo, que reproducimos: la fuerza serpentina que actúa sobre el tau individual, para después levantarse hasta la cumbre, formando así el otro emblema conocido con el nombre de cruz ansada o Llave de Isis. En hebraico tau significa “cruz”, terminando como vigésima segunda letra del alfabeto, con valor numérico 400. La U es letra moderna derivada de V, como la G de C, por la necesidad de distinguir entre los dos sonidos, adquiriendo una forma práctica idéntica a la “griega”: es una curva que desciende y sube –la humillación o descenso a los infiernos, preliminar necesario de la exaltación o sublimación. En lengua hebrea se identifica fonéticamente con la vau.

La V muestra el equilibrio de las dos fuerzas descendente y ascendente o tendencias centrípeta y centrífuga de la creación.

Como ángulo invertido es también el símbolo de la parábola, o sea, del arco involutivo-evolutivo que constituye la esencia de toda creación o manifestación: la involución de la Conciencia en la forma, y la consecuente evolución de ésta, bajo el estímulo de aquélla, para que así puedan manifestarse progresivamente las posibilidades inherentes en ambas, hasta que la Conciencia, dominando por completo la forma, la supera y se libra así de su necesidad. La letra W, de origen más reciente en los alfabetos modernos, reproduce, sin embargo, por su forma, la shin semítica y el sigma griego; también puede considerársela como una M invertida, y por ende la elevación equilibrada que se establece en la concurrencia de dos arcos involutivos. Es decir, algo análogo a la esfinge sentada en la tangente de la Rueda del Destino, que acabamos de estudiar. Con esta letra, por lo tanto, bien pudiera terminarse un alfabeto iniciático.

La X –análoga a las dos griegas χ y $\acute{\epsilon}$ –es una cruz que muestra la focalización de un centro elevado de las aspiraciones e inspiraciones del hombre: los ángeles y arcángeles que suben en la mística escalera. La importancia de esta letra se nos hará más evidente en grados superiores. Lo mismo hemos de decir de la Y, que muestra la expansión del yo individual en la conciencia cósmica y el árbol de la vida, mientras Z es el rayo o Poder del Fuego que une la tierra con el cielo y que todo Iniciado, nuevo Prometeo, debe lanzarse a conquistar.

EL DIEZMO

No podemos dejar el estudio iniciático del número 10 –de la triple tríada que resume y concentra los poderes desarrollados en su evolución, en la unidad originaria- sin tratar la bíblica obligación del diezmo, a la que se sujetó voluntariamente el mismo Abraham, con relación al Rey Iniciado Melquisedec.

Según relata el capítulo XIV del Génesis: “Salió el Rey de Sodoma a recibirlo (a Abraham) ... Entonces Melquisedec, rey de Salem –el cual era sacerdote del Dios alto- sacó pan y vino; y bendíjole, y dijo: Bendito sea Abraham del Dios alto, poseedor de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios alto, que entregó tus enemigos en tu mano. Y dióle (Abraham) los diezmos de todo”. (Esclarecen este punto del diezmo las palabras evangélicas (Mateo, VI, 20): “Más haceos tesoros en el Cielo ... porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón”; y el capítulo III de Malaquías: “Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi Casa (pueda ser alimentada la Causa de la Verdad), y probadme ahora en esto si no os abriré las ventanas del cielo (las inspiraciones que hacen prosperar toda actividad), y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde (no como premio, sino como efecto y consecuencia del reconocimiento efectivo del Principio Espiritual de toda prosperidad).

La obligación del diezmo, que constituía parte importante de la legislación judía, es la obligación universal que todos los Iniciados en la Verdad tienen de contribuir fielmente con una parte de sus ingresos –que no debe ser inferior al diezmo- en aquella forma libremente elegida que juzguen más oportuna y eficaz, para sostener la Causa de la Verdad y del Bien.

Debe ser este diezmo una libre oferta enteramente desinteresada que el Iniciado o Maestro Secreto hace directamente al G..A.., según la particular inspiración que recibe en el santuario de su íntima conciencia, dando constante y fielmente cuando menos la décima parte de todo lo que recibe o llega a poseer, como voluntario y gustoso tributo al Principio Invisible, que es Origen, Fuente, Manantial y Realidad de todo, para que su luz triunfe y se disipen las tinieblas de los errores. Haciéndolo así muestra y demuestra su íntimo reconocimiento espiritual superior a las consideraciones materiales, y su cualidad de iniciado, distinguiéndose de los profanos, que se hallan constantemente dominados por estas últimas.

Por consiguiente, el diezmo viene a ser un complemento práctico y necesario del principio positivo que brota del estudio del décimo mandamiento, o sea: considerar como Fuente, Manantial y Providencia espiritual de todo al Centro Interior y Divino de nuestra Vida, al Yod misterioso que se esconde en medio del Delta Central del Santuario de nuestro ser, descentrando la atención de las Fuentes materiales y considerándolas únicamente como cauces a través de los cuales el Principio Sustancial de todo puede manifestarse como providencia actual de lo que necesitamos materialmente.

Así únicamente puede el Maestro Secreto, en cualquier circunstancia, cesar de ser esclavo de las consideraciones materiales y realizar la Divina Libertad del Espíritu. El diezmo es manifestación paralela concomitante y

demostración del individual reconocimiento de este Principio, que lo hará prácticamente operativo en la vida; y una vez se realice constituirá el mejor y más deseable seguro, ayudando al establecimiento del orden divino en el caos del mundo, oscurecido por los errores y prejuicios profanos.

Pues no menor que la importancia individual y psicológica es el significado y valor social del reconocimiento de la Ley del Diezmo, cuya fiel aplicación únicamente puede sostener y llevar al triunfo las ideas y movimientos progresistas, que constituyen la sal de la tierra, sin la cual no hay esperanza de que puedan resolverse los problemas, temores y dificultades materiales que atormentan el mundo de hoy, y que precisamente tienen su raíz en la visión material de la existencia.



CUARTO GRADO



Cuarta Parte

Aplicación Moral Y Operativa De La Doctrina Simbólica Grado

3

Discernimiento - Realidad central e ilusión periférica - La autopsia - “Los que saben y los que no saben” - El bien y mal - Importancia y utilidad de las cosas - Verdad y error - Egoísmo y altruismo - Querer - Sublimación de los metales - La esencia interior de las cosas - Atreverse - Actividad desinteresada - Las seis cualidades - Dominio de la mente - Dominio de la acción - Tolerancia - Contentamiento - Unidad y consistencia de propósito - Confianza - Callar - El poder del silencio - Disciplina exterior - Realización interior - La práctica de concentración - Ejercicio - Conclusión.

CUARTA PARTE

APLICACIÓN MORAL Y OPERATIVA DE LA DOCTRINA SIMBÓLICA DE ESTE GRADO

Los cuatro puntos que caracterizan al Maestro Secreto pueden muy bien resumirse en el cuadrinomio **Saber-Querer-Atreverse-Callar**. Sin embargo, este cuadrinomio iniciático (al lado del conocido trinomio libertad-igualdad-fraternidad) debe entenderse y realizarse en aquel espíritu que se produce en nosotros con la iniciación, pues su comprensión profana estaría muy lejos de su entendimiento inspirador.

Forma este cuadrinomio, con las cuatro virtudes cardinales -**Prudencia, Justicia, Templanza y Fortaleza**- los cuatro ángulos del Santuario de la vida regenerada, en los que, según el ritual del quinto grado escocés, se encuentran cuatro grupos de cuatro columnas y sobre cada columna cuatro luces encendidas- imagen de la cuádruple comprensión y fecunda multiplicación del cuaternario y de su irradiación octonaria, que tiene que difundirse universalmente y dominar todo el mundo de la manifestación. Cada una de las cuatro virtudes debe, pues, realizarse en los cuatro términos del cuadrinomio, formándose así los cuatro grupos de cuatro columnas, y cada columna debe ser iluminada por su cuádruple entendimiento y finalidad, que hace fecundos sus benéficos efectos, multiplicándose en las cuatro direcciones cardinales del espacio.

SABER

Saber es, al mismo tiempo, el primer punto y la finalidad del cuadrinomio: expresando lo que conocemos en nuestros deseos, aspiraciones y voluntad, y realizándolo en la acción, volvemos con el silencio a la muda concentración que se manifestará en un grado más profundo y elevado de Conocimiento y Saber.

Por lo tanto, el Saber, interpretado iniciáticamente -**según el significado del latín scire y sapere, de los que derivan scientia y sapientia**-, nos otorga el conocimiento y la conciencia que, así adquirida o realizada, dará gusto o sabor (sapor tiene la misma etimología que sapientia) a nuestra mentalidad. Scire es “sentir, percibir o ver interiormente”, relacionándose esta palabra con la raíz indoeuropea CI, de la que deriva también el sánscrito Chit, principio abstracto de la conciencia, y Chitta, la mente.

Así pues, la Sabiduría verdadera se realiza constantemente en el centro - **en aquel místico centro que es el Santuario Individual de nuestro ser**-

coincidiendo con la actividad centrípeta de nuestra personalidad: todo lo que se dirige hacia el Centro tiende a la Sabiduría, y ésta se hace efectiva según la profundidad lograda por el movimiento centrípeta. Si tal movimiento interesa sólo a la superficie de la mente, reproduciendo en ésta las imágenes de las cosas y reflejos de ideas exteriores, tendremos como resultado un mero conocimiento superficial e ilusorio, pues lo real de las cosas se percibe únicamente con lo real de nuestro mismo ser.

Para llegar a la realidad hemos de reflexionar: interiorizarnos e identificarnos dentro de nosotros mismos, con lo que deseamos saber y conocer. Conseguimos el verdadero y supremo conocimiento cuando sentimos y percibimos nuestra unidad con el objeto del mismo conocimiento. Por consiguiente, partiendo del dualismo entre el yo y aquél, debe esto resolverse en una experiencia de síntesis unitaria que coincide con la Sabiduría.

DISCERNIMIENTO

El verdadero conocimiento, que es Sabiduría, se realiza por medio del discernimiento -**la capacidad de penetrar, ver y comprobar lo real en toda cosa y distinguirlo de su apariencia ilusoria o irreal**-. Por lo tanto, el saber se identifica iniciáticamente con la calificación del discernimiento (viveka o discriminatio) entre lo real y lo irreal, cuyo desarrollo caracteriza la madurez de la inteligencia.

Esta facultad es el reconocimiento de un grado más profundo de realidad, de lo que es interior e ideal con respecto a lo que es exterior y material; o sea, exactamente lo contrario de lo que ocurre al hombre todavía dominado por la Ilusión de los sentidos. En otras palabras, aunque en absoluto nada puede llamarse irreal por ser todo necesariamente una manifestación de la Realidad que es la Existencia en sí, el discernimiento filosófico e iniciático es la facultad con la cual penetramos, por medio de nuestra inteligencia, desde la periferia al centro de la manifestación y reconocemos que lo Real se halla en razón directa de la Espiritualidad, Trascendencia e Inmanencia.

Es más real lo que más se acerca al Ser y a la esencia trascendente de las cosas, lo que permanece y queda como fulcro y testigo de todos los cambios y variaciones exteriores; igualmente es menos real (y comparativamente irreal) lo que constituye la superficie, especies o aspecto exterior de una determinada cosa, lo que se halla sujeto a cambios y variaciones, que hacen de la misma sustancia algo distinto. En otras palabras, la Realidad es lo que constituye la esencia y sustancia de todo, mientras todo lo que es forma variable y transitoria debe considerarse como irreal o ilusorio.

Se identifica, por ende, la Realidad con el Mundo de los Principios o nómenos, con el Oriente simbólico al que se llega en el curso de todo viaje o progreso masónico, siendo éstos los planes simbólicos, ideas o manifestaciones directas y eternas del G.·A.·. Entre los estudios de los hombres, las ciencias

matemáticas son las que más se acercan a la Realidad Pura; por consiguiente, toda verdadera ciencia o conocimiento debe expresarse y realizarse en términos matemáticos, o sea, independientemente de las circunstancias y contingencias exteriores y variables.

Los números son realidades de un orden superior a todas sus aplicaciones, por la sencilla razón de que preexisten y perduran después de ellas, con los mismos caracteres divinos de la Inmanencia y de la Trascendencia; lo mismo puede decirse de todos los Principios y Leyes que se estudian en el quadrivium.

Este criterio filosófico debe aplicar el Iniciado a todo cuanto constituye el objeto de sus estudios y reflexiones, sin dejarse desviar por el dominio de la apariencia, que, por ser exteriormente evidente, no posee los caracteres de trascendencia e inmanencia que caracterizan los principios matemáticos: según encuentra y realiza su centro, apoyándose en la Realidad, o sea, se basa sobre la periferia de las contingencias exteriores, será dóninus de dicho dominio o dominado por el mismo. A esto se refiere el conocimiento de la Verdad que nos liberta de toda esclavitud o servidumbre: ante todo de la esclavitud del error y de la ilusión; luego del mal que en el error tiene su raíz, y finalmente de toda limitación que es en sí, fundamentalmente, ilusoria.

REALIDAD CENTRAL E ILUSIÓN PERIFÉRICA

El problema del círculo y de su cuadratura que se presenta al Iniciado en este grado, cuando regresa del Oriente y se halla en los dominios del Occidente, tiene relación con este fundamental discernimiento que sabe distinguir entre la realidad central y la ilusión periférica.

Aprendiendo a concentrarse, o sea, descendiendo a las profundidades de sí mismo, el Iniciado encuentra un siempre más firme apoyo o Poder de Gravitación Individual en la Realidad, y aumenta correspondientemente la potencia expresiva o irradiación activa de dicho Centro, produciendo una Fuerza Centrífuga de Voluntad Realizadora igual en intensidad a la Fuerza Centrípeta de la concentración con la que llega a conocerse. Por esta razón se ha dado tanta importancia en todos los tiempos al conocimiento de sí mismo, por ser ésta la única senda, recta y angosta, que nos puede conducir individualmente a la percepción de lo Real.

La Realidad es siempre central y siempre se consigue en un centro, sea éste simbólicamente la Cámara del Medio, la Tumba de Hiram o el Santuario del Ser, el centro de la Piedra Cúbica, del Círculo o de la Cruz: para acercarnos a ella siempre hay que dejar tras de nosotros la periferia o apariencia exterior, buscar este Centro, establecernos firmemente en el mismo y manifestar o irradiar las infinitas potencialidades latentes que en el mismo encontremos. En este centro se encuentra el Criterio de la Verdad bajo la forma de los cuatro ángulos rectos producidos por dos líneas perpendiculares que constituyen la

escuadra o norma con la que debe rectificarse la expresión exterior, o sea, el círculo de la manifestación.

Toda experiencia de la vida se halla efectivamente destinada a estimular la autoconsciencia del centro individual y, como consecuencia y reflejo natural, su poder de expresión. Esto se consigue descentrando la atención de la periferia, o sea, de lo que se halla exteriormente manifiesto, y concentrándola sobre el mismo yo, a la vez objeto y sujeto del conocimiento; descentrándola de la multiplicidad exterior, de los infinitos puntos que se suman en la circunferencia, como otros tantos reflejos del único punto central, y concentrándola sobre éste, que constituye la Unidad de todos.

Una vez encontrada la Realidad Central y Unitaria, hay que manifestarla exteriormente en el poder de comprensión que se halla simbolizado por el compás y que mide nuestras posibilidades y potencialidades activas. Y sobre cada punto de la circunferencia descrito o trazado con la ayuda de este instrumento, debemos aplicar la escuadra que expresa la rectitud interior del Juicio: así se logra la cuadratura o perfección de la manifestación.

Por consiguiente, el poder comprensivo de nuestra inteligencia no debe nunca separarse de la norma o Criterio de la Realidad que encontramos en nuestro propio Centro Interior, y de esta manera la ilusión periférica del Círculo o Ciclo de la manifestación puede ser dominada por la realidad central de nuestro Ser que es fulcro y Eje permanente e inmanente de la misma.

LA AUTOPSIA

El nombre griego autopsia, usado con referencia a los Misterios, caracteriza la “visión de uno mismo”, que es resultado de la concentración en el silencio y el principio de todo conocimiento real.

Sin embargo, verse a sí mismo, en su sentido iniciático, no significa ver el reflejo exterior de la forma física en un espejo, ni el reflejo de la personalidad en la mente: son éstas dos ilusiones periféricas de la realidad central, en la que debemos individualmente concentrarnos para conocernos y vernos verdaderamente.

La personalidad, en su doble aspecto físico y mental, con determinadas cualidades y facultades, virtudes y defectos, es siempre un reflejo exterior **-en la materia física o en la sustancia mental-** de lo que somos interiormente y constituye la individualidad. Por lo tanto, sobre ésta únicamente debe concentrarse la atención, para llegar a esa verdadera autopsia.

En otras palabras, nunca se conoce a sí mismo, iniciáticamente, quien concentra su atención sobre cualquier manifestación periférica de su personalidad, sobre todo lo que reviste su “yo” de formas visibles o invisibles, facultades, poderes, pensamientos y actividades, todo esto es heteropsia, o sea, visión de la arquitectura exterior e interior del Mausoleo o Sepulcro de nuestra

vida verdadera: de la Realidad en nosotros, eterna, inmortal e incorruptible como el mismo corazón de Hiram. La verdadera autopsia comienza con el reconocimiento del Centro Individual de nuestro ser y de su realidad superior a la de toda manifestación o expresión personal y se hace siempre más efectiva adquiriendo la conciencia de todo lo que en nuestro “yo” se encuentra en estado de posibilidad latente que espera su expresión.

Simbólicamente hemos de dirigirnos del 0 de nuestra existencia personal al punto individual del Yo Divino en nosotros y activar su potencialidad latente en un rayo de Luz, que constituye el 1 que lo valoriza para manifestarse en el 10 de sus potencialidades expresadas o evidentes. Después, el 1 se convertirá en otro 0 en donde hay que buscar y poner en evidencia la unidad central que hará 100, y así la Individualidad multiplicará hasta el infinito sus poderes y posibilidades.

“LOS QUE SABEN Y LOS QUE NO SABEN”

Como reza sencillamente un áureo librito que, en otras palabras, se refiere a este mismo cuaternario de realización: “Sólo existen en el mundo dos clases de hombres: los que saben y los que no saben; y lo que cuenta es este conocimiento. La religión que un hombre profese, la raza a la que pertenezca, no tienen importancia; lo que realmente interesa es este conocimiento”.

Cualquiera sea su creencia, los que no saben son paganos o materialistas -**adoradores de deidades que pueden llamarse riquezas u honores, comodidades y necesidades, errores, ilusiones y temores de distinta naturaleza, dificultades y preocupaciones-**.

Su atención se halla localizada hacia lo exterior -**la ilusión periférica**- habiendo elegido “el amplio camino que conduce a la perdición”, por cuanto aleja a uno de la conciencia central de la Realidad y lo hace perder en la ilusión de la separación.

Los que saben, al contrario, son los verdaderos fieles de todas las religiones y pertenecen a una sola: la Religión Universal de la Verdad, de la cual las demás son distintos aspectos, formas y adaptaciones particulares. Su atención se enfoca hacia el centro, más bien que hacia la periferia; hacia el espíritu interior, más bien que hacia la forma exterior, y ven y juzgan rectamente respecto de la Realidad: por lo tanto, eligen el sendero angosto que lleva a la Vida, cuya puerta es estrecha “y que pocos -**un reducido número, en relación con la gran mayoría de los hombres-** son los que la hallan”. Los primeros, extraviados por los errores que les han hecho perder de vista el criterio de la Realidad, no saben que existe un Plan Divino para todos los hombres -**que es la evolución o desarrollo desde el interior a lo exterior-** y en vez de cooperar conscientemente con este Plan (en el que únicamente se encuentra la verdadera

libertad) se dejan guiar por sus ilusiones y se convierten en otros tantos esclavos inconscientes de la Fatalidad.

Mientras los segundos, habiendo encontrado la verdadera luz que alumbra desde adentro “a todo hombre que viene a este mundo”, y siguiéndola fielmente, se ponen en armonía con el Plan Divino, con el cual cooperan conscientemente, convirtiéndose en Obreros del G..A.. La Masonería ofrece esta luz a sus adeptos que se inician en el secreto de la mística Doctrina expresada por sus símbolos y alegorías.

LA LUZ DE LA REALIDAD

La Luz de la Realidad es la que se nos hace manifiesta individualmente en el más elevado punto de vista interior. Esto quiere decir que no es la misma constantemente, aunque brote de idéntica Fuente, sino que se hace más elevada, más brillante, más clara, más límpida y pura a medida que asciende nuestra vida interior. Llegando a la percepción de un más elevado aspecto de la Realidad, lo que dejamos atrás **-a pesar de que antes fuera realidad para nosotros, y siga siéndolo con respecto a lo que es inferior o más material-** es ahora comparativamente ilusión.

En otras palabras, si bien desde un punto de vista objetivo **-y también absolutamente en su substancia-** las cosas que nos rodean y el dominio de los hechos son realidad (realidad objetiva o sensible)- nuestro concepto de las mismas, la idea que de ellas nos formamos y el valor que individualmente les atribuimos, constituyen una realidad de orden superior a la precedente (la realidad subjetiva o mental) que, con respecto a ésta, es comparativamente ilusoria. Ahora, sea ultra las cosas mismas, sea como consecuencia de las ideas que nos formamos de ellas y del valor que les atribuimos, hay una realidad más elevada, que es la esencia única, el Manantial Primero, trascendente e inmanente de las unas como de las otras: ésta es la que se llama Realidad Absoluta o Trascendente, con respecto a la cual las dos realidades exterior e interior (objetiva y subjetiva) son y se convierten en una dúplice ilusión.

Por lo tanto, progresamos en el sentido de la Realidad, y nos acercamos siempre más a ella, según nos alejamos de la material evidencia exterior y nos adentramos y elevamos en el Reino Ideal de la Abstracción. El idealista vive en un plan de realidad superior al materialista; pero la “verdadera luz” que buscamos trasciende el Reino de las Ideas, así como este Reino interior trasciende el dominio exterior de los hechos.

Con esto no queremos significar que nos tengamos que abstraer por completo de lo material, o simplemente descuidarlo: bien al contrario, el dominio material de los hechos es, actualmente, nuestra necesidad de expresión, y como tal ha de ser dominado individualmente, para que haga manifiesto el Reino de las Ideas, iluminado por la Luz de la Realidad. En otras palabras, lejos

de descuidar lo material, o dejarlo fuera de nuestra consideración, debemos cuidar que sea una siempre más perfecta expresión de lo que somos, encontramos y realizamos anteriormente, cooperando con el G..A..D..U.. para que en esa misma materialidad se manifiesten debidamente sus planes.

Así pues, partiendo de nuestra expresión material como base sobre la cual se apoyan firmemente los pies del entendimiento objetivo y relativo **-que son también los instrumentos simbólicos de todo progreso-** hemos de buscar interiormente, en el más alto, elevado e ideal dominio de la abstracción, la única y verdadera luz que puede guiarnos e iluminarnos, y esforzarnos constantemente en manifestarla en el dominio práctico de la vida; pues esta misma Luz, como toda cosa o talento material o espiritual, se nos da y proporciona únicamente para el uso que de ella sepamos hacer.

Así se distingue el Maestro Secreto, como “Idealista práctico”, del que se pierde, con la escuadra del Juicio, en el dominio interior de la Abstracción, olvidando el compás con que debe medir y realizar su expresión.

EL BIEN Y EL MAL

Ingresamos ahora en un aspecto o fase sucesiva de discernimiento: lo que nos hace reconocer prácticamente, desde el más elevado punto de vista, lo bueno y lo malo.

Como criterio general debe considerarse bueno lo que ayuda y favorece el progreso individual, y malo todo lo que retarda y obstaculiza. Esta distinción es la que mejor puede guiarnos en un justo, recto y práctico discernimiento, aplicable a todas las contingencias y circunstancias de la vida; y todo lo que la vida nos presenta –oportunidades favorables como pruebas en apariencia desfavorables- debe utilizarse sabiamente en este sentido.

Ante todo hemos de convencernos de que lo que tiene más valor no son las cosas y condiciones en sí mismas, sino nuestra propia actitud **-la actitud que elegimos-** respecto de ellas. Toda condición o circunstancia, cualquiera que sea, es una oportunidad favorable para algo que debemos aprender y manifestar, una ocasión que se nos brinda para revelar y demostrar lo más elevado en nosotros. Las mismas tinieblas son condición necesaria y oportunidad para la manifestación de la Luz, así como el caos material lo es para el orden Divino.

Toda circunstancia, todo trance favorable o desfavorable, puede y debe convertirse en oportunidad para nuestro progreso individual y así mismo, para el progreso de los demás que, de cualquier manera, vengán o estén en contacto con nosotros, siendo ésta su real finalidad.

Así pues, todo, indistintamente, debe ser acogido con perfecta serenidad y comprensión, considerando el mal aparente como ocasión para revelar y manifestar un bien real que se encuentra detrás del mismo en estado latente. Nada debe tener el poder de turbarnos o desalentarnos: en todo **-ser o cosa-**

hemos de ver lo real, que es lo bueno y más elevado; y de esta manera favorecernos su expresión.

Una circunstancia adversa es un amigo que se nos presenta bajo la máscara de un enemigo, y como tal hay que reconocerlo, por medio de nuestro discernimiento. Manifestando en cada circunstancia lo mejor y más elevado de nuestro ser, obrando constantemente de acuerdo con nuestros principios y con lo que consideramos como más alto e ideal, nos ponemos en armonía con el Plan Divino y favorecemos su expresión, y no hay condición contraria que no pueda y no deba de esta manera resolverse en un bien efectivo y real para todos los que se hallen interesados o comprometidos en la misma.

Por lo tanto, el discernimiento debe guiarnos para obrar según los principios y no según las circunstancias, considerándose éstas como el molde que debe recibir y expresar aquéllos: así cooperamos en la manifestación perfecta del Plan G..A.. en nuestra vida y en la de nuestros semejantes.

IMPORTANCIA Y UTILIDAD DE LAS COSAS

Aquí también necesita ejercerse nuestro discernimiento espiritual: hay que distinguir y ver claramente la relativa importancia y utilidad de las cosas, desde el punto de vista más elevado, para cesar de ser esclavos inconscientes de ellas y utilizar lo más provechosamente, cooperando con el Plan Evolutivo, nuestros esfuerzos, medios y posibilidades.

Muchas de las cosas que para la gran mayoría de los hombres tienen una importancia soberana, no tienen ninguna o la tienen muy limitada para el Iniciado que posea un más elevado discernimiento de la Realidad, siendo para este último más importante lo que contribuye a elevar al hombre interiormente y manifestar su nobleza y sus mejores talentos y potencialidades latentes.

Hay que aprender a servir con libertad, haciendo constantemente lo mejor que podamos para la mejor expresión de lo Divino en todo lo que nos rodea y nos atañe, dejando, sin embargo, a los demás aquella misma absoluta libertad, que es la primera y más indispensable condición de la manifestación individual. Los que la obstaculizan y le ponen límites, siempre pertenecen a la categoría de los que no saben que se trata de un legítimo derecho de todo ser humano, que los que saben respetan constantemente.

También es preciso aprender a no juzgar la importancia de las cosas por su magnitud exterior: una mínima cosa puede ser alguna vez de mucha mayor importancia que una más grande. Según nuestro criterio se funde sobre la realidad central o la ilusión periférica. Lo más importante siempre es lo que más favorece y ayuda la expresión de los planes del G..A.., en los cuales cada uno de nosotros tiene un lugar, una responsabilidad y un deber que precisamente les corresponde.

Por lo tanto, cada uno debe esforzarse en juzgar por sí mismo y no entremeterse indebidamente **-especialmente con un juicio negativo-** en lo que no le corresponde, aunque fuera con la más elevada y altruista finalidad. Cada cual tiene que cumplir con su deber, y a ninguno se le pide realizar **-y mucho menos juzgar el deber ajeno-**.

El Iniciado en los Misterios del Arte debe esforzarse en hacer lo más útil como obrero, instrumento y medio para la expresión de los planes del G..A.., eligiendo constantemente, de acuerdo con este criterio, su particular actividad y ocupaciones en la forma más provechosa. Así evitará perder el tiempo como los demás, reservándose especialmente para sí lo que los demás no pueden realizar aún. Nunca codiciará el lugar, ocupación o empleo de otro, sino que buscará siempre su propio lugar, en armonía con los Planes con los que tiene el privilegio de cooperar, y estará siempre dispuesto a cederlo a otro cuando esto parezca más oportuno y deseable, sin que constituya una renuncia de su deber.

También en sus estudios y lecturas elegirá “lo más útil” para su particular actividad y servicio, y procurará expresar lo que sabe, con prudente discernimiento, para que sus conocimientos y su iluminación interior sean los más útiles para los demás: Conocimiento y sabiduría son, pues, talentos que se nos dan para el uso, y según sabemos emplearlos útilmente se nos multiplicarán.

VERDAD Y ERROR

Nuestros conocimientos y la sabiduría que los complementa deben servirnos ante todo para discernir entre la Verdad y el Error, entre lo justo y lo injusto.

El iniciado debe saber extraer de los metales profanos **-errores, prejuicios y mentiras convencionales que constituyen moneda corriente en el mundo exterior-** el excelso privilegio de pensar por sí mismo, que se aprende y se ejerce despojándose y aislándose voluntariamente de aquéllos. Por esta razón evitará contribuir, con su propio pensamiento **-así como con sus palabras y acciones-** al enaltecimiento de aquellos valores ilusorios, sobre los que se apoyan la Ignorancia, la Superstición y el Fanatismo. Y debe, sobre todo, evitar ser esclavo de tales errores y supersticiones, pues no tiene ningún valor real la opinión de la mayoría; este último es un criterio absolutamente profano, por ser la Verdad eminentemente aristocrática, distinguido privilegio de los que se esfuerzan para conquistarla.

Así pues, el Iniciado ha de ser verificado, igualmente en sus pensamientos, palabras y acciones, **RECTIFICÁNDOLOS**, antes de expresarlos, con la escuadra interior del juicio que nace del discernimiento.

Y, así como diferente es el criterio profano del criterio iniciático de la Verdad, debe atenerse a este último, que le evitará confundir la apariencia con la realidad, y servir aquélla en lugar de ésta.

Sobre todo debe cuidar de no emitir nunca pensamientos malévolos hacia nada ni nadie para ser fiel a la Verdad y no contribuir al incremento del error.

EGOÍSMO Y ALTRUISMO

Hay que distinguir también, y saber discernir a cada paso, entre los motivos egoístas y desinteresados de nuestras intenciones, resoluciones y acciones.

Los primeros son los que nacen de la Ilusión de Separación del yo personal, cuya separación es necesaria para llegar al Magisterio, libre expresión de la Individualidad del superhombre en nosotros, del Hiram o Vida Elevada que mora inmortal dentro del mismo Sepulcro o Ilusión de la personalidad mortal.

Debe ser constantemente el Magister el que actúa en nosotros -**el Maestro Secreto que se esconde en las íntimas profundidades del “yo”**- para la perfecta expresión de los planes del G..A.., o sea, de la Verdad, a cuyo Servicio se ha dedicado.

Por esta razón lo que debe buscar es únicamente la expresión de sí mismo, de lo más alto, noble y elevado que puede encontrar en sí, o sea la irradiación de su Individualidad y la expresión de sus talentos, como luz orientadora y actividad desinteresada en beneficio de los que le rodean, alejando toda intención o finalidad egoísta que sería un impedimento para la libre expansión de esta Luz, a la que pertenece, pero que no le pertenece.

La luz que brilla en nosotros tiene, pues, el mágico poder de encender simpáticamente la que se encuentra en un estado todavía latente en los que nos rodean, toda vez que, en lugar de fijarnos en los defectos y lo que constituye la apariencia exterior de la personalidad ilusoria, nos concentremos en su ser real, en la misma Divinidad que en ellos se encuentra y busca su expresión.

Así únicamente podemos ayudar a los demás: cesando de criticarlos por justas que nos parezcan las críticas, y evocando al Maestro Secreto que se encuentra en cada ser humano y aspira a superar y trascender las ilusiones y limitaciones de la personalidad.

Ésta es la única forma en que debemos intervenir en los asuntos ajenos, es decir, desde lo interior, y no desde lo exterior: desde el dominio de nuestra Realidad Central, en la que cesa la ilusión de la separatividad desde el Centro del Círculo de toda la manifestación universal, corrigiendo para siempre el punto de vista constantemente imperfecto de la personalidad que pertenece a la Ilusión Periférica.

Afirmar en silencio y aprender a ver interiormente la Chispa Divina o Divinidad Latente que se encuentra en todo ser humano, es uno de los mejores y más prácticos ejercicios que los Maestros Secretos puedan hacer, que nunca deja de dar los más deseables resultados exteriores, cuando éstos no se busquen y

apetezca, pues serían otros tantos obstáculos para la libre manifestación de la Luz, que ha de ser la única finalidad de nuestros esfuerzos.

Así se resuelven, en la forma más satisfactoria para todos, las dificultades y desarmonías de la existencia. En todo caso lo que se necesita es que cada cual se exprese e irradie espontánea y libremente LO MEJOR, es decir, la Luz Divina que en ellos siempre se encuentra en estado latente, y cuya manifestación plena es la Necesidad y Finalidad Suprema de la Existencia.

Aprendamos a buscarla y verla igualmente dentro de nosotros mismos y de los demás: la vida tendrá entonces una nueva razón hasta aquel momento desconocida, y se nos abrirán siempre nuevas y mayores posibilidades.

QUERER

Así como el saber iniciático se identifica con la claridad del discernimiento, así también el querer que aquí se trate es la Voluntad purificada y despojada de todo deseo personal. Esta purificación de la voluntad es la consecuencia natural del discernimiento ejercido sobre los motivos que nos impulsan a la acción: toda vez que se consiga un discernimiento lo suficiente claro y elevado, la voluntad será igualmente purificada en un grado correspondiente.

Mientras nuestra atención se concentra sobre lo más elevado y real, lo que es menos elevado y comparativamente irreal pierde naturalmente toda atracción para nosotros.

No de otra manera puede realmente purificarse nuestra voluntad sino enaltecendo y elevando constantemente nuestras miras y aspiraciones, y concentrándolas siempre más arriba, según el poder de percepción de la inteligencia.

El Maestro Secreto que en el Santuario de su propio corazón haya realmente realizado una mística alianza con el Principio de la Vida, no podrá hacer ni desear ninguna cosa que no sea la más perfecta manifestación de Sus planes, y todo lo restante cesará de tener poder y atracción sobre él.

Estos planes son las Supremas Necesidades Cósmicas, y las Leyes e Impulsos **-expresiones de la Voluntad Única-** que las actualizan y reconducen la Multiplicidad en la conciencia de la Unidad. Con el reconocimiento de estos Planes, la Voluntad Individual se identifica con la Cósmica Voluntad que preside toda manifestación, cuya existencia y poder queda demostrado por el Orden y la Inteligencia que reinan doquiera. Despojándose de sus limitaciones personales y vibrando al unísono con el Único Poder, éste se multiplica y se identifica con la misma Omnipotencia.

La Voluntad Individual, efectivamente, se hace siempre más fuerte y poderosa, según sabe trascender y superar las limitaciones de los deseos personales, que son otros tantos obstáculos para su libre y perfecta expresión.

Por esta razón, este segundo punto del Cuaternario de Realización se identifica con Vairagia o despasión: “falta de deseo”, más especialmente para la polaridad negativa del error o ilusión.

SUBLIMACIÓN DE LOS METALES

El deseo que tiene que ser eliminado es únicamente el deseo personal que parte de las limitaciones del Ego y de la ilusión de separación, y por lo tanto es deseo egoísta. Pero la íntima esencia de lo que indica la palabra desiderium va mucho más allá de lo que significa el sánscrito kama, que puede más justamente traducirse por libido. En todo deseo hay, en el fondo, una manifestación de lo Divino que busca su expresión al exterior y es Dios mismo –nuestra Luz Inspiradora y Espíritu Animador- que quiere manifestarse como algo que se convierte en objeto del mismo deseo.

Este impulso de naturaleza espiritual es en sí mismo puro y perfecto; pero, encadenado a nuestra comprensión limitada, se hace partícipe de estas mismas limitaciones que lo transforman en deseo más o menos impuro e imperfecto. Por ejemplo, el deseo de una cosa en sí misma no es malo: es un impulso divino hacia una consecución cuya recta y justa localización puede contribuir a nuestra felicidad. Sin embargo, el deseo que se localiza hacia algo que pertenece a nuestro prójimo, es un deseo que se ha hecho impuro por la pureza de la inteligencia; y todo deseo que se localiza hacia lo manifestado tiene algo de impuro e indeseable para quien desea encaminarse en el Sendero de la Perfección.

Este deseo tiene que elevarse y concentrarse, destacándose de las cosas y objetos exteriores, para fijarse en la esencia central y originaria de las mismas que se encuentran dentro de nosotros y espera ser interiormente reconocida para adquirir el poder de manifestarse exteriormente. Esto quieren significar las palabras evangélicas, tan poco entendidas: “No os hagáis tesoros en la tierra (el dominio de la manifestación objetiva, o sea, el deseo dirigido hacia la ilusión periférica), donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; mas haceos tesoros en el cielo (la realidad central, origen y manantial de toda la manifestación).

Por lo tanto, todo deseo es un metal que tiene que ser sublimado o elevado, o sea, transmutado por medio de la semilla interior que esconde en su centro o corazón vital: el plomo del deseo egoísta concentrado sobre lo material, el estaño de la intemperancia, el mercurio que se fija sobre lo ajeno y el hierro de la violencia que destruye y esclaviza, caracterizando la fuerza de voluntad egoísta; el cobre del amor pasional y la misma plata que se manifiesta en la vanidad de las posesiones, deben transmutarse en aquel oro puro interior o esencia espiritual incorruptible, con los cuales se consiguen verdaderas riquezas y tesoros íntimos

LA ESENCIA INTERIOR DE LAS COSAS

Hay que fijar nuestra atención y deseo sublimado en la esencia interior de las cosas, ya no sobre su apariencia exterior, para que la Voluntad adquiera el poder de transmutación que convierte los metales viles en oro, o sea el mal en Bien en todas las circunstancias de la vida. Por esta razón, para la transmutación exige una mínima cantidad de piedra filosofal o polvo de proyección, resultado de un sabio y profundo discernimiento: la Piedra Filosofal es la que valoriza la semilla interior y le da el poder de germinar, como mística levadura que hace fermentar y levanta la entera masa metálica, haciendo aparecer exteriormente su Vida Elevada.

Aquí se nos muestra otro sentido de la Leyenda de Hiram, que puede aplicarse tanto a las transmutaciones metálicas como a la íntima sublimación del hombre: siempre es la Vida Superior latente **-muerta o dormida-** que tiene que ser encontrada, reconocida y vivificada por medio de la Palabra que produce el milagro de la resurrección. En el simbolismo de este grado, dicha vida se halla concentrada en el corazón **-habiéndose vuelto cenizas la forma ilusoria-** y este corazón embalsamado (con las esencias santificantes de la Eternidad) tiene que trasladarse por encima del Ara o Piedra Cúbica, para que la transmita, identificándose la urna que lo contiene con el Arca de la Alianza, pues una sola llave sirve para las dos.

En la medida en que nuestra atención se concentra en la esencia interior de las cosas, se descubren los tesoros escondidos u ocultos en ellos, como el mismo Hiram en su tumba, y adquirimos el mágico poder de manifestarlos por medio de la Palabra o Verbo interior **-reconocimiento y afirmación-** que constituye el principio de la realización.

La esencia interior es la semilla metálica de las cosas, el centro que se expresará en el círculo de la manifestación; y el Discernimiento es aquella piedra filosofal que tiene el poder de despertar su actividad latente y producir una manifestación evidente que la demuestra exteriormente.

Lejos de destruir o suprimir los deseos, con un Fanatismo y una ignorancia parangonables a los de los malos compañeros que asesinaron a Hiram, hay que sublimarlos y elevarlos con el Discernimiento, utilizando su Fuerza, que proviene del Potencial Divino latente en nosotros, fijando la atención en la esencia incorruptible de cuanto deseamos.

En otras palabras, hay que considerar aquellas cosas **-sean cuales fueren-** como pertenecientes al círculo de la manifestación, y buscar en ellas el centro correspondiente, identificándonos con ese Centro **-pues hay un solo centro en el Universo-** y así descubriremos su Manantial en nosotros mismos, y tendremos el poder de manifestarlas desde el interior, o sea, desde su Realidad Central a su Apariencia Periférica.

Las cosas materiales, como las espirituales, obedecen igualmente a esta Ley, que es la misma Ley de la Creación, identificándose la Voluntad Individual

con el Yod o Fiat Creador, Instrumento o Vehículo con el que se revela. Así, por ejemplo, quien desee la riqueza, debe fijar su atención en la esencia divina interior de la misma, y no en sus manifestaciones, considerando esta Esencia como algo que se encuentra dentro de sí, en su Ser Espiritual, o Vida Elevada, de donde tiene que brotar exteriormente, como el agua de una fuente o la luz del sol. Debe cesar de ir en busca del dinero en cualquier forma y reconocer interiormente la Divina Presencia, que por sí misma buscará y seleccionará su manifestación exterior por medio del instrumento o vehículo más adecuado.

Igualmente, quien desee más salud debe cesar de considerarla dependiente de lo exterior, y especialmente debe buscarla por medios que se basan sobre la idea y el reconocimiento implícito de la enfermedad.

Lo único que debe hacer es concentrar toda su atención en la esencia y manantial interior de la vida, deseando una mejor expresión de su Infinita Perfección, apartando por completo la atención de los remedios, aplicaciones y condiciones exteriores.

Hay que buscar en toda cosa el punto de origen y la realidad central causativa, fijando sobre ésta la punta del compás de la Comprensión, con la seguridad de que el otro extremo del compás producirá por sí mismo una adecuada manifestación exterior, en el círculo de la existencia en el cual se mueve.

Pero, si en vez de fijar esta punta sobre el centro la fijamos sobre la periferia, no debemos maravillarnos si nos encontramos extraviados y las cosas que deseamos se alejan de nuestro propio círculo.

ATREVERSE

Elevando constantemente nuestras aspiraciones hacia el centro que les indica el Discernimiento, éstas se convierten en los Ángeles que suben por la escala de la Inteligencia: así los deseos purificados adquieren las alas con las que se encaminan hacia la Fuente de toda realización.

Llegamos así al tercer punto, o sea, el atrevimiento, que no debe confundirse con la osadía de nuestras facultades inferiores: éstas, como los Gigantes mitológicos, pueden muy bien intentar escalar el cielo; pero, mientras sean meramente humanas serán constantemente rechazadas por el Fuego de Júpiter **-idéntico al Poder de la Llama que aleja a los mortales del paraíso terrenal-** que quema y destruye toda impureza.

En su sentido iniciático, el atrevimiento más bien puede compararse con los Arcángeles **-o sea, las inspiraciones-** que descienden del Cielo, como respuestas, según suben los Ángeles como aspiraciones purificadas. Aquí tiene que estar muy alerta nuestro discernimiento para evitar que las Inspiraciones

Celestes se confundan con las tentaciones terrestres: éstas vienen de abajo y no de arriba; del Círculo de la Ilusión Periférica, en vez del Centro de la Realidad Divina. La escuadra del Juicio debe aplicarse correctamente, según nuestro Criterio de la Verdad, para que podamos definir y aclarar la proveniencia de las mismas.

Mientras el Querer debe resolverse en un dinamismo centrípeto, el Atreverse no puede ser sino la resultante excéntrica del mismo dinamismo: una actividad o acción, un trabajo o labor interiormente inspirado, que puede hacerse corresponder en cierta manera con la pierna del compás que traza el círculo de la manifestación, aquel mismo círculo del cual el Maestro Secreto ha de buscar constantemente la cuadratura.

Este símbolo muestra la atención y extremo cuidado que debemos tener con relación al tercer punto de la realización, después de haber encontrado con el Discernimiento el centro del círculo, y haber fijado sobre el mismo con la Voluntad centrada, la punta del compás. Es, pues, necesario que la línea que se traza corresponda con los planes del G..A., y por esta razón cada punto tiene que escuadrarse según la norma interior. Debemos siempre estar muy seguros de que son las inspiraciones divinas (que descienden en respuesta a nuestras aspiraciones superiores) las que nos guían constantemente en la actividad.

ACTIVIDAD DESINTERESADA

Por lo tanto, nuestra actividad ha de convertirse en la más desinteresada expresión de nuestras inspiraciones. Todo lo que nace de un interés personal viene de abajo: es una expresión del Shaitán o Ilusión Periférica –la Serpiente o Círculo tentador- que quiere hacernos sus esclavos, alejándonos de la más noble y digna tarea de Obreros del G..A. y cooperadores en la actuación de sus planes.

La tentación se presenta a cada momento, pues constantemente tenemos que elegir; por esta razón hemos de llevar con nosotros la escuadra sobre cada punto del círculo -**emblema de perfección**- y cada punto debe ser vértice de un triángulo rectángulo. Y una vez más se nos hace evidente la importancia del teorema geométrico que lleva el nombre inmortal de Pitágoras.

La suma de los dos cuadrados construidos sobre los catetos debe ser igual al único cuadrado construido sobre la hipotenusa, que es el diámetro del círculo. Es decir, que el producto total de nuestras actividades pasadas, sumado con las que nos esperan en cada momento, debe ser igual a la unidad potencial de nuestra existencia para que pueda clausurarse el ciclo de la misma, según el diámetro inicial, expresión del radio de nuestras posibilidades.

Considerando los extremos del diámetro como los dos polos del nacimiento y de la muerte, podemos medir sobre cada punto del círculo, los dos

catetos de la actividad pasada y futura que deben concentrarse en perfecta escuadra, culminando en el vértice del Presente.

Nunca debemos olvidar que este vértice resulta de lo que hemos hecho y prepara lo que seremos, manifestando ambos las potencialidades latentes del diámetro **-la unidad en la que se inicia y se resume todo ciclo vital-**.

De ahí que sea ilusorio buscar afuera lo que sólo puede provenir del centro de la manifestación individual.

LAS SEIS CUALIDADES

Con este tercer punto se relacionan las seis cualidades que miden constantemente con el radio del círculo que puede trazarse sobre cada punto del ciclo de la existencia.

Pueden agruparse estas cualidades o calificaciones en 3 pares, el primero de los cuales se refiere al dominio de sí mismo en el doble círculo de la actividad mental y exterior, el segundo al binomio tolerancia-contentamiento y el tercero a la unidad de propósito y a la confianza.

Como condiciones necesarias para el perfecto desarrollo de una actividad inspirada adentro, estas cualidades pueden también considerarse como el complemento de las tres que vimos para el grado de Compañero: alegría, fervor y libertad. Las mismas cualidades expresan, pues, la mística alianza entre el Hombre y Dios **-determinada por las aspiraciones elevadas o Ángeles que suben de aquél-** y convertidas en activa cooperación por los Arcángeles o inspiraciones que descienden del segundo y dirigen al primero, según su receptividad y mansedumbre, en su actividad y en toda circunstancia de la vida.

El mismo número 6, de las cualidades muestra cómo puede conducir a la perfección central representada por el número 7.

DOMINIO DE LA MENTE

El signo de silencio indica el dominio de la mente como uno de los objetos fundamentales del Maestro Secreto: es preciso aprender a callar, no solamente las palabras, sino también los pensamientos que no están en armonía con las finalidades constituidas por nuestras aspiraciones más elevadas.

Especialmente deben evitarse todas aquellas emociones (o movimientos interiores) que turben su claridad y le impidan reflejar debidamente los planes siempre perfectos del G.·A.·., como, por ejemplo, toda forma de irritación o impaciencia, angustia o temor.

Nada **-nada de lo que acontece exteriormente y quiere imponerse en nosotros, sobreponiéndose a nuestras buenas intenciones-** debe tener el poder de turbarnos y, menos todavía, hacernos desviar de nuestros más elevados

propósitos y mejores determinaciones. Todo esto pertenece al círculo de la ilusión periférica, mientras que lo que debe dirigirnos y dominar nuestros pensamientos y acciones ha de ser únicamente la realidad central de nuestro verdadero ser.

Sobre todo cuanto intente imponerse a nuestras determinaciones debemos aprender a proyectar la luz interior del discernimiento, que puede dominarlas y evitar que nos dominen: son las tinieblas del caos exterior sobre las que debe verse, para disiparlas, la Luz que interiormente hemos encontrado. Pero para este fin se necesita que nuestra atención se concentre sobre la luz, ya no sobre las tinieblas, pues de otra manera éstas llenarían, con nuestros ojos, todo el círculo de la manifestación individual.

Nada debe turbar la serenidad y el equilibrio de nuestra mente y contristarnos, y es nuestro deber mantenernos contentos, serenos y alegres en cualquier situación, por la siguiente triple razón: primero, lo que cuenta no son las cosas en sí mismas, sino nuestra propia actitud interior respecto de ellas; segundo, nuestro dominio sobre las mismas depende del dominio que tengamos sobre nuestra propia mente; tercero, la perfecta serenidad de nuestra mente es la única condición que permite a la Luz interior brillar en ellas, como un sol en un cielo sin nubes.

Toda vez que las cosas externas tienen el poder de hacernos desviar de nuestra tarea, o de la perfecta condición de equilibrio y serenidad mental en la que puede dignamente cumplirse, nos hacemos esclavos de las mismas e indignos obreros del G..A., el Principio Ideal y Divino, al que sólo hemos de servir –con alegría, fervor y libertad- reconociendo su Omnisciencia y Omnipotencia.

Lo importante no es lo que nos acontece -un pasivo reflejo periférico, producido por nuestras acciones y pensamientos pasados- sino lo que en cada momento pensamos y hacemos. No desperdiciemos, por lo tanto, en la tristeza, en la melancolía y en la recriminación un tiempo precioso que podemos útilmente emplear fijando nuestra atención en aquella Luz infinita que brilla constantemente en nosotros, y que tiene el poder de disipar toda tiniebla exterior, a condición de que nos abramos interiormente para recibirla, llenándonos con ella y proyectándola exteriormente.

Se nos hace así patente la necesidad de aprender a concentrarnos, a fijar el pensamiento sobre un punto o una meta determinada, evitando que cualquier cosa tenga el poder de desviarlo: en esto precisamente estriba el dominio de la mente.

DOMINIO DE LA ACCIÓN

La actividad viene a ser rectamente dirigida cuando la iluminan nuestras más altas inspiraciones. Debemos aprender a realizar nuestro propio deber,

según nos dicta interiormente nuestro Genio Individual, que es distinto de aquellos deberes que muchas veces se creen en el deber de imponernos los demás.

La doctrina del deber -llamado en sánscrito Dharma, de la raíz dhri, que significa “sostener, soportar, dirigir”- es uno de los puntos de más importancia en la Filosofía Iniciática. Toda ella estriba en aprender nuestro deber, que consiste en manifestar nuestro Ser interior, hacer que se expresen sus cualidades, potencialidades y posibilidades latentes. Pues nuestro verdadero deber es el sostén, y por ende, el impulso interior –lo que nace de nuestra Vida Elevada, del Hiram en nosotros- que debe guiarnos y dirigirnos en cuanto somos y hacemos.

Nuestro verdadero deber –el deber de cada uno de nosotros en cualquier momento o circunstancia- nos lo dice en sencillas, sublimes palabras el Nazareno:

“Hacer la Voluntad de Dios”. Es decir: expresar o manifestar la Luz que se halla latente en nosotros, nuestro Verbo animador, según el mismo quiere, desea y nos inspira. Y esto debe hacerse como mejor podamos, para que la perfección latente (el plan del G..A..) hágase manifiesta.

Sin embargo, el hecho de seguir nuestras más elevadas aspiraciones interiores no significa que hemos de descuidar los deberes ordinarios de la existencia, ni faltar a nuestros compromisos, y a lo que legítimamente se espere de nosotros; pero tampoco hemos de permitir que deberes imaginarios nos alejen de la senda de la expresión de lo Divino, que es constantemente nuestro principal deber y la suprema finalidad de la existencia.

Por lo tanto, el discernimiento individual debe ejercerse en cada circunstancia, haciendo que los unos armonicen con los otros -la escuadra que mide lo material, con el compás que comprende lo espiritual- y que ni las consideraciones materiales mermen los impulsos de la Vida Elevada, ni éstos sean en detrimento de su perfecta manifestación.

TOLERANCIA

El mejor cumplimiento de nuestro deber, buscando la expresión de lo más elevado, nos muestra también la necesidad de una actitud de tolerancia y comprensión que hemos de observar respecto de los que se esfuerzan en sus particulares caminos, los que, aunque distintos del que seguimos, son igualmente dirigidos hacia la misma finalidad, pues UNO es el objeto, finalidad,

Meta y Razón Suprema de todo.

No debemos nunca perder de vista la unidad en la multiplicidad, ya que cuando lo hagamos nos alejamos de aquella visión central en la que únicamente reside la Perfecta Comprensión, y nos circunscribimos en la estrechura del Fanatismo.

Una vez hayamos superado en nosotros mismos la superstición ignorante, con una más elevada e iluminada comprensión de la Verdad, habremos adquirido

también una más perfecta comprensión para los que todavía se hallan más o menos alejados de nuestro punto de vista, y con esta comprensión aquella inalterable tolerancia que constantemente va acompañada del perfecto conocimiento.

Así pues, toda forma de intolerancia demuestra una correspondiente angostura o limitación de la inteligencia: quien realmente sabe, comprende - como la extensión del compás que llega más allá del alcance ordinario de sus **brazos**- y de esta manera entiende lo bueno y lo justo que se esconde también en muchos llamados errores y prácticas supersticiosas.

No debemos, por consiguiente, usar la escuadra sin el compás, ni éste sin aquélla. La comprensión es necesaria para el juicio; pero tampoco puede haber una justa comprensión sin el juicio; sólo que esto ha de ser lo más posible recto. La perfección se encuentra constantemente en el medio, es decir, entre la escuadra y el compás. Por esta razón el Maestro Secreto pone entre estos dos instrumentos del grado anterior la Llave de un Iluminado entendimiento que debe caracterizarlo, emblema de la armonía que realiza entre el Juicio y la Comprensión.

CONTENTAMIENTO

El contentamiento, en las circunstancias de la vida individual - **cualesquiera que sean**- es condición necesaria para la eficiencia de todo lo que uno haga o pueda hacer.

La vida, con todo lo que nos presenta de agradable o desagradable, debe aceptarse serena y alegremente, sin murmuraciones ni lamentos: nunca debemos dejarnos dominar por la depresión y el descontento, sino aceptarlo todo con aquella paciencia que es expresión de una paz interior que nada puede turbar.

No se trata simplemente de “resignarse”, sino más aún de cooperar con las mismas dificultades, oposiciones y contrariedades, considerándolas como oportunidades para la manifestación de la Luz Interior, acordes necesarios para la producción final de un grado más elevado de armonía, medios e instrumentos del bien que, por medio de ellos, debe exteriorizarse.

Se necesita, para eso, algo más que la simple ausencia negativa de la turbación: una actitud positiva de activa Benevolencia y Amor, que no se deja vencer o dominar por ninguna contrariedad.

En otras palabras, debemos aprender a dar la bienvenida a todo lo que acaezca en nuestra vida, a todo lo que advenga sobre nuestro sendero, ejercitando aquel Discernimiento que nos permita desenmascarar la ilusión periférica de la apariencia, y evidencia su realidad central, que no puede ser sino benéfica.

Acordémonos de que todo descontento o depresión es una nube que se forma sobre el límpido cielo de nuestro ser, un obstáculo y un impedimento para

la Luz que debería y debe manifestarse desde adentro; y que todo lo que somos y podemos ser, todo lo que la vida puede presentarnos, es lo que se ha expresado y se está expresando, teniendo su origen causativo en nosotros mismos.

UNIDAD Y CONSISTENCIA DE PROPÓSITO

Esta cualidad es el resultado natural de la firmeza de concentración que ha producido nuestro querer: la unidad de propósito deriva de habernos establecido firmemente sobre la unidad central, mientras que todo lo que puede desviarnos, hacernos dudar y vacilar, sólo puede provenir del círculo periférico de la Ilusión.

Cuando nuestro único intento sea la expresión de la Unidad Central o Vida Elevada de nuestro ser, la manifestación de la Luz Latente desde su único Manantial, nada ni nadie tendrá el poder de desviarnos, y todo se convertirá en áurea oportunidad para la expresión de esta Luz, con el auxilio y la guía inspiradora de los arcángeles que descienden por esa mística escalera, que corresponde al llamado Antaskárana de la filosofía hindú.

Así pues, para lograr la unidad y coherencia de propósito que haga eficiente nuestra actividad individual, debemos con frecuencia concentrarnos, o sea, hacer que suban constantemente los ángeles de nuestras aspiraciones y propósitos elevados hacia la Unidad Central, infinitamente más sabia y poderosa que nuestra “personalidad”.

Todo cuanto hagamos debe derivar de este único propósito de expresar la luz interior; por lo tanto, hemos de hacerlo A.L.G.D.G.A.D.U., o sea, según el Ideal Inspirador, más bien que por complacer a los que lo vean, absteniéndonos de la acción cuando lo juzguemos más sabio, pero ejecutando todo como mejor podamos, sin dejarnos dominar jamás por consideraciones de conveniencia y utilidad personal.

Finalmente, nada debe alejarnos del sendero interior, único en el que se encuentran nuestras posibilidades de progreso: el Sendero que conduce al reconocimiento y dominio siempre más completo de la Unidad Central sobre la Ilusión Periférica. Por lo tanto, se necesita que constantemente juzguemos cuál de las dos nos guía, cuál de las dos nos inspira y dirige en lo que queremos, intentamos o hacemos.

CONFIANZA

Para que la Luz Interior se intensifique y su poder se afirme cada vez más, hemos de tener absoluta confianza en su Guía Inspiradora, en su Sabiduría y Poder, como el verdadero Maestro Secreto que mora en nosotros, y es infinitamente más que nosotros **-supremamente Sabio, Poderoso y Bueno-**.

La Confianza abre el canal a la expresión interior, mientras toda forma de desconfianza lo cierra o clausura; pero para esto necesitamos centrarnos y concentrarnos siempre más exclusivamente en lo interior -la Realidad Central- en vez de fijarnos en los objetos, cosas y personas en su modalidad externa. Hasta que lo aprendamos, recibiremos continuas desilusiones, pues esta Realidad es “un Dios celoso que no tolera otros dioses delante de sí”; y cualquier consideración que antepongamos a este fin elevado es “otro Dios” que reconocemos y honramos, en lugar del único y verdadero.

La vida puede quitarnos las cosas externas sobre las que nos apoyamos: bienes y riquezas, personas y afectos, el mismo premio o justa retribución de nuestros esfuerzos, trabajo o actividad, y lo que más hemos o hubiéramos deseado. Pero todo esto no debe tener el poder de contristarnos, ni debemos permitir que la más leve nube ensombrezca el Santuario de nuestro ser interior, acogiendo con sereno contento e inmutable confianza todo lo que se presenta y aparece en la periferia, mientras el ojo interior se fija en el centro, en el que permanecen únicamente la Fuerza, la Realidad y el Poder.

CALLAR

El cuarto punto del Cuaternario no debe considerarse por ningún concepto como menos importante que los precedentes, y tampoco importa que su sentido más profundo no aparezca superficialmente.

Desde un punto de vista analógico, el SABER puede parangonarse con el Aire que constituye la esfera de la manifestación; el QUERER con el Fuego que sube, como las aspiraciones y los deseos de los hombres, de la tierra al cielo; el ATREVERSE con el Agua que desciende para fecundar y fertilizar la tierra y CALLAR con la Tierra en cuyo seno germina y brota silenciosa la semilla de la realización.

También puede equipararse el saber a la cabeza humana de la Esfinge; el querer a sus alas de águila, que se dirigen hacia arriba; el atreverse a sus patas y pecho de león, y el callar a la parte posterior e inferior taurina del monstruo - **palabra equivalente etimológicamente a mirabilia**- simbólico.

Finalmente, hay una igual correspondencia entre el Saber y las copas o corazones de los naipes; el Querer y los bastones, cetros o flores; el Atraverse



y las espadas o picas y el Callar y los dineros, cuadros o pantáculos que completan el cuaternario. Y esto nos demuestra cómo el simbolismo iniciático se encuentra muchas veces en donde menos lo sospecharíamos, y por ello debemos cuidar de no despreciar o considerar indigno de nuestra consideración lo que todavía no comprendemos.

EL PODER DEL SILENCIO

En el silencio se oculta un Poder que en vano buscaríamos en la palabra hablada: todas las grandes Fuerzas y las posibilidades latentes de la Naturaleza trabajan en silencio, y en el silencio cumplen sus mayores milagros. En general puede decirse que la intensidad y valor de una fuerza y su real eficiencia obran en razón inversa del ruido con que puede aquélla manifestarse exteriormente; el ruido más bien suele denotar una atrición, o sea, un desperdicio de energía que no se ha concentrado perfectamente en la finalidad hacia la cual la misma fuerza fue dirigida.

Cultivar el silencio, en todo lo que se refiere a nuestros proyectos y actividades es, pues, la mejor manera de asegurar su realización en la forma más deseable, pues propicia el apoyo de aquellos Poderes Invisibles que únicamente en el silencio pueden encontrar un medio conveniente para su expresión.

Esta virtud del Secreto y del Silencio nos la enseña la Masonería fundamentalmente, desde la primera admisión del profano como Aprendiz en el Templo de sus Misterios; y es la condición que nos asegura un progreso real en la carrera masónica: el secreto final de la Orden no puede comprenderse y realizarse individualmente sino en el místico silencio de la búsqueda interior.

La eficiente actividad de una Logia y de cualquier agrupación masónica estará siempre en razón directa del místico silencio y del secreto que guardará sobre sus tenidas y labores; y todo verdadero Masón se reconocerá por las cualidades del silencio y de la discreción que guarde sobre sus relaciones y conocimientos, así como sobre todo lo que se refiere a las actividades y proyectos de la Orden.

Por lo tanto, el deber y la virtud del silencio exterior sobre las actividades, aspiraciones y proyectos interiores se hallan justamente remachados en este cuarto grado de realización **-que introduce a la Masonería Filosófica, Mística y Mágica, sintetizando la Simbólica, así como la década reúne en sí las primeras 9 cifras-** en el mismo nombre del Maestro Secreto y en el signo de silencio que lo caracteriza.

Aprender a callar **-callar respecto de lo que somos, sabemos, queremos y hacemos-**: he aquí una condición necesaria, ya sea para nuestro individual progreso filosófico, ya sea para el adelanto de aquella parte de la Obra que especialmente nos está encomendada o de cualquier manera depende, directa o indirectamente, de nosotros.

El sabio se impone el deber de no hablar nunca de sí mismo, ni siquiera para defenderse cuando sea acusado, pues todo lo que uno pueda decir de sí, nace de la personalidad ilusoria e refuerza la ilusión de la misma, mientras aspira a superarla en un sentido más profundo de la Individualidad, que es constante expresión luminosa que emana del Ser interior.

Hablar es síntoma de vanidad y patentiza la oscuridad interior, como la de todos los cuerpos que reciben la luz desde afuera y la reflejan: el Iniciado debe brillar por su propia luz, y no por lo que se dirija exteriormente sobre su personalidad; más bien tendrá por deber esconder su lámpara bajo la capa que lo recubre **-como lo muestra el noveno Arcano del Taro-** cuando lo considere prudente y necesario.

DISCIPLINA EXTERIOR

La iniciática virtud del Silencio debe considerarse bajo el doble aspecto de disciplina exterior y realización interior. La primera es el hábito o costumbre de callar todo lo que no se considere útil, necesaria y desinteresada expresión de nuestros pensamientos, venciendo y dominando la locuacidad instintiva que nace de la vanidad y falta de reflexión.

El Verbo es un poder que debe ser inteligentemente dirigido y usado, y toda palabra vana que digamos nos es tomada en cuenta, aumentando la pasividad e imperfección de nuestra personalidad. Para adquirir la conciencia y el uso disciplinado de este Poder, las antiguas Escuelas Iniciáticas **-ejemplo clásico la Pitagórica-** prescribían años de absoluto silencio a sus discípulos, con el objeto de que antes aprendieran a escuchar y reflexionar convenientemente.

Aprender a callar es, por lo tanto, uno de los puntos de más importancia y trascendencia de la educación individual; más aún, puede decirse que es la base de esta última: lo que es en nosotros más real e interior, puede encontrar únicamente en el silencio un vehículo o medio conveniente para su expresión exterior, mientras que las palabras, en general, nos alejan de lo Real, fortificando en nosotros el Poder de la Ilusión que se trueca por Aquél.

De aquí brota el criterio que debe guiar al Iniciado en lo que convenga callar o expresar: hay que callar todo lo que no sea una expresión de lo Real y no ayude o favorezca su plena manifestación.

Esta regla general debe aplicarse con aquel Discernimiento Individual que en cada caso y circunstancia nos hace ver lo real y se convierte en vehículo o canal para su más perfecta expresión.

Pero también aquí debe notarse que la afirmación interior es casi siempre más útil, efectiva y deseable que su expresión verbal y audible, pues la máxima potencialidad de la Palabra es la que nace del Silencio mismo, y aprender a hablar interiormente, manifestando el Poder del Silencio en nosotros, es de mucha mayor importancia que cualquier ejercicio retórico exterior.

Se nos hace, por lo tanto, cada vez más evidente que el místico poder de la palabra radica en el Silencio mismo, y que en este último hay que buscar el primero, por medio de una conveniente disciplina exterior que prepare aquella realización interior, que hará de nuestras palabras **-igualmente interiores y exteriores-** expresiones verdaderas de la Vida Espiritual que nos anima, de la Realidad que somos y que de tal manera se manifiesta a través y por medio de nosotros.

Aprender a callar toda palabra inútil o vana es, por otro lado, iniciática obediencia al tercer mandamiento: por ser Dios es la Realidad de todo, no hay palabra que no sea Dios mismo, y que pueda hablarse sin referirse a una de sus infinitas manifestaciones. Toda vez que en nuestras palabras no favorecemos estas manifestaciones, tomamos en vano uno de sus nombres, que son todas las palabras de todos los idiomas del universo: de ahí el cuidado sumo que se requiere para la comprensión de nuestra responsabilidad individual en el uso de cada palabra.

REALIZACIÓN INTERIOR



Sin embargo, el punto más importante del silencio es su realización interior, es decir, la manifestación de aquel estado del alma en que aprendemos a callar todo lo que proviene de la voz efímera de los sentidos y de todo reflejo personal en nosotros mismos.

Según una tradición oriental, la Serpiente encierra en sí toda Sabiduría; pero hay que destruir su cabeza para encontrarla en el corazón. Y el Corazón de la Sabiduría, que es su vida animadora, se identifica con el Amor; como no hay, entre los que viven sobre la tierra, animal más sutil y silencioso que la serpiente, es evidente la relación de este símbolo con el Silencio y su realización interior.

La cabeza de la serpiente, la única parte que silba y se halla en condición de dañar, es el aspecto egoísta y maléfico del conocimiento, representando el Poder de la Ilusión. Este poder debe ser individualmente destruido por el Iniciado, penetrándolo y dominándolo con la clara mirada del Discernimiento Filosófico, y arrancando así con la Voluntad la raíz del mal representada por el diente venenoso. Así se llega al Corazón de la Sabiduría, que es la vida interior de la serpiente, y levantándolo **-como el propio corazón de Hiram-** se realiza el milagro filosófico del Amor de la Sabiduría que es la Sabiduría del Amor.

Para destruir la cabeza de la serpiente, o quitarle la raíz del mal que impide la libre y perfecta manifestación del Principio del Bien que se esconde en su corazón, debemos aprender a concentrarnos interiormente en el silencio de los sentidos y de la voz ilusoria de la personalidad, llegando al corazón de nuestro ser, que se identifica con el centro del círculo de la manifestación individual, y que es en nosotros la Esencia de la Vida y nuestro Principio más elevado. Esto se logra descentrándonos del error (que es la Ilusión Periférica, dominada por la Cabeza de la Serpiente que “come” o absorbe su misma cola” y concentrándonos sobre la Verdad, que es la Realidad Central, objeto de nuestros esfuerzos y aspiraciones, el corazón palpitante tanto de nuestra vida individual como de la Vida Universal.



Por lo tanto, la Serpiente, así entendida, se identifica simbólicamente con el Árbol del Bien y del Mal del que nos hablan el segundo y tercer capítulo del Génesis, mientras su corazón es el mismo Árbol de la Vida, del que constituye la periferia. Y la Serpiente enroscada en este Árbol de la Vida -**así como la doble serpiente blanca y negra del caduceo, emblema de los dos principios del Bien y del Mal**- viene a ser lo mismo que expresa el círculo con el punto, sobre el cual ya hemos hablado suficientemente.

LA PRÁCTICA DE LA CONCENTRACIÓN

Con lo que dejamos dicho llegamos a la práctica de la concentración de la mente, como medio para alcanzar el Corazón de la Sabiduría, identificado con el Amor que a ella conduce. Éste, a su vez, constituye una sola cosa con el deseo de liberación, que corresponde iniciáticamente con el Cuarto Punto del Cuaternario de la Realización -**liberación del Círculo Ilusorio de la Personalidad**-, por medio del Centro Individual en el que se manifiesta en cada momento, en potencial plenitud, la Eterna Realidad.

Aprender a concentrarse interiormente es el complemento necesario de la práctica del silencio exterior, siendo éste la introducción y el medio para llegar a aquella condición de la mente en la que calla toda vana palabra interior, o sea, todo pensamiento que no expresa la Realidad.

Esta práctica es el ejercicio al que especialmente deben dedicarse los Maestros Secretos, aislándose de las infinitas exteriores y de sus reflejos, y buscando la Verdad que dentro de ellos mismos se encierra, para alcanzar la Perfección Filosófica, Mística y Mágica del Magisterio. Dicha práctica comprende cuatro aspectos o Fases sucesivas, que corresponden simbólicamente con la Tumba de Hiram, la Visión del Delta, el Arca de la Alianza y la

Traslación del Corazón, representando además las cuatro fases superiores del Yoga.

Como preliminar indispensable para las mismas, hay que disponerse físicamente en condiciones adecuadas, pues siendo el hombre una unidad psicofísica, toda condición estado o postura del cuerpo -el Sepulcro de Hiram- tiende a producir una análoga condición, estado o postura de la mente, y viceversa. La condición deseable es la de una perfecta inmovilidad y relajamiento, alrededor de la línea dorsal, que tiene que estar libre y derecha como una plomada, considerándose como Centro y Fulcro de nuestra Arquitectura Individual.

En esta posición debe uno considerarse como aislado de todo lo que lo rodea exteriormente, perteneciendo al círculo de la manifestación, y fijar su atención siempre más firme y sostenida en lo interior, o sea, sobre el centro de todo lo que considera. Corresponde esta fase con lo que se llama Pratyahara en la práctica del Yoga (véase el precedente “Manual”), o sea, con el ingreso en la Tumba de Hiram, dirigiéndose la atención sobre la urna de oro que contiene el corazón, nuestro Ego Superior, sustentáculo, a su vez, de la Verdadera Realidad.

La segunda fase corresponde simbólicamente con la visión del Delta, y con la que se llama Dhárana en el Yoga: la atención dirigida al interior y sostenida, penetra en lo íntimo de la cosa considerada y llega a percibir su esencia o principio interior, o sea, penetra en su Realidad. De esta manera la Tumba de Hiram se transmuta en el Santuario del Ser, el lugar secreto y sagrado de la comprensión del Altísimo, en el cual penetramos o del cual se nos da la mística Llave.

Viene ahora la tercera fase, llamada Dhyana o “contemplación”, o sea, aquella inspiración interior que nos convierte individualmente en Arca o receptáculo de la Divina Sabiduría, con la que establecemos nuestra alianza en el Santuario del Ser. En esta fase, en vez de esforzarnos activamente, como en las dos precedentes, para penetrar en la Realidad, simplemente nos abrimos interiormente a la Gloria y Gracia Divina, que llena nuestra manifestación interior, y nos alumbra con las siete luces del entendimiento, simbolizadas por las siete luces del candelabro y los siete colores del Arco Iris. No es, pues, sin razón simbólica que Dhyana constituye la séptima entre las ocho fases sucesivas o etapas del Yoga.



En una cuarta y última fase, que corresponde a la octava del Yoga --**Shamadhi o identidad**- el Iniciado levanta el corazón de su Vida Elevada en la suprema realización de la Vida Individual, en la que ésta se identifica y late al unísono con el Centro de la Vida Una, convertido en estrella radiante y luminosa.

Como se ve, el significado y el alcance de los símbolos masónicos llegan mucho más allá de lo que pudiéramos pensar y de lo que no es dado conocer con un estudio somero. Y, en lo

particular, el conjunto simbólico de cada grado es, en sí mismo, un sistema completo, suficiente a conducirnos **-con su perfecto entendimiento y práctica realización-** al Objeto Final de nuestras aspiraciones y a la Suprema Finalidad de la existencia.

Todo debe ser reflexionado, meditado y puesto en práctica individualmente, en el silencio del ser: así se hace realmente tal el Maestro Secreto, con el secreto entendimiento de la Gran Realidad, cuyo resplandor interior, iluminando el Santuario, constituye la inefable mística experiencia a la que se refieren la palabra de paso y el signo de silencio, que indica aquello de que no se puede hablar por estar más allá de toda palabra, pensamiento o expresión verbal.

EJERCICIO

La práctica de la concentración se realiza y perfecciona con el ejercicio. A este propósito será conveniente dedicar cada día a este entretenimiento un período variable entre diez minutos y una hora, aprendiendo a dirigir la atención hacia el centro de nuestro ser individual (o sea, hacia la Realidad) con un discernimiento y alejamiento siempre más perfecto de la ilusión periférica.

Es conveniente que sea todos los días a la misma hora y en el mismo lugar **-aunque sin necesidad de hacer de esto una regla absoluta e irrevocable-** con el objeto de facilitar la cooperación de la parte instintiva o subconsciente de la mente, que tiene por características el hábito y la tendencia a repetir las mismas experiencias en las mismas condiciones cíclicas de tiempo y espacio.

Hay que sentarse en la posición que cada cual considere más cómoda y conveniente, con la condición de que la espina dorsal esté perfectamente libre y derecha, descansando en ella el tronco y cabeza. Para que este último objeto pueda realizarse, los hombros tienen que inclinarse un poco hacia atrás, dejando libre la expansión del pecho para el ritmo de la respiración, sobresaliendo este último más que el vientre.

La respiración ha de ser lenta y profunda, de manera que el ritmo de la misma pueda combinarse **-consciente o automáticamente-** con la meditación. Se llenará primero la parte más baja de los pulmones, curvando ligeramente el vientre hacia fuera con la distensión del diafragma, y expandiendo luego la parte mediana y superior del pecho. Pero todo el movimiento debe hacerse lo más naturalmente posible y sin tensión.

En esta posición prescídase de toda tensión desde lo exterior, concentrando la atención unívocamente hacia adentro, relajando así naturalmente los músculos y nervios de las distintas partes del cuerpo, y los órganos de los sentidos: la atención y la energía deben retirarse de la periferia de nuestro Templo Orgánico, y dirigirse únicamente al centro **-la línea vertical**

constituida por la espina dorsal- realizando así en nosotros mismos un estado análogo a la Tumba de Hiram.

Fíjese muy bien la atención en esta línea interior central de nuestra vida, que es el eje o Fulcro, o sea, el número 1, centro del círculo horizontal de nuestra manifestación orgánica. Manténgase esta idea muy clara en la mente, meditando atentamente sobre su sentido: en esta línea se encuentra el punto central de nuestra conciencia, en el cual se enfoca la Realidad, subiendo y bajando aparentemente entre los dos extremos –la base del cuerpo y el vértice de la cabeza, que son simbólicamente los Infiernos y los Cielos- aunque realmente inmóviles en el centro. O sea, inmovilidad interior y movilidad exterior.

Considérese este punto interior **-polarizado y enfocado exteriormente en una línea-** como centro y realidad de nuestra vida, de todo lo que somos o podemos ser, esencia de todas nuestras cualidades y facultades, fuente primordial de todo lo que puede aparecer exteriormente en derredor de nosotros y tomar forma en el círculo de la existencia.

Puede imaginarse este centro como un corazón ardiente (el Corazón de Hiram o de nuestra Vida Elevada), o como la letra yod (Centro o Principio creador de nuestro ser) y también como un ojo divino o una estrella luminosa y radiante. Pueden tomarse estos símbolos aislada o sucesivamente, y también combinarse, pues lo esencial es fijar, por medio de los mismos, la atención en la realidad única que se encuentra dentro y más allá de ellos.

Puede también repetirse en silencio alguna afirmación del género de la siguiente:

- “SOY UN CENTRO DE VIDA, DE LUZ, DE SABIDURÍA, DE AMOR”.
- “DIOS EN MÍ ES VIDA INFINITA, ETERNA, PERFECTA, INMORTAL, INFINITA LUZ, INFINITA PAZ, INFINITA SABIDURÍA, INFINITO AMOR”.
- “LA DIVINA REALIDAD, QUE ES EL CENTRO INMANENTE DE MI VIDA INDIVIDUAL, ENCUENTRA EN MÍ UN MEDIO, VEHÍCULO Y CANAL SIEMPRE MÁS PERFECTO PARA EXPRESARSE EXTERIORMENTE: ESTA REALIDAD ES EL BIEN QUE APARECE EXTERIORMENTE EN MI VIDA, SEGÚN LO RECONOZCO INTERIORMENTE”.

Sobre todo, hemos de imaginarnos a manera de centros radiantes de Vida, Luz, Sabiduría, Fuerza, Sustancia y Poder, manifestando la Esencia Única desde el centro a la periferia, de cuanto queremos y deseamos. La vida es manifestación o expresión y todo lo que queremos y deseamos podemos adquirirlo según nuestra capacidad de darlo: por lo tanto, hay que buscar interiormente, en el secreto Santuario del Ser, la sustancia primera de lo que queremos se manifieste en torno nuestro.

Para eso se necesita una vez más aprender a concentrarse: descentrar la mirada de la manifestación exterior del dominio de los efectos, hacia su principio interior o dominio de las causas. Ésta es la finalidad del ejercicio que hemos dado, como primera guía, al Maestro Secreto que quiere encontrarse a sí mismo en el camino de la Libertad, realizando iniciáticamente el cuadrinomio indicado por las cuatro partes de la Esfinge.



CONCLUSIÓN

La Esfinge, imagen del Cuaternario, es a la vez el símbolo que mejor resume emblemáticamente la Doctrina Iniciática de este cuarto grado, intermedio entre los tres simbólicos y los tres o 3 veces 3 grados superiores, resumiendo los que preceden y completándolos con el conocimiento integral de la década –naturalmente derivada del cuaternario- que es en sí la introducción necesaria a los que le siguen.



En la década, a los primeros 3 grupos de 3 números **-1-2-3, 4-5-6, 7-8-9-**, objeto del estudio de los tres primeros grados, se une aquél número 10 que expresa la suma de los 4 primeros y resulta a su vez, del 0 **-origen negativo de las demás cifras-**, a cuya derecha se sienta la unidad generadora con el poder de las nueve cifras expresado por la décima letra del alfabeto hebreo que, por ser la más sencilla, se considera como engendradora de las demás.

Por lo tanto, así como el número 10 completa la primera serie numeral e inicia una serie más amplia y valiosa formada por la combinación de dos cifras, así también el grado que acabamos de estudiar completa y sintetiza el primer ternario simbólico con la tétrada fecunda, y al mismo tiempo abre el ciclo novenario de la realización filosófica, mística y mágica del Magisterio, en la que se multiplican las potencialidades latentes de los 3 grados simbólicos.

Geoméricamente el número 10 se encuentra al centro de las nueve caras y vértices de la Piedra Cúbica de Punta, resultado filosófico de la labor de los tres grados simbólicos, constituyendo esta última la arquitectura, ya sea de la Tumba de Hiram, del Santuario y del Ara sobre la cual se deposita el Corazón Luminoso de la Vida Superior.

También el número 10, unión de la línea y del círculo, o sea, del lingam y de la yoni, nos familiariza con los símbolos de la Serpiente y del Árbol de la Vida en medio del jardín o círculo de la manifestación, y encierra en sí el Misterio Bíblico de la caída y redención individual del hombre: la unidad que sale del lado izquierdo del Padre (el 0 de las posibilidades latentes) y, después de su peregrinación en la serie de los primeros nueve números, vuelve a “sentarse a su derecha”, como expresión activa de las mismas potencialidades.

Finalmente, en este número **-igual al de la creación cósmica-** se encierra el poder de la creación individual, manifestando en nuestro propio mundo o microcosmos las potencialidades divinas de la Unidad, que está representada por la vara, el cetro y el bastón: a la vez semilla, planta y árbol central del que florece constantemente la existencia exterior.

La mística alianza entre el Principio de la Vida y su manifestación individual (el 0 y el 1) no podría expresarse mejor que con un decálogo, o con la unión de las dos manos, cuyos dedos o cifras se entrelazan, sumándose

complementariamente y produciendo los pares **1-9, 2-8, 3-7, 4-6, 55**, como los dos querubines tienen que juntarse y combinarse el uno con el otro, para que se realice en cada grado una perfecta armonía.

Así, dos pentagramas o Inteligencias conscientes tienen que fusionarse en la humanidad, representando al hombre y a la mujer; el Cristo o Principio creador indicado por el número 6 tiene que nacer en el Cuaternario, morir sobre la Cruz, exaltarla y dominarla; la Perfección Divina, representada por el número 3, ha de expresarse en la humana (número 7), para su triunfo sobre la tierra: el binario (número 2) debe equilibrarse en la perfecta justicia de la Ley (número 8), que lo hace perfecto en su cubo o tercera potencia; y en cuanto al Poder de la Unidad (vara, cetro o bastón, representado por el número 1), no puede ser realmente dominado y perfectamente expresado sino por el Iniciado o Ermitaño que ha llegado al Magisterio de la Sabiduría y del Amor, representado por el número 9.

De cuánto hemos dicho se induce muy clara la base matemática de toda la simbología y filosofía iniciática; ésta, en cada grado, puede y debe trazarse sobre aquellos Principios Eternos e Inmutables representados por los números y expresados por las figuras geométricas que se relacionan con los primeros. De esta Aritmética y Geometría Filosófica ha de nacer la Música de la Divina Inspiración, como tercer elemento realizador (correspondiente al atreverse) de un Cuaternario cuyos dos primeros términos (la sabiduría aritmética y la voluntad geométrica) acabamos de nombrar. Como cuarto punto viene naturalmente el Silencio Astronómico, o sea, la ley de los astros que realiza la Arquitectura Universal basada en el Amor o Gravitación de todo en su irradiación unitaria.

Llegamos así a una final comprensión de la Tétrada y de su realización decimal, que debe constituir la conclusión natural del estudio de este grado.

La unidad es, pues, el número que se relaciona con el primer término del cuaternario: SABER el conocimiento o verdadera ciencia que se obtiene con el estudio de la Aritmética Iniciática, reduciendo todos los números a su origen unitario, y todos los seres y cosas al único Principio. Este conocimiento unitario es la vara mágica de todo poder real, y al mismo tiempo, la lámpara que ilumina el Santuario de la Vida y el Sendero Iniciático con la Luz resplandeciente del rayo individual (véase el noveno Arcano).

Igualmente la dualidad se relaciona con el segundo término **-Querer-** y con la segunda ciencia del quadrivium: la Geometría. QUERER es, pues, la línea que se traza interiormente entre dos puntos **-nuestro centro individual y el objeto de nuestras aspiraciones-** siendo esta línea una expresión geométrica de la Voluntad, Madre Generadora (o geometría) de todas las cosas.

A su vez, la trinidad muestra la Voluntad traducida en acción y, por lo tanto, se relaciona con el tercer término del cuaternario **-ATREVERSE-** y con la Música que preside a todos los ritmos, y es, además, inspiración creadora que manifiesta la Voluntad Geométrica en el ciclo del tiempo. Por medio de la

actividad el agente se une a la obra, y la Fuerza que ejecuta, a la Sabiduría que concibe los planes, realizándose la Belleza como tercer elemento resultante de la armónica cooperación de los dos primeros.

En cuanto al cuarto término **-CALLAR-** es la resultante de la circunscripción y cuadratura del ciclo de la actividad, que muestra la perfecta relación del centro con la periferia: aquella cuadratura cuya división ternaria origina el Zodíaco que limita periféricamente la zona o poder de irradiación en todo Centro Astral. Este místico centro silencioso **-la zona central de silencio y el fulcro interior inmóvil de la actividad y del movimiento exterior-** es la Llave de Marfil que introduce al Maestro Secreto en el Santuario oculto de la Naturaleza.

